



Mujer
~~madura~~
liberada
Busca...

¿Y si, por una vez, pensaras en ti misma?

Noa Xireau

MUJER MADURA LIBERADA
BUSCA...

NOA XIREAU

NX PUBLISHING

© Mujer ~~matura~~ liberada busca...

© 2018 by Noa Xireau

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro. Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación del autor, o son utilizados ficticiamente, y cualquier similitud con personas vivas o muertas, establecimientos de negocio (comerciales), hechos o situaciones es pura coincidencia.

Diseño de cubierta y maquetación: NX

Corrección: Tamara Bueno

© Imágenes de portada: Adobe Stock

© Imágenes del interior: Pixabay y Adobe Stock

ISBN-13: 978-1986100953

ISBN-10: 1986100952

www.noaxireau.com

*Este libro está dedicado a todas esas personas imperfectamente perfectas,
que cada día luchan por levantarse y sobrevivir en un mundo lleno de dioses
caprichosos.*

ÍNDICE

Prólogo de la autora

MUJER MADURA LIBERADA BUSCA...

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

ALGUNOS MESES MÁS TARDE...

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

SORTEOS Y PREMIOS
OTRAS OBRAS DE NOA
Noa Xireau

PRÓLOGO DE LA AUTORA



Una de las cosas más difíciles a la hora de publicar una obra es hacerlo sabiendo de antemano las críticas que va a recibir. Si tienes este libro en tus manos, es porque he decidido que vale la pena hacerlo de todos modos y, créeme, no ha sido una decisión fácil.

Hay realidades socialmente incómodas que, a veces, no queremos ver, pero no por ello dejan de ser menos reales. En este libro no trato de reflejar a esa *superwoman* perfecta que limpia con zapatos de tacones, ni a Juana de Arcos, ni al prototipo feminista fuerte e independiente que no depende de nadie nunca, ni a ninguno de esos muchos prototipos socialmente aceptables de mujeres.

No le debo nada a ninguna de ellas, me lo debo a mí y a las mujeres que cada día intentan sobrevivir como pueden en el mundo y la sociedad que les ha tocado vivir. Mujeres que a veces toman malas decisiones, que tardan en reaccionar, que aguantan lo que les echan... hasta el día que alzan la cabeza y deciden que ha llegado el momento de reconstruirse.

Tampoco era mi intención poner a parir a los hombres o escribir sobre Arturo y su mesa redonda. La realidad no se limita a los blancos y negros. Todo depende del punto de vista desde el que se mira, y todos, sin excepciones, somos humanos y cometemos errores. Unos más, otros menos, unos aprendemos y nos levantamos después de caernos, otros se rinden y se dejan llevar.

En general, prefiero no juzgar. Observo y, a menudo, lo reflejo en lo que escribo. Vivo, y eso se tiene que plasmar de alguna forma en mi escritura. A veces es duro mirarme en el espejo y ser sincera conmigo misma, aún así intento hacerlo. Es la vida y es lo que forma parte de ser humana.

Este libro va de personas, de amor, de sexo y de morbo, mucho morbo, quizás seas capaz de ver más allá de ese morbo, o puede que no; quizás te repulse lo que veas o quizás te haga pensar y abrir los ojos. Eres la única persona que puede decidir si importa o no, porque una vez que este libro sea publicado, la historia es del lector y ya no importará mi forma de interpretar el mundo.

Para mí, una persona perfecta es aquella que aprende incluso de la peor de las situaciones, la que se levanta todas las veces que haga falta aun sabiendo que volverá a caer, las personas capaces de mirarse al espejo y verse, de ver a su yo real, incluso cuando no quieran que el resto del mundo lo vea. Para mí, una persona perfecta es aquella que saca lo mejor de su imperfección, la que persigue sus sueños... y aquella capaz de perdonarse a sí misma por tratar de sobrevivir.

Si eres de esas personas perfectas, entonces comprenderás a Malena y le perdonarás por no ser siempre la mujer fuerte y decidida que debería ser. En cuanto a Pedro... no sé si se merezca tu perdón. Eso es algo que solo tú puedes decidir, porque a partir de este punto, la historia es toda tuya.

MUJER MADURA LIBERADA BUSCA...



¿Y si por una vez pensaras en ti misma?
¿Qué crees que ocurriría?

CAPÍTULO 1



Mujer madura busca...

«¿Madura? Eso suena a solterona buscando marido». Malena mordisqueó indecisa el bolígrafo mientras examinaba lo que había escrito en el cuaderno y seguía valorando otras opciones.

Probó de nuevo:

Mujer madura liberada busca...

Imágenes mentales de una ristra de viejos verdes queriendo meterle mano la hicieron sacudirse de asco. No es que le importara demasiado la edad de un hombre a la hora de tener una cita con él, aunque, puestos a pedir, lo mínimo que quería era que no babeara y que se le levantara.

Zanjó el asunto con un firme tachón:

Mujer ~~madura~~ liberada busca...

«Mejor. ¡Mucho mejor!», opinó enviando al octogenario que trataba de masturbarla con la bola de su bastón desgastado a tomar viento fresco. «¡Ufff!».

«Y ahora la guinda final», decidió mientras tamborileaba con el bolígrafo sobre la hoja llena de tachones. ¿Qué era lo que buscaba? Hizo un recuadro alrededor de la última frase y repasó los puntos suspensivos.

Necesitaba dejar claro que no pretendía encontrar pareja —con su marido

ya le sobraba—. Tampoco se trataba de que asumieran que quería follar como los conejos. Bueno, sí, en realidad era eso lo que quería, pero no en exclusiva. Buscaba algo más que sexo por sexo y polvos de cinco minutos. Quería experiencias nuevas, dar rienda suelta a sus fantasías y perversiones... Quería placer, sentirse sexy de nuevo, evolucionar como mujer, ¡sentirse mujer!

«Y tú sigue pidiendo», se burló una vocecita acechando en algún rincón sombrío de su mente. Ella le propinó un portazo. No pensaba sucumbir a sus pensamientos negativos.

Arrancándolo del cuaderno, le dio la vuelta al folio.

¿Cómo podía expresar todo lo que quería en apenas unas líneas? Por pedir que no quedara. Total, ¿qué tenía que perder?

¿Y si pongo: *busca hombre sexy y con experiencia para relaciones esporádicas*? Le gustaba, pero recordó a Sergio, el marido de su prima, con el ego más inflado que las venas que sobresalían por los exagerados bultos que deformaban sus bíceps. A ella le parecía poco más que una caricatura malograda de Popeye, pero bastaba pasar diez minutos en su compañía para descubrir su complejo de Mister Universo.

Sacudió la cabeza. Era mejor no confiar en el criterio de un hombre para valorar su atractivo.

Copió de nuevo la frase que ya tenía clara y comenzó a anotar todas las posibilidades que se le ocurrían debajo de los puntos suspensivos. Cuando se quedó sin opciones, reinició la pantalla del ordenador para ver qué habían puesto las otras mujeres en la página de contacto.

«Ven, conóceme y disfrutarás del polvo de tu vida».

«Quieres ser mi polvo desechable, de usar y tirar».

...

Malena sacudió incrédula la cabeza. ¿Cómo podían rebajarse a publicar semejantes sandeces? Si para todo eran tan directas y claras, ya podía imaginarse los pedazos de polvos de treinta segundos y medio que echaban. Frunció el ceño. ¿De verdad era eso lo que buscaban? Siguió leyendo:

«Invítame a un café y yo pondré el postre».

La que lo había usado parecía saber lo que se hacía. A Malena le encantaba. Ladeó la cabeza y releyó la frase varias veces más. Era justo lo que estaba buscando: elegante y, a la vez, con un toque de picardía. Lo copió en el folio para que no se le olvidara y suspiró. ¿Quién dijo que buscar a alguien para echar una canita al aire era fácil?

—¿Necesitas ayuda, tía?

«¿Qué? ¡Oh, Dios!». Con el corazón encogido, cerró lo más rápido que pudo la tapa del portátil y se giró hacia su sobrino, quien arqueó una ceja. ¡Mierda! ¿Se habría dado cuenta de qué iba aquella página llena de mujeres medio desnudas ofreciéndose para relaciones esporádicas? «¡Idiota!, claro que sí. ¡Ya es un adulto y no es tonto!».

—Adrián, ¿qué quieres? —preguntó intentando ocultar el temblor en su voz—. ¡¿Qué haces?! ¡Dame ese folio! —La silla formó un estruendo al caer cuando trató de evitar que le quitara el papel delante de sus narices. «¡Hijo de...!».

Él la ignoró, ojeando con interés sus garabatos.

—Mi madre me pidió que te avisara. Le ha surgido un compromiso urgente y no tendrá tiempo de hacer el almuerzo —le informó Adrián distraído.

«¿Urgente? Sí, claro, para variar. Como si no tuviera todos los días algo urgente que hacer», pensó Malena con sequedad estirándose para atrapar el papel. Adrián se giró interponiendo la ancha espalda en su camino y empezó a descifrar su mala letra en voz alta. «¡Maldita sea!».

—¡Dame ahora mismo mis notas!

—Aquí pone ¿*liberada*?

—¡Eso no es asunto tuyo! —Si no fuera porque medía cerca del metro noventa, le habría tirado de su mata de cabello rubia hasta que acabara hincado de rodillas y soltara el dichoso folio—. Lo que escriba o deje de escribir es cosa mía. ¡Dámelo!

—¿Por qué has tachado lo de madura? Esa palabra tiene una connotación especial. Es el sueño de cualquier tío que una mujer madura lo elija para satisfacer sus fantasías más morbosas. Yo en tu lugar lo dejaría.

—¡¿Qué sabrás tú?! —masculló Malena—. Además, ni que fuera para ligar —añadió apresurada tratando de corregir su metedura de pata.

—En unos meses cumpliré veintiocho, tía, conozco a la perfección mis propios gustos. Y estaría bien que no me tomaras por tonto.

—¿Por qué un chaval joven iba a querer estar con una señora mayor? —

preguntó tratando de ganar tiempo.

¿Qué excusa le podía dar que fuera creíble? ¿Que buscaba qué?, ¿limpiadora? Ridículo, eso era demasiado evidente. ¿Amigas para compartir confidencias? «Adrián sabe que siempre estoy sola. ¡Mierda! No se me ocurre ninguna justificación».

—Te equivocas. Madura no es mayor. Madura es experiencia, paciencia, la capacidad de ir más allá de las convenciones sociales. El simple hecho de que pueda asumir la responsabilidad sobre su propio placer ya es todo un aliciente.

—¿Tú crees?

Visto así sonaba incluso interesante. Nunca se lo había planteado desde ese punto de vista, pero, de todos modos, dudaba que los jóvenes fueran capaces de obviar las arrugas, los efectos de la ley de la gravedad, y que aspiraran a algo más que un simple polvo rápido y sin compromisos.

—¿Quieres que te lo demuestre?

Su voz profunda, tan cerca y llena de promesas le reverberó en la parte baja del vientre, contrayéndolo y obligándola a apretar los muslos. Tragó saliva. Luego inspiró con fuerza intentando llevar el suficiente oxígeno a su cerebro como para actuar con cordura.

«¡Ufff! Los chicos de mi época no usaban este tipo de perfumes. Si lo hubiesen hecho, nunca habría llegado a los veinte siendo virgen».

—¿Tía...? —Adrián se acercó aún más, dejándola sentir el calor de su joven y atlético cuerpo.

«¿Y si...?». Malena se pasó la lengua por los repentinamente resecos labios.

El portazo los sobresaltó y ambos cruzaron una mirada alarmada cuando desde la planta baja algo cerámico se estrelló con estrépito contra el suelo, seguido de un balbuceo airado.

«¡Por Dios! ¡No otra vez!».

CAPÍTULO 2



¿Era necesario que la pusiera en evidencia delante de sus propios familiares? Malena maldijo para sí misma mientras apretaba los dientes y trataba de no caerse por los escalones con el peso inestable de Pedro.

Adrián, quien llevaba la mayor parte del lastre, se mantenía en silencio y evitaba mirarla. ¡Maldita sea! Era Pedro quien había invitado a sus dos hermanas con familia completa a costas a pasar las vacaciones con ellos en la playa, con la excusa de que Gloria estaba trabajando como *au-pair* en Irlanda y que el chalet parecía demasiado vacío sin ella. No era que no le diera la razón, echaba de menos a su hijastra y la falta de su presencia alegre y cariñosa se hacía notar, pero ¿no podía Pedro, al menos, comportarse mientras su familia estaba allí? Ya llevaba tres borracheras en una semana. ¿Acaso no tenía bastante con tener que aguantar las continuas puyas de sus cuñadas, como para encima tener que añadirle los murmullos a su espalda o las miradas de lástima de su cuñado y su sobrino?

Estaba harta, harta de él, de sus borracheras cuando iba a fiestas o se quedaba hasta tarde a trabajar, y de tener que cargar con su mierda y su peso muerto cada vez que venía así. Sus cuatro primeros años de matrimonio habían sido perfectos, seguía sin comprender cómo alguien podía cambiar tanto en tan poco tiempo sin motivo aparente; y no era como si no hubiera intentado averiguar la causa o tratado de solucionarlo con él.

Intentó ignorar el estremecimiento que le causó el roce con el cálido brazo de su sobrino al sentar a su marido en el filo de la cama. Se obligó a mantener la atención en los botones de la camisa de Pedro mientras los abría, consciente de que encontrarse de frente con los ojos de Adrián solo empeoraría las cosas.

¡Dios! ¿Cómo era posible que un crío pudiera hacerla estremecer con solo un roce o una mirada? Tenía que quitarse esas ideas locas de la cabeza. ¿Cuántas veces se había masturbado fantaseando con él?

Indiferente presenció cómo su marido cayó de lado sobre el colchón, con la cabeza justo debajo de la almohada. Se incorporó y suspiró poniendo los brazos en jarra. Se sintió culpable al pensar lo patético que le resultaba, pero no podía evitarlo al verlo así.

Si no hubiera sido porque Adrián la había interrumpido, su anuncio ya estaría viajando por las redes y haciendo su trabajo. Se merecía un descanso de toda aquella mierda, una ilusión que le ayudara a seguir adelante. Pero no, ahí estaba ella, con su marido apestando a alcohol y mujeres, y sin poder hacer nada porque se había dejado pescar por su sobrino.

«Y da gracias de que ha sido él y no su madre». Ahora tendría que abortar sus planes, o al menos aplazarlos por un tiempo considerable antes de intentarlo de nuevo.

Se apartó un mechón de la cara. Quizá debería probar con métodos más tradicionales, como salir o ir a uno de esos clubes de los que había oído hablar a otras mujeres en el gimnasio.

El problema era que no buscaba un polvo ocasional con un extraño. Quería besos, abrazos, palabras bonitas que la hicieran sentir bien, además de probar todas aquellas cosas que nunca había tenido la oportunidad de experimentar, como ir a ver un espectáculo de stripteis, asistir a un club de esos liberales o puede que incluso participar en un trío, y para eso, definitivamente, necesitaba un amante estable. Uno como ella, que no quisiera complicarse la vida, ni compromisos, pero sí disfrutar en un ambiente controlado y seguro, y que fuera capaz de apoyarla a la hora de explorar su propia sexualidad.

—Gracias por echarme una mano, desde aquí ya puedo yo sola —le dijo sin apartar la vista de su marido.

—¿Estás segura? Puedo ayudarte a desvestirlo —se ofreció Adrián.

Ella cerró los ojos al sentir la fuerte mano acariciándole con ternura la espalda. Sería tan bonito si...

—¡No! —Se apartó apresurada de la tentación, inclinándose para subirle a su marido las piernas a la cama.

«¡Dios, cómo pesa el cabrón!».

—¿Estás segura de que no quieres que me quede? —le preguntó Adrián susurrándole muy cerca del oído mientras su cuerpo se pegaba a su dorso, los

musculosos brazos la rodeaban y sus ásperas manos se cerraban sobre las suyas para ayudarla con el peso de las piernas.

Ella tragó saliva. El calor masculino traspasaba su fina blusa haciéndola sudar, sus músculos se movían casi como una suave caricia contra su espalda, y lo peor era la más que enorme evidencia pegada a su trasero que la hacía desear empujar sus caderas hacia atrás y restregarse contra él, solo para comprobar lo bien que se sentiría.

No fue su culpa que al incorporarse sus deseos se convirtieran en realidad. Intentó ignorar el medio gruñido, medio gemido de Adrián cuando tuvo que agacharse de nuevo para quitarle el zapato a Pedro. No supo si sentirse aliviada o decepcionada cuando, al fin, se apartó y la dejó trabajar.

Sus ojos se abrieron como platos y sus movimientos se congelaron cuando una mano le tocó la pantorrilla, indicándole que Adrián se había acuclillado a su espalda. Obligándose a acallar un jadeo, reconoció que se había equivocado con el chico. Era mucho más persistente de lo que había esperado y más persuasivo también.

Se mordió los labios de una forma casi dolorosa cuando la nariz masculina comenzó a ascender por sus piernas, recorriéndolas con suavidad pero sin ceremonias, como si supiese el camino que tenía que recorrer de memoria, concediéndose solo escuetas paradas para tomar algún bocado que, más que saciar su hambre, iba destinado a abrir el apetito.

La protesta de Malena salió ahogada.

—¡Adrián!

Acabó comprobando que también se le daba mucho mejor que a ella eso de ignorar. Con su nariz, Adrián siguió subiendo hasta el inicio de sus nalgas, lugar donde su boca tomó el relevo. En cuanto sintió la lengua del chico sobre sus bragas y ya no supo si la tela húmeda se debía a su saliva o a la respuesta de su propio cuerpo, se rindió a la evidencia de que estaba perdida.

Como si él lo hubiera notado, las ásperas manos se deslizaron por sus muslos bajándole las bragas. Ella no opuso resistencia y tampoco lo hizo cuando con una pequeña presión Adrián le indicó que separara las piernas.

«¡Dios!».

La atrevida lengua encontró lo que buscaba. ¿Cuándo había sido la última vez que un hombre la había llevado a flotar en las nubes con su boca? Hacía tanto que ya ni recordaba lo bien que se sentía. Se incorporó sobresaltada cuando Pedro se giró con un murmullo inteligible.

«¿Qué estoy haciendo?!». ¡Podían cogerla con su sobrino político! ¡En

su cama de matrimonio y con su marido acostado al lado!

Al chico no pareció importarle. Ella parpadeó cuando empujó a su tío al otro lado del colchón. Para cuando comprendió sus intenciones, Malena estaba mirando el techo, con sus uñas hundidas en la almohada, una pierna sobre la cama y la otra sobre el musculoso hombro de Adrián.

Abierta de par en par a su mirada y labios, trató de no hacer ruido, pero, por más que apretara la mandíbula, se mordiera los labios o el cojín, no pudo evitar un jadeo cuando Adrián, sin detener el jugueteo de su lengua, comenzó a usar un dedo para explorarla con una suavidad tan exquisita que creyó perder la cabeza.

Se paralizó cuando el brazo de Pedro cayó sobre ella y le tocó el pecho con murmullos incoherentes. Su peso la mantenía inmóvil y sus dedos, a pesar de seguir en pleno trance onírico, trabajaban sus pezones con dureza, tanta que su espalda se arqueó bajo ese justo punto de dolor que se convertía en placer al recorrerle el cuerpo.

Amaba el contraste de la fuerza tosca de Pedro compitiendo con la tersura casi etérea de la boca de su sobrino. Era tan placentero que sus caderas se levantaban por voluntad propia buscando incrementar el contacto y la presión de la lengua, llevándola cada vez más cerca de la vorágine de placer que amenazaba con hacerla explotar.

«Tan, tan cerca. Solo me falta...».

Un segundo dedo la llenó con un ritmo cada vez más firme, el pulgar masculino extendió algo de la abundante crema esparciéndola hasta su trasero para masajearla con delicados círculos alrededor de la pequeña y arrugada roseta. Los exigentes labios le rodearon el clítoris y chuparon. Y...

«¡Madre del amor hermoso!».

Una luz blanca explotó en su vientre y una onda expansiva se extendió a través de ella bañándola en placer.

Perdió la noción del espacio y el tiempo hasta que sus caderas volvieron a tocar el colchón, sus manos redujeron la presión sobre la cabeza rubia entre sus muslos y la habitación se sumergió de nuevo en el silencio, excepto por el frenético latir de su corazón que le retumbaba en los oídos.

Él le dio algunos largos lametazos más antes de incorporarse. Con la respiración descontrolada, lo vio inclinarse sobre ella. Dedos húmedos le trazaron los labios dejando una huella ligeramente salada a su paso.

—Me debes un café. Yo acabo de poner el postre —le susurró Adrián al oído, rozándole la mejilla con su nariz.

Hubo un repentino vacío en la habitación cuando se marchó y cerró la puerta tras él. La vista de Malena se quedó anclada en la lámpara del techo. ¿Qué había hecho? ¿Qué clase de mujer se acostaba con su sobrino político? ¡Y encima lo había hecho en su lecho conyugal y con su marido inconsciente al lado!

Pedro seguía roncando con suavidad en su oído, el olor a ron de su cálido aliento le recordó cómo había llegado hasta allí, y el ya conocido perfume de mujer estampado en su ropa le trajo a la memoria la continua humillación de los pasados meses.

Se hundió las uñas en las palmas de las manos, intentando deshacer el nudo que se formó en su garganta. No estaba bien lo que había hecho, Adrián era apenas un niño a su lado, pero Pedro...

«¡Pedro tiene lo que se merece!».

Bastante llevaba aguantándole ya. Algún día iba a tener que enfrentarse a él para ponerle las cartas sobre la mesa y cantarle las cuarenta. Quizá consiguieran superarlo o quizá no pero, de momento, lo único que tenía claro era que ella no iba a quedarse llorando como una Magdalena mientras él seguía con su crisis de identidad. Dependía de él a nivel económico, pero no pensaba permitir que su relación también la esclavizara a nivel mental.

Apartó esos pensamientos cuando comenzó a sentir la presión en el pecho que siempre venía asociado a ellos.

¿Y Adrián? ¿Qué iba a hacer ahora con ese niño? ¿Niño? Inspiró con fuerza al recordar la forma experta en que usó la lengua para llevarla al éxtasis. Una leve chispa de placer renació al apretar los empapados muslos, atrapando el aún sensible clítoris entre sus pliegues. Se estremeció. ¿Dónde habría aprendido a hacerlo tan bien?

CAPÍTULO 3



«Maldita sea, dónde demonios está». Malena rebuscó con el corazón a mil por hora sobre el escritorio, debajo de él e incluso en la papelerera. Le daba igual dónde estaba con tal de que apareciera el folio con sus apuntes, pero ¡que apareciera!

Acabó por vaciar la papelerera entera. Ya había rebuscado en el resto de la habitación y no lo encontraba por ningún lado. Sus dedos temblaban al ir abriendo sin éxito todos los papeles arrugados. Solo le quedaba rezar para que su cuñada, que jamás pisaba la biblioteca, no hubiera entrado precisamente aquella noche.

—¿Es esto lo que buscas, tía?

Ella se giró con un respingo hacia la terraza desde donde Adrián, tirado en una hamaca, le mostraba una hoja llena de garabatos. Sobre sus muslos descansaba su portátil abierto. «¡Dios, no!».

—¿Qué haces aquí a estas horas? Son casi la una.

—Sospecho que lo mismo que tú.

—No podía dormir.

—Parece que ya somos dos.

—¿Has terminado con mi portátil? —preguntó con frialdad, aunque dudaba que a él se le escapara la forma en que temblaba su voz.

Adrián se levantó y entró en la biblioteca, haciendo que el espacio se redujera mucho más de lo que debería haberlo hecho. Colocó el portátil sobre el escritorio y cerró la web que había estado viendo, la misma que ella había dejado abierta: la página de contactos.

—Deberías ponerle un código de acceso al equipo, para que la próxima vez que olvides cerrar una página, nadie pueda encontrársela por casualidad.

—¿Intentas decirme que has entrado en mi ordenador por casualidad?

—No. —Él la miró a los ojos—. Quería averiguar qué era lo que buscabas exactamente.

—¿Me creerías si dijera que una amiga para compartir confesiones? —
¿Para qué mentir cuando de todas formas él ya había comprobado por sus propios medios lo puta que era?

—Puede que lo hubiese hecho antes de ver esa página.

Ella se dejó caer en la silla más cercana y, cansada, se pasó la mano por la cara.

—¿Piensas contárselo a tu tío?

—No, pero quiero saber por qué lo haces.

Malena encogió los hombros. ¿Por qué lo hacía? ¿Por soledad? ¿Porque cada vez que notaba una arruguita nueva se volvía consciente de cómo se le escapaba el tiempo entre los dedos? ¿Porque quería vivir y sentirse viva?

—Porque necesito demostrarme a mí misma que no porque tu tío se vaya con otras yo he dejado de ser mujer.

—¿Qué te hace pensar que tío Pedro está con otras? —La expresión de Adrián era de incredulidad.

—¿Porque de repente tiene una clave ultra secreta en el móvil?, ¿porque además lo guarda de una forma enfermiza para que yo no pueda ver lo que hace en él? —soltó un bufido al recordar su forma de comprobar de reojo si estaba mirando cada vez que metía la clave, o la forma estudiada en que lo colocaba para que no pudiera verle la pantalla—. ¿Porque borra su historial cada vez que usa el Ipad? ¿Porque entra varias veces al día al baño con la tableta o el móvil y se pasa horas allí dentro, sin que luego deje ni el menor olor a humanidad?

—Bueno... eso no significa que tenga que estar con otra mujer —opinó Adrián, aunque titubeó al decirlo.

—¿Tampoco que lleve Viagra en el bolsillo de su chaqueta o preservativos cuando conmigo no los usa?

Adrián se pasó una mano por el pelo.

—¿Cómo sabes que no son para estar contigo?

Ella rio.

—Primero porque casi nunca hacemos el amor. Estos últimos meses ha estado extremadamente «cansado» —se burló—. Segundo, porque llevo puesto un DIU. Los preservativos nos sobran.

—¿Y no has hablado con mi tío sobre eso?

—¿Para qué? ¿Para que confiese? ¿Para que me ponga las maletas en la puerta y si te he visto no me acuerdo? —Sacudió la cabeza con impotencia—. No tengo donde caerme muerta, necesito un trabajo y tiempo para plantearme qué haré con mi vida.

Malena estudió sus reacciones. Al fin y al cabo estaban hablando de su tío, mientras que ella era poco más que una extraña a la que había visto una docena de veces a lo largo de los últimos años.

—¿Vas a devolverme ahora mis notas?

Él examinó el papel doblado que giraba pensativo entre sus dedos.

—¿Y si tuviera una propuesta que hacerte? —preguntó.

Ella bufó de forma sonora, rogando para que no se diera cuenta de lo desesperada que estaba.

—Por si no lo has entendido bien, cuando te confesaba que no tenía donde caerme muerta, me refería a que no tengo dinero —le aclaró con todo el sarcasmo del que fue capaz.

Era la verdad, pero él no necesitaba saber que estaba dispuesta a robar con tal de pagarle si no le quedara más remedio. No le gustaban los chantajes, pero era preferible ganar tiempo a dormir en la húmeda arena de la playa.

—¿Y para qué querría dinero cuando tienes algo mucho más interesante que ofrecerme? —preguntó él alzando divertido una ceja.

Ella entrecerró los ojos. Había tenido razón, el muy cabrón iba a chantajearla. Solo le quedaba descubrir con qué.

—¿Qué quieres?

—Lo que estás dispuesta a dar. —Alzó el papel doblado para enseñárselo.

—¿Qué?

—Creo que ha quedado obvio que estás buscando a un amante. Quiero que me des una oportunidad para serlo.

—¿Estás bromeando, ¿no?! —Ella lo miró horrorizada—. ¿Te has vuelto loco?

—No más que tú.

Malena se dio cuenta enseguida de que lo había ofendido.

—Escucha, no es que no seas mono y atractivo y todo eso... —Ella se colocó un mechón tras la oreja—. Pero eres el sobrino de Pedro y...

—Eso no pareció frenarte hace un rato en la cama.

Abrió la boca solo para volver a cerrarla. «¡Mierda! Sí que ha tardado bastante en echármelo en cara».

—Eso fue algo que no debería haber ocurrido —confesó con debilidad.

Adrián colocó una silla frente a ella y se sentó en el borde con una expresión decidida.

—¿Por qué no? —Sus ojos estaban llenos de intensidad al contemplarla —. A mí me gustó saborearte, y me he quedado con hambre.

Malena insufló oxígeno en sus pulmones, pero no parecía existir bastante aire a su alrededor.

—Adrián, yo...

—¿Qué tienes que perder? Es lo que estabas buscando. Me tienes aquí, en tu casa, a tu alcance, ya te he demostrado que sé lo que me hago... y sabes que soy de fiar. ¿De verdad prefieres salir con un desconocido con el peligro que eso supone?

«Te falta añadir que estás para chuparse los dedos», completó por él en su mente, sacudiendo la cabeza para quitarse la tentación de semejante locura de la cabeza.

—Acabo de cumplir cuarenta, doce años más que tú. Soy demasiado vieja para ti y, además, eres mi sobrino.

—Soy un hombre y tú la mujer a la que deseo.

—No sabes ni de lo que hablas —protestó ella, aunque no pudo evitar una sensación de secreta satisfacción.

—¿Recuerdas cuando mi tío te trajo por primera vez a mi casa para presentarle su novia al resto de la familia?

Parpadeó confundida. ¿A qué venía eso ahora?

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Durante la barbacoa tú y el tío Pedro desaparecisteis. No fue algo que me llamara demasiado la atención, la verdad, yo también estaba hasta las narices de las gilipolleces de unos y otros. Por eso me largué para escapar a mi cuarto.

A Malena se le secó la boca cuando imágenes de aquella noche le vinieron a la memoria.

—¿Y? —Su voz salió como un graznido.

—Estabas preciosa allí de pie, doblada sobre mi cama, jadeando, con los muslos apretados alrededor de mi bate de béisbol mientras mi tío te follaba desde atrás y tú le pedías que te diera más fuerte.

—¡Ay, Dios!

Adrián le apartó las manos de la cara y llevó una a su boca para mordisquearle con delicadeza la palma.

—Me obsesioné con el olor que dejaste sobre mi bate. Me negué a volver

a compartirlo con mis amigos. —Rio, como si los recuerdos ahora le parecieran divertidos—. ¿Tienes idea de las veces que he fantaseado contigo así? ¿De hacer que me pidas que te dé más fuerte mientras usas mi bate para rozarte el clítoris y correrte?

—Yo... —Ella no supo qué responder.

«¡Madre mía, qué vergüenza!» No quería ni pensar en todas las otras locuras que habían hecho, y la de veces que había podido presenciarlas alguien sin que lo sospecharan.

—¿Entiendes ahora por qué estoy tan interesado en que me des una oportunidad, tía? Sería una situación ventajosa para ambos. Yo me deshago de la obsesión que siento por ti, y tú tendrás a alguien con quien dar tus primeros pasos para... *liberarte* —le propuso apretándole el papel doblado en la palma de la mano y cerrándole los dedos alrededor—. No habrá compromisos, ni riesgos... Si después de probarlo no te gusta, no volveré a insistir más.

Ella se mordió los labios. En el fondo, aunque seguía pensando que era una locura, él tenía su parte de razón.

—Podrías al menos llamarme Malena —soltó con sequedad.

Una lenta sonrisa apareció sobre el atractivo rostro masculino cuando se inclinó para susurrarle al oído.

—Me da morbo saber que voy a tirarme a mi tía y que ambos somos conscientes de ello.

Ella jadeó cuando sus labios bajaron por su cuello y hasta su escote.

—Adrián...

—Déjate ya de protestas, tía. Creo que acabamos de cerrar un trato, ¿no? —Levantándose le dio la mano para que se pusiera de pie.

Cuando ella no contestó nada más, la giró hacia la puerta de la terraza y se colocó a su espalda. Su aliento caliente le acarició el hueco del cuello, haciéndola estremecer de placer al rasparle con suavidad el hombro con su barba de tres días, arrastrando el tirante del vestido con él.

—Deberíamos cerrar las cortinas —sugirió Malena, intentando girarse hacia él, pero Adrián la detuvo.

—No —murmuró, deslizándole también el otro tirante por el hombro.

—Van a vernos —la protesta salió en apenas un susurro cuando la boca masculina bajó por su columna vertebral al mismo tiempo en que le bajaba el vestido.

—Mmm... creo que alguien se olvidó de volver a ponerse las bragas.

¡Las bragas! Malena sintió cómo sus mejillas se llenaban de calor. Seguían tiradas en el suelo de su dormitorio. Tomó un apunte mental para recordar que tendría que recogerlas antes de acostarse. Pedro solía levantarse mucho antes que ella y, aunque lo más probable era que no se diera ni cuenta, prefería que no le preguntara para qué se las había quitado durante la noche.

—Adrián, la puerta del balcón... —trató de recordarle, casi prefiriendo que no le echara cuenta y siguiera con lo que estaba haciendo.

Él pasó a su lado, pero en vez de cerrar la cortina o la puerta del balcón, se puso en frente de ella y le quitó el sujetador entre besos y mordiscos.

—¡Adrián! —protestó ahogada cuando la empujó hasta umbral de la puerta dejando sus pechos técnicamente en el exterior.

—Mira... ahí en frente solo están las dunas y, aunque hubiera alguien, nosotros estamos en la oscuridad. —Le quitó los cordones de sujeción a las cortinas, pero las dejó abiertas.

—Se oye gente hablando abajo —protestó ella.

—En ese caso, ¿no crees que sería mejor que no armaras mucho jaleo? — Adrián usó el cordón para hacerle un nudo alrededor de la muñeca antes de pasarla por la barra de la cortina y anudarle también la otra muñeca.

Colocó dos sillas ante ella y le ayudó a arrodillarse, con una rodilla en cada asiento, dejándola con las piernas abiertas y su sexo expuesto. Luego reajustó el cordón, tirando hasta dejar a Malena estirada.

Ella se humedeció los labios. Se sentía vulnerable y excitada al mismo tiempo. El morbo de lo prohibido hacía correr la adrenalina por su cuerpo, en tanto que sus terminaciones nerviosas parecían haberse vuelto más sensibles ante la idea de estar expuesta desnuda ante el mundo.

Él la rodeó, poniéndola nerviosa con su minuciosa inspección.

—Muy bien, ahora quédate ahí hasta que regrese —le dijo despidiéndose con un beso en su pecho.

—Adrián... ¡Adrián! —siseó, no queriendo despertar a toda la casa, pero la única respuesta que obtuvo fue el sonido de la puerta al cerrarse.

CAPÍTULO 4



«¡No puede haberlo hecho! ¡No puede haberme dejado aquí sin más! ¡Estoy desnuda! ¿Qué pasa si Pedro o su hermana entran y me encuentran?». Malena zarandeo del cordón que le sujetaba las muñecas, pero dejó de hacerlo cuando notó que la barra de la cortina estaba a punto de venirse abajo.

La cálida brisa proveniente de las dunas le acarició la piel haciéndola consciente de su desnudez. ¿Habría alguien allí afuera observándola?, ¿quizá incluso con unos prismáticos? Por la noche salía mucha gente a cazar o a observar animales nocturnos. ¿Qué pensarían al verla así? ¿Les excitaría? ¿Podrían apreciar el brillo de su excitación resbalándose entre sus muslos?

Cerró los ojos centrándose en experimentar las sensaciones: el modo en que sus pezones se contraían y ponían duros al contacto de la brisa marina, la forma en que la refrescaba al acariciarla, incrementando la humedad que se acumulaba entre sus pliegues entreabiertos.

Cuando la puerta se abrió a su espalda se puso rígida.

—¿Adrián?

Una llave giró en el cerrojo. Ella se congeló en el sitio cuando unos pasos se acercaron. Tenía que ser él. No podía hacerla pasar por la humillación de que alguien más la encontrara esperándolo así. La persona que había entrado se detuvo. Ella dejó de respirar. ¿Y si era Pedro y la había oído llamarlo Adrián? ¡Dios!

No consiguió contener el chillido cuando algo helado y húmedo pasó por su columna vertebral hasta su trasero. Cuando el rastro fue seguido parsimoniosamente por una lengua caliente, soltó el aire llena de alivio. Tenía que ser Adrián. No podía ser nadie más.

Dos minutos después entró en su campo de visión, desnudo y con una

copa en la mano.

—¿Te apetece?

Ella olisqueó. ¿Crema irlandesa? Le encantaba. ¿Lo había elegido a propósito o era pura casualidad? Su mirada cayó más abajo. ¡Dios! ¿Cómo era posible? Intentó mantener la boca cerrada cuando descubrió la imponente erección. Necesitaba un trago. ¡Ya!, decidió mojándose los labios al asentir.

Adrián sacó el hielo empapado de licor y se lo acercó a los labios. Ella cerró los ojos al chuparlo, agradecida por poder calmar su sed. Nunca antes había sido consciente de lo sensual que resultaba aquel sabor. Él empapó de nuevo el hielo y le repasó los labios antes de besarla.

A ella no le quedó más remedio que admitir que el niño sabía besar. ¿De dónde sacaban los chicos de hoy en día tanta experiencia? Los de su época apenas habían perdido la virginidad a esa edad.

Remojando el hielo una y otra vez en el licor, le trazó las aureolas y la punta de sus pezones. Había algo dolorosamente erótico en ello. El cubito era tan frío que la hacía estremecer y tratar de alejarse. Y aunque el líquido conseguía que el hielo se deslizara con una suavidad extrema sobre su piel, era el calor de la boca masculina al chuparla lo que de verdad la hacía gemir y jadear de placer.

—Shhhh... ¿recuerdas a la gente que hay abajo? Nada de ruido —le recordó él.

Gente. Sí, cierto, repitió para sí misma, más pendiente de cómo el hielo se acercaba de forma peligrosa a su monte de Venus que de lo que significaban las palabras en realidad. Tal vez por eso, cuando el cubito helado pasó entre sus pliegues abrasándola con su frío, lo único que acalló su jadeo fue la boca que cubrió sus labios en un beso exigente y posesivo y la hizo olvidarse del mundo que la rodeaba.

«¡Jodido niño! ¿Cómo demonios consigue tenerme temblando como una gelatina cuando todavía no hemos empezado siquiera con lo principal?», se quejó la siguiente vez que le acercó el hielo a los labios, haciéndola probar la mezcla dulce de la crema junto a su propio sabor algo más especiado.

—Fóllame de una vez. —Malena observó cómo los ojos masculinos se oscurecieron ante su petición.

—¿Alguien tiene prisa, tía?

—Deja de llamarme así. Lo odio.

—¿Por qué iba a hacerlo? —El muy gamberro sonrió indiferente—. Ya te dije que me da morbo saber que eres mi tía y que voy a follarte.

—Cuidado, nene, que te quedas sin polvo.

—¿Estás segura? —murmuró, tomándose su tiempo para penetrarla con sus dedos.

«¡Cabrón!». Apretó los párpados cuando encontró el clítoris con el pulgar y empezó a trazar círculos alrededor del sensible botón, sin dejar de bombear en su interior.

—Dime, tía, ¿aún quieres que pare? —le preguntó al oído cuando incrementó el ritmo y la presión de sus diestros dedos.

«¿Ahora que estoy a punto de correrme? ¿Se ha vuelto loco? ¡Ni de casualidad!».

Abrió los ojos de golpe cuando identificó la conocida sensación que se iba concentrando en su bajo vientre. «¡No, no, no!». ¡Demasiado tarde!

Lo mordió en el hombro, tratando de acallar sus gritos mientras su vagina se contraía en espasmos descontrolados y un líquido caliente salpicó sus piernas.

Adrián no se separó de ella hasta que incluso la última de las contracciones se había apaciguado.

—Siempre había pensado que lo de la eyaculación femenina era una patraña que se usaba en las películas porno para subir el morbo —murmuró Adrián cuando observó alucinado el pequeño charco que se había formado a sus pies.

Avergonzada, Malena apartó la mirada.

—Yo... lo siento. A veces no lo puedo evitar —murmuró.

A Pedro no le molestaba, pero entre ellos existía la confianza necesaria para que no le importara cuando ocurría. Con Adrián era diferente.

—¿Evitar? ¿Estás loca? Pienso follarte hasta que lo vuelvas a hacer —prometió visiblemente excitado.

—¿Qué? No, Adrián, escucha... ¡Adrián!

La besó en el hombro, se colocó a su espalda y le cogió las caderas para echárselas hacia atrás, haciéndola caer sobre los respaldos de los asientos. La dura erección resbaló entre sus pliegues, una, dos veces, antes de situarse y embestirla de una única y certera estocada.

Entró en ella con facilidad, estirando sus sensibles paredes, llenándola a más no poder, arrancándole gemidos y jadeos descontrolados, y abriéndole los ojos a una bochornosa realidad: iba a hacerla correrse una vez más de la misma vergonzosa forma en que lo acababa de hacer hacía apenas cinco minutos, y no podía hacer nada por evitarlo, no cuando el orgasmo ya venía

de camino con la fuerza de un huracán.

—Adrián...

—¿Sí, tía? —le preguntó con un tono seductor.

—Sujétame fuerte.

—¿Eso significa que no quieres que pare? —la retó burlón, aunque su falta de aliento reveló que no era tan inmune como pretendía—. Decídetes, tía. ¿Quieres que pare o no?

CAPÍTULO 5



¡Las bragas! Malena abrió los ojos de golpe y comprobó que en la almohada a su lado solo quedaba el bailoteo de los tenues rayos de sol que entraban a través de las ranuras de la persiana entreabierta. Pedro se había marchado.

Con un lastimero gemido se arrastró hasta el otro filo de la cama, donde lo había desnudado la noche anterior, y asomó la cabeza para inspeccionar el suelo.

«¡Dios, qué vieja me estoy volviendo!». Le dolía hasta el alma. ¿Cómo era posible que de un día para otro sus músculos se hubieran resentido tanto? «¡Eso te pasa por querer estar a la altura de un chico que podría ser tu hijo!». El simple recuerdo de todo lo que había hecho con Adrián la inundó de calor.

¿Hasta qué hora habían estado liados?, ¿hasta las cinco? Apenas eran las nueve, constató en el despertador.

¡Ahí estaban sus bragas! Seguían allí tiradas. Se estiró con una mueca para recogerlas. ¿Las habría visto Pedro al levantarse? No iba a descubrirlo hasta que se cruzara con él.

Era miércoles, ¿verdad? Eso significaba que habría salido a correr y debía estar a punto de regresar.

Sacó las piernas de la cama y se sentó con un quejido. Si así le dolía todo el cuerpo al sentarse, no quería ni imaginar lo que iba a sentir al ponerse de pie.

De entre todos los días posibles, ¿por qué tenía que ser miércoles? Podría haber sido cualquier otro día de la semana en el que su marido trabajara, para que pudiera haber seguido acostada un ratito más sin que a nadie le llamara la atención. Aunque, acostarse de nuevo y que Adrián pudiera sospechar que se debía a cómo la había dejado después de echar unos cuantos polvos tampoco

era una opción que su ego admitiera.

Cuando entró en el salón con los pelos aún húmedos por la ducha, todo el mundo estaba desayunando. Incluidos Pedro, Adrián y su cuñada Isabel. «¡Perfecto!», pensó rechinando los dientes. «Precisamente hoy, Pedro tenía que romper su rutina».

—Buenos días, tía. ¿Dormiste bien? —La sonrisa de Adrián le llegaba de oreja a oreja.

¿Los jóvenes no se suponía que dormían hasta tarde durante sus vacaciones? Al menos eso era lo que solían hacer Gloria y las amigas que invitaba a pasar la noche. ¿Y por qué demonios tenía que parecer fresco como una rosa mientras ella se sentía como un cactus reseco?

Le echó una mirada irritada, pero en cuanto leyó en sus facciones que recordaba cada una de las cosas que le había hecho, y las que ella le hizo a él, apartó avergonzada el rostro. «¡Dios!».

—Tienes mala cara, cielo, ¿volviste a tener insomnio? ¿Y qué te pasa en las piernas? Andas como si hubieras participado en el Tour de Francia — Pedro la estudió con una ceja arqueada.

Malena sintió cómo el calor le inundaba el rostro.

—Cogí una mala postura al dormir y me duele... la espalda.

—Ya te avisé que con la edad que tienes, deberías apuntarte a pilates y hacer más ejercicios. Mira lo bien que me encuentro yo —presumió la hermana de Pedro, sacando su pierna de debajo de la mesa y estirándola en una postura rara, hasta casi saltarle el ojo a su marido que se apartó encogiendo la nariz con una mueca.

«¿A mi edad? ¡Tengo diez años menos que tú, vieja bruja! Y voy todo el año al gimnasio, pero ahora estamos de vacaciones. Si estoy así es porque tu hijo me folló anoche hasta dejarme quebrada», le entraron ganas de responder. «¡Y hazte una pedicura para quitarte esas durezas!».

—Necesito un café —dijo con sequedad—. ¿Alguien quiere otro? —ofreció, procurando controlar unas cuantas insolencias que tenía en la punta de la lengua y escapando a la cocina sin esperar respuesta.

—Gloria ha llamado. Estuvo preguntando por ti —la informó Pedro alzando la voz antes de darle un mordisco a su tostada.

—¿Sabes si esta libre ahora para llamarla? El otro día me habló de una excursión, pero no recuerdo si era hoy o mañana —confesó Malena

parándose en el umbral.

A pesar de que fuera la hija de Pedro, y de que ya había sido una adolescente cuando la conoció, Gloria formaba parte de su vida y la quería como propia.

—Hoy tiene clases, pero dijo que te llamaría durante el almuerzo.

Malena asintió y desapareció en la cocina.

—Adrián debería darte un masaje. El que me dio el otro día me dejó como nuevo —le aconsejó Pedro desde el salón.

A Malena casi se le cayó la botella de leche de las manos.

—Yo... eh... No, no hace falta. Gracias.

—Mi hijo es un excelente fisioterapeuta. Tiene un máster en biomecánica y fisioterapia deportiva e hizo prácticas en Suiza —intervino la hermana de Pedro con un tono que dejaba manifiesto que no la consideraba digna de recibir uno de los fabulosos masajes de Adrián.

—Sí, sí, claro. No pretendía insinuar que no fuera bueno si es esa la impresión que te has llevado. —Malena intentó sonreír cuando regresó al salón.

—No te preocupes, mamá. Cuando termine con la tía Malena, será la mujer más feliz y relajada de la playa. No querrá que otro... fisioterapeuta le ponga las manos encima —prometió Adrián con un guiño en su dirección.

Malena tragó saliva.

—Yo...

«¡Necesito algo más fuerte!», pensó tomando un trago del café y quemándose la lengua en el proceso.

Con una sonrisa satisfecha, Malena se tendió bocabajo en la hamaca del jardín y se puso cómoda. Se había portado bien, había evitado que Adrián le diera *el masaje* en su dormitorio a pesar de las presiones que había recibido por parte de él y Pedro, y solo por eso ya se merecía disfrutar de esa sesión de relajación al aire libre, con el sol calentándole la piel.

No le dedicó a Adrián ni una sola ojeada cuando le colocó una toalla de playa sobre el trasero. ¿De verdad se había pensado ese niñato que iba a poder con ella? ¡Ja! Le iba a demostrar quién de los dos podía más. Demasiado le había consentido ya. Frunció el ceño cuando subió la toalla por

abajo y se acomodó sobre sus piernas desnudas. Dudaba mucho que eso formara parte de un masaje profesional, aunque, siendo sincera, tenía que admitir que con una hamaca tan baja se iba a partir la espalda si tenía que permanecer agachado, y estar de rodillas tampoco debía de ser muy cómodo. Desechó la idea de la falta de profesionalidad y regresó a sus pensamientos anteriores.

No era como si no hubiera disfrutado de lo que hicieron ayer, de hecho, disfrutó más de la cuenta, pero no iba a permitirle que la mangoneara a su antojo. Si volvían a hacerlo, y eso era algo que aún tenía que analizar cuando dejara de dolerle hasta la coronilla, entonces iba a ser como y cuando ella decidiera.

—¿Qué...? —Giró alarmada la cabeza para mirarlo por encima del hombro—. Adrián, ¿qué crees que estas haciendo? —preguntó escandalizada, sujetándose la parte superior del biquini cuando de repente amenazó con caerse.

—Dejando tu espalda libre para el masaje —le contestó con cara de no haber roto un plato en su vida—. Y si nos deshacemos de esto por completo, estarás mucho más cómoda.

—Pero ¡¿qué haces?! —siseó tirándose sobre la hamaca para no deslumbrar a nadie con sus tetas cuando él lanzó el biquini sobre la silla más cercana.

—Asegurarme de que vas a disfrutarlo —replicó Adrián ni en lo más mínimo preocupado por su enfado.

—¡Devuélveme ahora mismo mi biquini!

—Shhh... Tranquila. Relájate y disfruta. En cuanto terminemos te lo devuelvo. Lo prometo —le aseguró, acomodándose sobre sus muslos y echándose aceite en las manos.

Malena no tuvo claro si era mejor obedecer y tener la fiesta en paz, o levantarse y demostrarle que porque la hubiera dejado medio en cueros no iba a recortarle su capacidad de actuar. Cuando las fuertes manos esparcieron el aceite de masaje sobre su espalda, todos sus pensamientos quedaron en un segundo plano.

Quedó patente que Adrián no solo sabía usar su lengua, sino que sus manos eran al menos igual de milagrosas. Malena ronroneó cuando sus tensos músculos comenzaron a relajarse bajo los expertos dedos. Al final iba a tener que darles la razón a Pedro y su cuñada, Adrián era un fuera de serie como masajista.

—¿Te gusta así?

—Mhm... Inmejorable —murmuró, provocándole una risa divertida.

—En realidad, tía, mi intención es hacerlo aún mucho mejor.

Si no hubieran estado en el jardín, oyendo a sus cuñadas discutiendo en la cocina, a la gente pasando por el pasillo con el que lindaba el seto, y con el padre de Adrián leyendo el periódico en uno de los sillones ubicados al lado de la piscina, de espaldas a ellos, Malena hubiera pensado que estaba proponiéndole echar un polvo, pero estando las cosas como estaban, no tenía de lo que preocuparse.

En el fondo hasta le daba lástima que no fuera a ocurrir nada. Estaba dejándola tan relajada que tener un orgasmo hubiera hecho el completo. Sonrió cuando le bajó un poco la toalla de sus caderas y apartó la parte baja del biquini para masajearle también las nalgas sin destaparla del todo. Malena no se quejó. ¿Quién era ella para decirle que no necesitaba hacerlo? Él era el experto después de todo, ¿no? Y el responsable de que esa parte de su anatomía también le doliera, se recordó.

—¿Hay una cosa que ayer no tuve la oportunidad de preguntarte? — Adrián repasó su espalda desde el trasero hasta los hombros, inclinándose sobre ella.

¿Eso había sido una erección?

—¿Sí? —preguntó, frunciendo el ceño y concentrándose en ver si la próxima vez que se reclinara sobre ella podía discernir si lo que se había apretado contra su trasero era una erección o no.

—Me preguntaba si ya habías practicado alguna vez sexo... anal.

«Pues sí que era una erección, ¡y en toda regla!».

CAPÍTULO 6



—No creo que eso sea de tu incumbencia —respondió Malena, tratando de sacarse de la cabeza la idea de que podrían escaparse a la biblioteca para repetir algo de la sesión del día anterior.

—Discrepo. Yo creo que sí importa, y mucho —murmuró Adrián echando una generosa cantidad de aceite sobre sus nalgas.

Ella alzó la cabeza como un resorte cuando, con los pulgares, primero le apartó la tira del biquini y luego le separó las nalgas, dejando que el aceite resbalara entre ellas.

—¡Adrián! —siseó echando un rápido vistazo a su cuñado para comprobar que seguía leyendo su periódico—. Adrián, estate quieto —pidió cuando el chico cambió sus manos de postura y las metió por debajo de la toalla, encargándose de esparcir el aceite hasta los rincones más prohibidos.

—No me has contestado —insistió él apretando un pulgar con suavidad contra la sensible roseta de la entrada.

—¡Van a darse cuenta! ¡Tienes que parar! —jadeó Malena.

—Nadie puede ver nada. La toalla te cubre.

—Adrián...

—Ni siquiera se darán cuenta si hago esto...

Sus ojos se abrieron de par en par cuando vio cómo se metía las manos bajo la holgada camiseta para bajarse de forma disimulada el bañador. En el momento en que usó la toalla para cubrirse, Malena solo pudo suponer lo que estaba haciendo debajo y, aún así, eso no la preparó para cuando deslizó la erección entre sus nalgas embadurnadas de aceite, dejándole claro cuáles eran sus intenciones y el motivo de su pregunta.

—¡No podemos hacer eso aquí! No con toda la familia alrededor y la

gente pasando al otro lado del seto para bajar a la playa —lo advirtió frenética.

Ni siquiera el hecho de que la enorme toalla arremolinada le cubría de forma natural hasta casi la mitad de sus caderas, tapando la evidencia de lo que estaba haciendo, le permitía relajarse.

—¿Eso significa que si no fuera por la gente, no te importaría que te follara por detrás?

¿Le importaría? Hacía mucho que no había practicado sexo anal. «Hace mucho que no has hecho nada de nada», le recordó la vocecilla de su cabeza. Eso no quitaba que no se acordara de cómo la ponía esa sensación mezcla entre dolor y placer.

Al parecer, él se tomó su silencio como un consentimiento, ya que apretó su glande contra su entrada trasera, esperando unos segundos antes de penetrarla, como si esperara su permiso para avanzar. Los dedos de Malena se agarrotaron en la estructura de la hamaca cuando finalmente comenzó a penetrarla.

«¡Estaba equivocada, joder!» No recordaba ni la mitad de lo que podía doler hacerlo por detrás».

Respiró aliviada cuando él se mantuvo quieto, pero duró poco. Con la siguiente pasada de las fuertes manos por su espalda, Adrián aprovechó para empujar de forma disimulada su pelvis contra ella.

—¡Para!

Cuando se mordió el antebrazo, él se detuvo de inmediato, dándole tiempo para acostumbrarse a la forma en que la estiraba. El simple hecho de que su glande siguiera hundido en su interior, y pulsara lleno de necesidad, la excitó tanto que se obligó a relajarse.

El masaje continuó, y con cada nueva pasada, Adrián empujaba contra su trasero y conquistaba nuevo territorio. Los diestros dedos masculinos comenzaron a recorrer sus costados, pasando por su cintura y costillas hasta rozar sus pechos, provocándola y haciendo que deseara que los alcanzara y amasara en tanto que se hundía más y más en ella.

El ligero dolor dio paso a un placer cada vez más intenso. El sol sobre su piel desnuda, la sensación de desnudez en sí misma, las suaves caricias de la brisa marina, las fuertes manos masculinas que la recorrían, el oír a sus cuñadas discutiendo en la cocina, tener a su cuñado a apenas siete metros de ellos y la gente pasando dicharachera en dirección a la playa... todo ello se unió en un conjunto morboso que comenzó a desesperarla.

«Si solo pudiera masturbarme...».

—¿Qué ocurre? —le preguntó ronco cuando ella gimió de forma lastimera.

«¡¿Que qué ocurre?!».

Un jadeo masculino se unió al suyo cuando contrajo los músculos internos.

—Quiero correrme, pero no puedo sin tocarme —musitó ella.

Recibió un gruñido de respuesta.

—¿Y así? —preguntó Adrián, deslizado un bote de espray bajo su pelvis.

Malena gimió ante el contacto del frío y duro metal entre sus pliegues. Se sentía bien, muy bien de hecho, pero iba a tener que moverse si quería que su clítoris se rozara contra él. Hizo la prueba de cómo hacerlo sin que nadie se percatara de ello y aprovechó el siguiente movimiento de Adrián para balancear su trasero.

Fue el turno de Adrián de gemir. Ella sonrió satisfecha y repitió el balanceo. Una sensación de poder la inundó cuando los fuertes dedos se agarrotaron sobre sus hombros. Le producía tanto placer la idea de conseguir que él perdiera el control como la de sentirlo dentro de su trasero y de frotarse contra el tubo metálico.

—Yo que tú dejaría de hacer eso —le avisó él con voz ronca y desesperada.

«Pero tú no eres yo, ¿cierto?».

Cuando volvió a apretar su trasero contra él, el dique pareció estallar. Los dedos de Adrián se hundieron en su carne de una forma casi dolorosa, apretándola contra la hamaca y a la vez empujándola contra él, mientras sus embestidas, aun siendo demasiado lentas para su gusto, se volvieron más fuertes y profundas.

Se dejó llevar por la creciente ola de placer, apretando los ojos y centrando todos sus sentidos en cómo se hundía una y otra vez en ella, llevándola más y más cerca de una sensación casi imposible de aguantar.

Sus músculos comenzaron a contraerse, su respiración se volvió entrecortada, mordió su antebrazo para acallar sus jadeos y, de repente, un intenso calor se extendió dentro de ella y... nada.

Las manos masculinas se relajaron, sus caderas dejaron de moverse y la sensación agri dulce de que todo había terminado se extendió por Malena dejándola frustrada y con la sensación de que había sido utilizada.

—¿Qué?, ¿cómo vamos?

Alzó precipitada la cabeza para mirar sobresaltada a Pedro que, con un par de botellines en la mano y un plato lleno de jamón, los estaba contemplando con ojos ligeramente enrojecidos que revelaban que no eran las primeras cervezas que se había tomado.

—Tiene todos los músculos agarrotados. Le convendrían un par de sesiones más —opinó Adrián aparentemente relajado, aunque ella pudo discernir la tensión en su voz.

—Pues ya sabes, tú relájamela, a ver si así se me vuelve más dócil —se mofó Pedro con una risita antes de dirigirse hacia su cuñado, ofrecerle uno de los botellines y tenderse en una tumbona de espalda a ellos.

Malena intentó sonreír. «¿Dirías lo mismo si supieras que tu sobrino sigue pulsando en mi trasero, so capullo?».

No tenía claro qué la decepcionaba más, que Adrián la hubiera usado para satisfacer su necesidad o que su marido, en vez de preguntarse por qué estaba tan tensa, prefería soltar una bromita e irse a tomar cervezas con el sieso de su cuñado.

—Gírate.

Adrián se salió con cuidado de ella y antes de que pudiera contar hasta diez, ya se encontraba de pie a su lado, con el bañador en su sitio, y limpiándose las manos con un par de toallitas húmedas como si nada hubiera ocurrido.

Si no fuera porque la sensación de vacío que había dejado atrás dejaba constancia de lo que había pasado, ella misma se hubiera preguntado si no habría sido todo solo un producto de su imaginación.

Cuando fue a obedecerle recordó que seguía estando en cueros de cintura para arriba.

—Estoy... eh... desnuda.

—Toma la toalla para taparte.

Ella aceptó la que le ofreció y se giró, teniendo cuidado de que nadie pudiera verle nada y, aunque no cambiaba mucho cómo se sentía, agradeció que él se tomara la molestia de colocarle bien las toallas sobre pechos y caderas.

Cerró los párpados cuando le masajeó los pies y fue ascendiendo despacio por sus pantorrillas. Suponía que a falta de un orgasmo, lo mínimo que merecía era disfrutar de su masaje.

A medida que las manos masculinas fueron ascendiendo por sus muslos y

encontraron su camino bajo la toalla, Malena comenzó a preguntarse cómo de consciente sería Adrián de que ella seguía excitada y si eso realmente le importaba.

¿Sería consciente de que lo que para él era un simple masaje más, para ella se convertía en una necesidad cada vez más voraz a medida que sus dedos se acercaban al final de sus muslos? ¿Se daría cuenta de que aún estaba húmeda o pensaría que era la consecuencia de lo que habían hecho antes?

Sus ojos se abrieron sobresaltados cuando los dedos masculinos se deslizaron bajo el bikini y se hundieron entre sus pliegues.

Él alzó una ceja.

—¿Pensaste que ya se había terminado todo?

Su respuesta se ahogó en un jadeo en el mismo instante en que dos dedos se incursionaron en su interior y su pulgar alcanzó su clítoris haciendo que sus caderas se alzaran por voluntad propia.

Con una sonrisa ladeada, Adrián deslizó su otra mano bajo la toalla que cubría sus pechos y alcanzó uno de sus pezones.

—¿Sabes algo curioso que me llamó la atención anoche, tía Malena? —preguntó. Ella negó en silencio, demasiado centrada en el calor que se expandía por su vientre como para contestar—. Que disfrutas con una cierta dosis de dolor y que te ayuda a lanzarte hacia el orgasmo.

Como para confirmarlo, pellizcó el pezón y tiró de él sin remilgos.

—¡Adrián! —debería haber sido una protesta, pero sonó más bien como un ruego por más cuando su espalda se arqueó.

—¿Y sabes otra cosa, tía? —Bajó la cabeza y acercó los labios a su oído—. Jamás vuelvas a equivocarte conmigo. No he dejado de fantasear con esa forma de correrte que tienes. Puedo renunciar a mi propio placer inmediato, pero no voy a renunciar a tus orgasmos.

Los dedos entre sus piernas comenzaron a moverse con más rapidez, los que tenían atrapado su pezón tiraron de él con más fuerza y, como si con eso le hubiera dado el pistoletazo de salida, su vagina se contrajo mientras un intenso calor estallaba en su interior y sus dientes se incrustaron en el musculoso brazo de Adrián para acallar los gritos que pugnaban por escapar.

En aquel momento dejó de importarle que pudieran cogerlos o que los desconocidos que pasaban al otro lado del seto pudieran verlos. Lo único que importaba era Adrián y lo que le hacía sentir. Habría estado dispuesta a consumirse en las llamas del infierno por seguir así, y dudaba mucho que allí pudiera arder más de lo que ya lo estaba haciendo.

CAPÍTULO 7



¡No podía quitársela de la cabeza! No cuando estaba oyendo el sonido de la ducha, que llenaba su mente de sensuales imágenes del agua corriendo por su cuerpo desnudo, o de cómo sus manos se resbalaban por sus pechos y por entre sus piernas, cubriéndolas con la espuma del suave jabón con olor a coco que a ella le gustaba usar.

Adrián apretó los puños para no ceder a la tentación de comprobar cuán duro se había puesto otra vez. ¿Había dejado de estarlo alguna vez desde que vio aquella dichosa nota llena de garabatos y tachones? ¿Cuánto tiempo transcurría entre que terminaban y volvía a desearla de nuevo? ¿Una hora?, ¿media? A veces ni eso. Ni siquiera los ratos que pasaba con Lucy, pensando en Malena, le aliviaban lo suficiente como para no ansiar hundirse de nuevo en ella en cuanto la veía.

Lucy no tenía esa exótica piel de color canela, ni su culo en forma de corazón, ni mucho menos esos labios rellenos que lo obsesionaban. Adrián tragó saliva al acordarse de la forma en que Malena gemía excitada al chupársela, o cómo movía ese delicioso trasero. ¡Joder! ¡Quería volver a ver ese culo moviéndose para él!

¿Cuánto había pasado desde que se la tirara en el jardín haciéndole el masaje?, ¿una semana? Le parecía una eternidad. No era como si no hubiera intentado repetirlo, pero la dichosa mujer lo evitaba como si tuviera la rabia y fuera a contagiarse de un mordisco.

Intentó recordarse que había decidido dejarla en paz y esperar a que fuera ella quien lo buscara. Ocurriría, sabía que tarde o temprano cedería y caería ante él. No era ciego, se daba cuenta de cómo lo miraba cada vez que creía que estaba distraído. Sus ojos le recorrían el cuerpo con hambre y llenos de

deseo, y, por si fuera poco, rara era la vez que sus pezones no acababan despuntando bajo la camiseta cuando lo hacía. ¿A qué esperaba entonces? Él estaba dispuesto para lo que ella quisiera. ¿Tanto trabajo le costaba admitir que lo deseaba?

Después de leer sus notas y descubrir lo que buscaba, jamás había esperado que fuera tan difícil conseguir que cediera a sus esfuerzos por seducirla. De hecho, había esperado que fuera ella la que acabara persiguiéndolo. Obviamente se había equivocado con ella y eso, en el fondo, le gustaba.

Tiró el cojín con el que tapaba su erección al otro rincón del sofá. Se acabó, estaba harto.

«Si la montaña no viene a Mahoma, entonces Mahoma va a la montaña», decidió.

Si ella quería engañarse a sí misma, él no iba a hacer lo mismo. Si se trataba de orgullo, su entrepierna les llevaba la delantera a los dos, porque era evidente que su erección se negaba a bajar a menos que le diera lo que necesitaba.

Estiró el cuello para echar un vistazo al despacho donde se encontraba su padre. Allí estaba, enganchado al póquer en el ordenador, con toda probabilidad gastándose el dinero que su abuela le había mandado para pagar el seguro de la casa.

Subió el volumen del televisor e hizo sonar su móvil como si estuviera recibiendo una llamada.

—¿Sí? Hola, Germán, ¿qué tal hombre? —habló lo más alto que pudo para que su padre lo oyera y creyera que estaba charlando con su amigo por teléfono.

¿Cómo era ese chiste que escuchó el otro día? Adrián lo contó en voz alta, riéndose solo como un gilipollas mientras rezaba para que a nadie se le ocurriera llamarlo en ese preciso instante.

Después de echarle otro vistazo al despacho, sonrió satisfecho y tiró el móvil sobre la mesa. Casi nunca fallaba. Su padre no aguantaba ni el ruido, ni las peleas. Prefería ponerse unos auriculares y seguir con sus vicios. Aunque, claro, cuando se enganchaba con las pelis porno se los ponía incluso antes de empezar, pero entonces también cerraba la puerta.

Con un nudo formándose en su estómago, fue al lavadero a coger la llave inglesa. Una cosa era jugársela y otra muy distinta no guardarse las espaldas. Decir que había entrado en el baño de arriba para cerrar el eterno goteo del

grifo era una excusa tan buena como cualquier otra.

Delante de la puerta del baño se paró a escuchar antes de entrar. La ducha se apagó. Adrián se secó las manos sudorosas en su bañador. ¿Volvería a negarse o estaba tan harta de esperar como él? Odiaba esa incertidumbre y esa constante indecisión por parte de ella. ¿Qué más daba que tuviera algunos años más? Era una diosa en la cama y él la deseaba.

Tomando una profunda inspiración, giró el pomo y entró en el mismo instante en que ella abría las cortinas de la ducha para salir. Su respiración se cortó al ver cómo sus pechos brillaban con el agua aún goteándole por los divinos pezones oscuros.

—¡Dios! ¡Adrián! ¿Qué haces aquí? —chilló, cubriéndose sobresaltada con la cortina.

Adrián se pasó la lengua por los labios al observar la forma en que el plástico semitransparente se pegaba a su cuerpo húmedo dejando ver más de lo que tapaba. Cerró la puerta y dio un paso adelante.

—Mi madre se quejó de que el grifo goteaba. —Levantó la llave inglesa antes de soltarla sobre el mármol del lavabo y acercarse a ella.

—Pues espérate a que salga.

—Claro. —Adrián le acercó una toalla.

—¡Adrián, que te largues! Si entra alguien, pensará lo que no es —siseó nerviosa, reculando a medida que él avanzaba, hasta quedar con la espalda pegada a la pared.

—Mi tío Pedro no está —le recordó Adrián negándose a detenerse—. Mi madre está durmiendo la siesta. Nunca se levanta antes de las cinco —siguió, quitándose la camiseta y bajándose el bañador lo suficiente como para liberarse y mostrarle lo que podía ofrecerle—. Y mi padre sigue enganchado a uno de sus jueguitos. Ni se enterará de que estoy aquí contigo.

«Y si lo hace, se quedará espiondo calladito», pensó trazando con el reverso de sus dedos el contorno de sus pechos.

—Adrián, no podemos seguir así.

—¿Por qué no? —preguntó pegándose a ella, indiferente a la fina capa de plástico húmedo que los separaba.

—¡Soy tu tía!

—Solo política.

—¡Tengo edad para ser tu madre!

—No seas exagerada. Además, ¿qué importa? —Empujó sus caderas contra su estómago, dejándola sentir lo que le provocaba—. Me pones y yo a

ti, ¿vas a negarlo? —la retó, frotándose contra ella.

Intentó besarla en la boca, pero ella apartó el rostro.

—Nos van a coger —protestó con una voz cada vez más débil cuando él apartó la cortina para bajar la cabeza a sus pechos y chuparlos.

—No si nos damos prisa —murmuró contemplando fascinado cómo el oscuro pico crecía y se endurecía bajo su atenta mirada.

Con el pezón entre sus labios, sonrió victorioso cuando ella empujó los pechos hasta su boca, aplastándose contra él. Los dedos de Malena se enredaron en su cabello atrayéndolo, y sus temblorosas piernas se separaron cuando le deslizo una mano entre los muslos en busca de su premio.

Adrián soltó un gruñido de satisfacción al notar la facilidad con la que sus dedos se resbalaron entre sus pliegues.

«Joder, ¡lo caliente y mojada que estás ya!». Empujó un dedo en su interior. «Ni siquiera voy a tener que esforzarme». La simple idea de no tener que esperar lo hizo ponerse tan duro que dolía.

Se incorporó apartándose de ella. La ducha estaba bien. Le ponía la idea de compartir una y enjabonarla pero, en aquel momento, prefería ver su cara en el espejo mientras la tomaba desde atrás.

—¿Adrián? —Ella parpadeó confundida.

«¿Te crees que voy a dejarte así sin más? ¡Ni de coña!». Se habría reído si no fuera porque habría perdido tiempo haciéndolo. La besó cogiéndole las nalgas para apretarla contra él.

Gimió al sentir su erección atrapada entre sus cuerpos, pulsando y dejando una espesa humedad sobre sus vientres. Estuvo por levantarle una pierna y tirársela allí mismo, pero recordó sus planes. Soltándola, la cogió de la mano y la llevó hasta el lavabo para, sin palabras, ni contemplaciones, girarla hacia el espejo.

Mordiéndolo el tierno hombro femenino, la obligó a inclinarse hacia delante y empujar el culo hacia él. «¡Eso es!». No tenía muy claro si su verga estaba tan desesperada como él, o si era porque ya se había aprendido el camino de memoria, pero entró en ella con la misma facilidad que un fórmula uno entra en los boxes, deslizándose a través de su aterciopelado calor con un jadeo ahogado, casi tan alto como el de ella.

Eso era lo que le gustaba de ella: su pasión, su entrega, la forma en que su rostro revelaba su placer y —¡uffff!—, la forma en que lo atrapaba en su interior como si quisiera ordeñarlo.

«¡No pares! ¡Así!».

Incrementó la fuerza de sus embestidas solo para comprobar cómo sus enormes pechos se bamboleaban de forma rítmica sobre el lavabo. Ella trataba de hacer resistencia, sujetándose como y donde podía mientras los botes de cosmética se volcaban sobre la encimera de mármol.

Sobre sus pechos aún colgaban algunas gotitas de agua que los seguían haciendo brillar jugosos y frescos. Sin parar de moverse, Adrián abrió la repisa y sacó el aceite de bebé que se guardaba allí.

Tres minutos más tarde observó satisfecho su obra. Los enormes pezones oscuros brillaban tentadores, erectos e hinchados. Sus manos se resbalaban por los sedosos pechos, obligándolo a presionarlos para que no se le escaparan. Quizá *obligarlo* no era la palabra, disfrutaba haciéndolo, tratándola con cierta brusquedad, y a ella también parecía gustarle por la forma en que empujaba su trasero contra él y gemía con ojos entornados. Pellizcó sus pezones y tiró de ellos, incrementando poco a poco la intensidad para comprobar hasta dónde aguantaba.

—¡Oh... Dios! ¡No pares!

En el espejo comprobó que sus dientes apretados por el esfuerzo convertían su sonrisa en una extraña mueca. Sin soltar la presión sobre el pezón, usó su otra mano para deslizarla entre sus muslos alcanzando el pequeño botoncito con el que esperaba se pusiera a chillar como una obsesa.

—¡Estoy tan, tan cerca!

—¿Qué necesitas para correrte? —Adrián rogaba que no fuera mucho, porque estaba al límite de su aguante.

—Yo... —De repente, ella levantó la cabeza y rebuscó en la repisa.

Cuando sacó un cepillo de dientes eléctrico y lo encendió como para comprobar si funcionaba, él la miró desconcertado. ¿Pensaba limpiarse los dientes mientras follaban? ¿Y con el cepillo de su madre?

—¡Ahora! —Lo retó con expresión traviesa—. Quiero tus manos en mi cintura o mis pechos, pero asegúrate de que cuando te corras me sujetas con fuerza. Quiero sentir tus ganas de mí cuando lo hagas.

«¡Mierda!».

En el mismo instante en que ella apoyó el reverso del cepillo de dientes sobre su clítoris y lo encendió, su semblante se transformó en uno de éxtasis total, su boca se mantenía abierta con los continuos jadeos y oh—oh—ohhhhs, y su vagina lo apretaba a intervalos tan cortos que apenas le permitía respirar.

—¿A... qué esperas? Dame fuerte, Adrián. Ah...hora nece...sito ¡fuerteee!

«¡Joderrrr!».

¿Quería fuerte? Iba a ser un placer complacerla, pero más le valía que se corriera pronto, porque verla así era más de lo que podía haber soñado y más de lo que era capaz de soportar.

No debería haberse preocupado. En cuanto se sujetó a su cintura y empezó a darle caña, ella empezó a correrse y no una ni dos veces, sino con una ristra de orgasmos tan larga que Adrián perdió la cuenta, inmerso en su propia locura de placer que lo dejó satisfecho y hecho polvo, medio tendido encima de su espalda, mientras ella seguía contorsionándose con pequeños jadeos que eran el único sonido que interrumpía el continuo rrrrrr... del cepillo.

CAPÍTULO 8



Cuando Malena entró en el dormitorio y vio el traje de chaqueta de Pedro extendido sobre la cama sonrió con una repentina alegría. ¿Iban a salir? Desde que había llegado su familia, no había vuelto a llevarla a cenar. Lo echaba de menos. Era una excusa para arreglarse y que ambos pudieran charlar y compartir sus cosas en un ambiente distendido. Era justo lo que necesitaban.

Expulsó de su mente las imágenes de esa tarde en el baño. Había tratado de resistirse, pero con Pedro cada vez más ausente e ignorándola, la atención de Adrián tenía el mismo efecto sobre ella que una lluvia de verano en el desierto.

Con los ánimos y los buenos propósitos renovados, abrió el armario para elegir algo sexy. Quizá si consiguiera recuperar la atención de Pedro, su sobrino pasaría a un segundo plano y podría quitárselo de la cabeza.

—Hola, cielo. ¿Sales a cenar con mis hermanas?

Se giró hacia él que, con el pelo aún mojado, se había sentado en la cama para ponerse los pantalones.

«¿Salir con tus hermanas?».

Malena hundió las uñas en sus palmas con la decepción anclándose en su vientre y un nudo formándose en su garganta. Volvió a guardar el vestido que había cogido.

—Yo... eh... no sé lo que voy a hacer aún —contestó tratando de fingir una sonrisa que no sentía—. ¿Qué harás tú?

Pedro paró en su gesto de cerrarse los botones de la camisa y la miró con el ceño fruncido.

—Te lo dije el otro día. Hoy es la cena en casa del juez Estebaría.

«No me lo dijiste».

—Ah, lo siento, se me debe de haber olvidado. —Ella se frotó los brazos con un repentino frío—. ¿Y vas a ir solo?

Él volvió a paralizarse, pero esta vez evitó mirarla.

—Sí, es una de esas aburridas cenas de política en las que lo único que se hace es poner a parir a los otros partidos para vanagloriarnos a nosotros mismos.

«¿Y entonces para qué vas?».

Malena asintió y se giró hacia el armario fingiendo estudiar su ropa.

—¿Vendrás tarde?

—Es lo más probable. Mejor no me esperes despierta.

Cuando bajó al salón para alejarse de Pedro, el único que se encontraba allí era Adrián, tirado en el sofá con su móvil y el televisor puesto.

—¿Tú y tío Pedro no habéis salido con los demás? —le preguntó él en cuanto la vio entrar.

—No, yo... eh... —Miró perdida a su alrededor.

Adrián no necesitaba saber que su tío la dejaba tirada para irse con la otra, o que su madre y su tía ni se habían molestado en invitarla a salir. Pedro se adelantó a ella cuando bajó, aún ajustándose la corbata.

—¿Y los demás? —preguntó.

—Salieron hace media hora más o menos —contestó Adrián mirando a uno y a otro.

Por un momento el rostro de Pedro reflejó su incomodidad, aunque desapareció con la misma rapidez con la que había surgido.

—¿Por qué no me haces un favor, sobrino? Tengo una cena de negocios, ¿por qué no llamas a alguna pizzería para que os traigan algo de cenar? No quiero que tu tía tenga que meterse en la cocina —le pidió Pedro tirándole un billete de cincuenta sobre la mesa.

Malena quiso hundirse en la tierra de la humillación. ¿La acababa de traspasar a su sobrino para que se hiciera cargo de su *pobre tía*?

Como si no se diera por conforme, sacó otro billete de cincuenta y lo tiró al lado del anterior.

—Encárgate de darle también un masaje para relajarla. A ver si me dejas a tu tía hecha una chiquilla —soltó Pedro dirigiéndole un guiño a Adrián.

—¿Qué?! —Ella no podía creerse lo que oía.

¿De verdad era Pedro tan inconsciente como para no darse cuenta de todo lo que podía implicar un masaje entre dos adultos en una casa a solas?

¿Pensaba que era demasiado vieja y fea como para que alguien pudiera plantearse algo con ella?

—¿Qué? ¿Vas a negar que mi sobrino tiene magia en esas manos? —la retó Pedro dándole un beso en la frente a modo de despedida.

«No solo en esas manos, cielo», pensó ella con amargura viendo cómo se largaba dejándola con su sobrino.

—Hoy no tienes excusas. —Adrián le sonrió enseñándole los dientes—. Es tu marido quien quiere que te complazca, y encima me ha pagado por hacerlo.

Ella se abrazó y lo estudió con los ojos entrecerrados.

—Crees que te has salido con la tuya, ¿verdad?

—No lo creo, lo he hecho. —Le mostró los billetes de cincuenta.

—Cariño, estás obviando un pequeño detalle —le advirtió, cediendo al pequeño demonio que le susurraba al oído que se vengara de todos los hombres.

—¿Cuál? —preguntó Adrián con el ceño fruncido.

Ella se inclinó sobre la mesa y lo miró a los ojos.

—Que según tu propia interpretación, acaban de pagarte por complacerme. —Le sonrió con dulzura—. ¿Eso no es lo que hacen con los prostitutas? —Cuando Adrián abrió la boca para protestar, ella lo ignoró—. ¿Me equivoco o ahora eres mío para hacer lo que quiera contigo y exigirte lo que me dé la real gana?

La boca masculina se cerró de golpe y sus pupilas dilatadas dejaban entrever apenas un estrecho círculo azul.

—Dígame, señora, ¿qué puedo hacer por usted?

—Te llamaré cuando te necesite —le espetó, copiando su guiño al marcharse.

—¿Un momento, tía! —la llamó levantándose de un salto y cerrándole el camino.

Ella se paró poniendo los brazos en jarra, aunque rezaba para que la dejara marcharse antes de ponerse a llorar como una Magdalena delante de él.

—Tenemos la casa para nosotros solos, un televisor de cincuenta pulgadas y dinero. ¿Te apetece comida china y que alquilemos una película mientras te planteas si vas a requerir de mis servicios o no?

Malena se frotó los brazos. No sabía si era pura casualidad que mencionara lo de la comida china o si la conocía mejor que su marido, pero el plan que proponía era mucho más atractivo que el de encerrarse sola en su

habitación para lamer sus heridas.

—Creo que aún quedan palomitas para el microondas en la cocina — murmuró, aún indecisa.

—Si me dices qué quieres para cenar, yo me encargaré de hacer el pedido al chino y de las palomitas. Eres mi invitada y lo único que tienes que hacer esta noche es ponerte cómoda.

—Rollitos de primavera, arroz tres delicias y pollo con almendras.

—¿Y de postre?

Ella se mordió los labios.

—Un bote de nata.

Las cejas de Adrián se alzaron, pero no esbozó más que una leve sonrisa.

—¿Algo más que pueda hacer para la señora?

—No... Sí —decidió de repente—. Coge una de las botellas de vino que tu tío esconde en el mueble que hay encima del frigorífico. —Si los demás podían consentirse y darse caprichos, ella también—. Voy a asegurarme de que en las habitaciones de arriba estén las mosquiteras cerradas y ahora bajo. —No fue hasta que llegó a la puerta que se dio cuenta del error que estaba cometiendo—. ¿Adrián?

—¿Sí? —Adrián bajó el móvil en el que estaba marcando el teléfono del restaurante.

—¿Tú no tenías planes para hoy? No quiero ser un estorbo y fastidiarte la noche.

Él se puso serio y la miró.

—Podría decir que hoy me han dejado tan colgado como a ti, pero lo cierto es que me alegra que lo hayan hecho. Aunque sean improvisados, los planes nuevos me gustan mucho más que los antiguos —admitió con los ojos llenos de sinceridad.

CAPÍTULO 9



Aflojándose el nudo de la corbata, Pedro tomó un trago de su bebida y asintió, a pesar de que llevaba rato sin prestarle atención al nuevo concejalucho de participación ciudadana.

El idiota no había parado de cacarear gilipollices en toda la noche. ¿Qué le importaban a él las quejas de las asociaciones de vecinos, o que le hubieran reducido el presupuesto en un veinte por ciento para el próximo ejercicio?

Cuando por el rabillo del ojo detectó el llamativo vestido rojo de Silvia, tomó otro trago y se cambió de postura para no tener que verla.

Estaba harto de estar allí, harto de aguantar las mismas sandeces falsas y superficiales en cada reunión, y harto del continuo acoso de Silvia.

Al principio no le había importado aprovecharse de su lujuria para mantenerse informado sobre las investigaciones de su marido, pero cada vez le estaba resultando más pesado cumplir con sus continuas demandas.

Si no fuera por las presiones de su partido, ya la habría mandado a tomar viento fresco hacía tiempo.

Ahí estaba otra vez, haciéndole señales para que la siguiera a la casa, con toda seguridad para que le diera un repaso rápido en la bodega mientras su marido continuaba ocupado con el resto de los invitados.

Pedro sonrió, haciéndose el loco. Ya se inventaría alguna explicación más tarde. No pensaba tomarse una Viagra para echar un polvo de cinco minutos y pasarse el resto de la noche con dolor de cabeza.

El simple hecho de haber empezado a tomar Viagra hacía cuatro meses ya decía bastante sobre lo poco que ella le inspiraba. Nunca había necesitado tomarse nada para estar con su mujer, al contrario, cuando Malena se excitaba y daba rienda suelta a su pasión, él apenas conseguía retenerse.

Nunca había conocido a otra como Malena, capaz de mirarlo con esos enormes ojos oscuros llenos de vida e inocencia, y a la vez actuar como la más puta de las putas. Por eso se había casado con ella, porque no quería que una mujer tan extraordinaria como aquella se le escapara. Lo cierto era que entonces no había esperado que la pasión de ella se acabara tan pronto, pero tampoco que todo su tiempo y energías acabarían consumidos siendo el semental de la mujer del juez que investigaba el caso de las contrataciones fantasmas.

Entre las pocas ganas que le quedaban cuando venía de sus encuentros clandestinos con Silvia y la falta de respuesta de Malena cuando quería estar con ella, su vida sexual dentro del matrimonio se había vuelto prácticamente nula. Eso sí, cuando se ponía, se ponía y conseguía hacerle perder el control a la velocidad del rayo.

Distraído, siguió cómo la hija del juez se metía en el *jacuzzi*. La chica le sonrió. ¿Cómo se llamaba? Se forzó a devolverle la sonrisa. A estas alturas ya debería haber sabido su nombre. Había estado yendo al mismo instituto que su hija y el año pasado habían hecho las pruebas de acceso a la universidad juntas. Lástima que fuera tan joven. Podría habérsela follado a ella en vez de a la madre, al menos la niña tenía unas buenas tetas.

Se tensó cuando Silvia se sentó a su lado y entró en la conversación sobre los últimos recortes del Ayuntamiento. Apretó la mandíbula cuando le rozó con su pierna, pero prefirió seguir admirando la visión que le ofrecía su hija.

La chica echó la cabeza atrás y cerró los ojos. Sus pechos de un blanco casi lechoso se movían empujados por las fuertes burbujas. No era ninguna cosa del otro mundo, no era guapa ni poseía un atractivo especial, pero tenía que reconocer que había algo morboso en sus generosas carnes blancas y sus rosados labios. Aunque no era su tipo, era fácil imaginarse sujetándole esas dos enormes tetas mientras pujaba entre ellas para alcanzar esa inocente y golosa boquita.

Se dio cuenta de lo duro que se había puesto con sus fantasías cuando la mano de Silvia lo rodeó por debajo de la mesa. Sabía que tratar de detenerla no le serviría de nada. La mujer era tan obsesiva que hasta que no consiguiera su polvo o que él se corriera no pararía.

Le echó una ojeada al resto de sus vecinos de mesa, y por una vez agradeció que el idiota del concejal siguiera tratando de acaparar la atención de todos.

Con el mantel de la mesa cubriéndolo lo suficiente y el magnífico

espectáculo que era ver a la chica con una expresión casi orgásmica, apoyó los codos sobre la mesa y le dejó vía libre a Silvia.

¿Estaría alguno de los chorros del *jacuzzi* dirigido a su clítoris? Una vez Malena le confesó que a veces llegaba a correrse así. ¿Se parecería a su mujer respecto a eso? Nada más en la chica le recordaba a ella, excepto sus generosas tetas. Al contrario, Malena era oscura, sensual y femenina donde la chica frente a él era tan clara que casi deslumbraba, y sus curvas eran tan rellenitas y tiernas que estaba seguro de que sus dedos al sujetarla se hundirían en sus carnes. La diferencia entre las dos era como la que existía entre el día y la noche.

Silvia le abrió la cremallera y lo liberó de su prisión.

¿Eran imaginaciones suyas o las tetas de la chica se movían ahora también hacia delante y atrás como si estuviera balanceando las caderas?

Comenzó a sentir el ansia por descubrir si sus pezones eran del mismo tono que sus labios. ¿Serían pequeños o grandes? Verlos mientras los expertos dedos de Silvia hacían su trabajo, sería casi como alcanzar el nirvana.

Cuando la chica abrió los labios en un silencioso jadeo, Pedro rodeó la mano de Silvia con fuerza, marcándole el ritmo que necesitaba mientras se imaginaba pujando contra los rellenos labios y cómo sus huevos se frotaban contra las mojadas y brillantes tetas flotantes.

En el mismo instante en que apretó la mandíbula y cubrió la mano de la madre con su leche, su deliciosa musa abrió los ojos para contemplarlo con tal dulzura que poco le faltó para pedirle que sacara la lengua y que lo lamiera hasta que estuviera limpio... o de nuevo cubierto de semen.

—Mi madre me ha dicho que vas a la playa. ¿Podría ir contigo? Pensaba coger mañana el autobús para pasar el fin de semana con mi amiga Sandra, pero sería genial si pudiera ir ahora

Pedro miró confundido a la hija de Silvia. ¿De verdad la dejaban sus padres salir así? Sin éxito, intentó obligarse a mantener los ojos en su cara. Las tetas que prácticamente se le escapaban por encima del ajustado vestido de tubo le llamaban mucho más la atención, sin contar con la falda que, además de mostrar los muslos rellenos, prometía que de un momento a otro

iba a dejarle ver el color de sus bragas.

—¿Puedo ir contigo entonces?

—Eh... sí, por supuesto. ¿Cuánto tiempo necesitas para preparar tus cosas?

—Ya las tengo ahí. —Con una brillante sonrisa le señaló la maleta de Hello Kitty que esperaba al lado de la puerta.

«Pues sí que es previsor la chica», pensó Pedro con sequedad.

Menos mal que no tenía otros planes para esa noche. Aunque quizá habría sido mejor que los hubiera tenido, decidió al darse cuenta de que bajo el liviano tejido blanco podía adivinar las rosadas aureolas, dejando de manifiesto que no usaba sujetador.

El trayecto a casa se le iba a hacer muy, pero que muy largo.

CAPÍTULO 10



¡Tenía que haberse inventado una excusa!

Pedro no estaba seguro de qué era peor: el que ella no hubiera parado de hablar sinsentidos a lo largo de todo el camino, o ver esa faldita cada vez más arriba mientras se acariciaba de forma inconsciente la parte interna de los muslos.

—Sí, claro. Uhhmm...

—Ni siquiera recuerdas mi nombre, ¿no? —preguntó ella con tono decepcionado.

«No, y casi que prefiero no aprenderlo».

—Lo tengo en la punta de la lengua, pero parece que hoy no es mi día. Lo siento.

—Lucy, me llamo Lucy.

Pedro asintió, prefiriendo mantener la atención en la carretera.

—¿Sabes? Te vi.

—¿Qué? —«¿Ya me he vuelto a distraer? ¿De qué estará hablando ahora?».

—Que te vi mirándome las tetas en el *jacuzzi*.

—¿Qué?! Debes estar confundida. Yo... —«¡Mierda!».

—Sabes que me corrí, y tú también lo hiciste. Vi tu cara y cómo movías el brazo.

La boca de Pedro se abrió y cerró varias veces. ¿Qué cojones iba a contestarle a eso?

—No considero que sea correcto ponerme a discutir temas de esas características contigo —se excusó, aliviado de que las frases vacías que aprendían los políticos sirvieran para todo tipo de ocasiones.

—¿Por qué no?

—¿Cuántos años tienes?

—¿Cuántos me echas?

Iba a la universidad y debía de tener la misma edad que su hija, o quizá un año más. Parecía algo mayor que Gloria.

—¿Veinticuatro?

—Casi —contestó metiéndose un caramelo de eucalipto y mentol en la boca y ofreciéndole uno a él.

—Eso significa que tengo veintiun años más que tú. Cualquier tema de esa índole está fuera de lugar entre nosotros.

—Eso es una pamplina. Tengo amigas enrolladas con hombres mayores, y por lo que me cuentan, la mayoría folla de puta madre y, además, los de tu edad son los mejores Dom.

—¿Qué?!

Por tres segundos el coche se le fue de las manos.

—No necesitas poner esa cara —insistió Lucy—. Soy una mujer madura que sabe lo que quiere, y lo que quiero es un hombre experimentado, capaz de darme sensaciones extremas en un ambiente protegido y que busque mi placer por encima del suyo. Ya sé lo que es el sexo vainilla, pero ahora quiero algo más fuerte, como el BDSM.

¿Sexo vainilla y BDSM? ¿De dónde había salido esa cría? Él a esa edad se conformaba con poder mojar o con que su novia le hiciera una paja.

—Escucha, no me apetece hablar de... ¿Qué haces?

—Comprobar si estás diciendo la verdad.

«¿Verdad? ¿Qué verdad?».

Intentó no perder de vista la carretera mientras ella se acariciaba las tetas, bajándose con lentitud el vestido en el proceso.

¡Lo sabía! ¡Había sabido que no llevaba sujetador! Ufff. Vistas así, parecían mucho más grandes que cuando estaban tapadas.

«¡La madre que la parió!».

Todo lo que el vestido había bajado por un lado, había subido por el otro. El dobladillo a estas alturas ya estaba tan alto que podía ver cómo sus dedos desaparecían bajo el pequeño trozo de nada que se suponía que eran sus bragas.

—No deberías estar mirándome. No te interesaba, ¿recuerdas? —se burló ella entre minúsculos gemidos.

—Estás en mi coche mojándome el asiento de cuero. ¿Cómo pretendes

que no mire? —gruñó Pedro.

—Ah, bueno, en ese caso... —Ella se arrimó a él, desabrochándose el cinturón de seguridad—. Estoy convencida de que encontraremos otra forma de comprobar lo indiferente que te resulta verme —le aseguró juguetona, deslizándole su dedo índice por el muslo hasta donde ambos sabían que encontraría la prueba de que no le era indiferente en absoluto.

—Deja de jugar conmigo —masculló Pedro.

—No estoy jugando. Solo intento averiguar si te pongo tanto como tú a mí —le confesó ella. Los dedos de Pedro se agarrotaron sobre el volante cuando alcanzó su erección por encima del pantalón y soltó un bajo ronroneo—. ¡Lo sabía!

—¿Ya te has quedado conforme? —preguntó, tratando de recordar todos los motivos por los que no podía ni debía parar el coche para poner a la niñata en pompa y darle lo que iba buscando.

—En absoluto —murmuró Lucy abriéndole la cremallera para liberarlo. Él no contestó. Nadie podía echarle la culpa de nada mientras mantuviera las manos sobre el volante y mirara la carretera, ¿verdad?—. Sujeta fuerte el volante, papi —le aconsejó como si le hubiera leído la mente—. ¿Ves esto? —Sacó la lengua mostrándole el caramelo antes de sonreír—. Voy a hacer que alucines —prometió con voz seductora.

¡Y vaya si cumplió su promesa! Ni toda su experiencia le preparó para sentir la boca de la mocosa tragándosele, ni para la sensación de frío causada por el caramelo cuando sopló sobre su glande mojado.

«¡Madre mía!».

Ansioso, Pedro se salió de la carretera y se adentró en uno de los inestables caminos forestales, hasta que encontró un sitio entre los pinos para aparcar. Comprobó que quedaba más o menos resguardado y que no pudieran verlo desde la carretera, e intentó no pensar en las probabilidades de que la pintura de la carrocería se arañara o de que alguna rueda se hundiera en la arena. De seguro que era mejor eso a tener un accidente al correrse, y se iba a correr, era un hecho, y pronto.

En cuanto puso el freno y apagó el motor contempló la cabeza rubia que se movía sobre su regazo. Sin poder evitarlo, enredó sus dedos entre la sedosa melena y consideró la posibilidad de preguntarle si se podía correr en su boca o si prefería que se saliera.

«So cabrón, sabes de sobra que no quieres preguntarle. Lo que realmente quieres es agarrar su bonita cabellera de niña pija, empujar su cabeza y

obligarla a tragársela entera mientras te vacías en su garganta».

Fue ella quien se salvó de su destino y lo libró de tomar una decisión cuando alzó la cara sin aliento y con sus labios y barbilla llenos de saliva.

—Fóllame.

Pedro se estremeció ante el deseo en su voz. No se lo pensó dos veces. Salió del coche y lo rodeó, sacándola casi a tirones de él.

—¿Usas la píldora o algo? —preguntó impaciente.

Llevaba preservativo por si le decía que no, pero lo que con su madre era un «ni de coña me la follo sin condón», con ella era un impedimento. Quería sentir cómo se hundía en su tierna carne sin obstáculos que le impidieran disfrutarlo al cien por cien.

—Sí... claro.

Impaciente, le agarró el vestido con ambas manos y se lo arremolinó en la cintura. Sonrió cuando descubrió que llevaba puesto un tanga apenas compuesto por el diminuto rectángulo de encaje rosa y dos minúsculas tiras que se clavaban en sus caderas. Podía dejárselo puesto, no iba a estorbarle.

Aunque en un principio había pensado tirársela desde atrás, cambió de opinión en cuanto vio cómo relumbraban sus tetas blancas a la luz de la luna. Por nada del mundo pensaba perderse el espectáculo que iban a ofrecerle.

—Al asiento trasero —le indicó, adelantándose a ella y bajándose los pantalones antes de sentarse.

La chica no titubeó. Se sentó sobre él a horcajadas, echándose el tanga hacia el lado, y gimiendo como un gatito a medida que la fue llenando. Cuando intentó besarle, Pedro se tomó un par de minutos en complacerla.

No era un sacrificio hacerlo cuando sabía a caramelo de menta, pero no era eso lo que deseaba. Quería que se moviera, que sus tetas rebotaran y, quizá, chupárselas un par de veces por el simple placer de probarlas.

—Muévete —le ordenó ronco cuando se despegó de sus labios.

El simple hecho de que le obedeciera con tanta facilidad le resultaba morboso. Cogiéndola por las caderas, le indicó cómo quería que lo hiciera y aprovechó para amasarle las tetas y metérselas en la boca, haciéndola gritar en el proceso.

Gruñó satisfecho. Le encantaban las mujeres que no se contenían a la hora de clamar a los cuatro vientos su placer, al menos no cuando estaban en un sitio donde podían hacerlo.

Comenzó a desesperarse cuando ella se movió demasiado despacio para su gusto y sus tetas no rebotaban como quería que lo hicieran. Intentó alzar

las caderas para embestirla, pero apenas le quedaba sitio para imprimir sus estocadas con fuerza.

Alargando el brazo, cogió el chal que ella había dejado sobre el respaldo delantero y lo colocó en el asiento trasero.

—Tiéndete de lado —le indicó mientras ella trataba de seguir sus instrucciones en el limitado espacio.

Colocándose una pierna sobre el hombro, Pedro se agarró a uno de sus pechos y la embistió. Su pulso comenzó a correr a mil por hora cuando ella tuvo que sujetarse a la puerta para no darse de cabezazos contra esta. Había algo extraordinariamente morboso en ver cómo el dulce rostro enrojecía bajo la presión de la incómoda postura y cómo sus tetas, ahora sí, saltaban con cada arremetida.

Solo porque podía, volvió a embestirla. Lucy jadeó y reajustó sus manos.

—¡Así, sí!

«¿Decías que querías tirarte a un hombre mayor?». Con el sudor cayéndole por la frente y los dientes apretados, Pedro volvió a empujar. «Yo que tú me sujetaría fuerte, porque voy a hacer justo lo que querías que hiciera», le advirtió en sus pensamientos antes de darle lo que le había pedido, embistiéndola una y otra vez, obsesionado con oírla jadear mientras sus tetas saltaban y él se vaciaba hasta la última gota en su interior.

Pedro aparcó el coche en el aparcamiento público del centro y esperó sin mirarla. No había mucho que pudiera decir. Tampoco había mucho que quisiera decir. Sus piernas aún temblaban por el esfuerzo y la impresionante corrida. Dudaba mucho que ella pensara lo mismo cuando resultaba obvio que no le había dado tiempo de terminar.

Si no hubiera estado tan exhausto, quizá le hubiera importado, pero no era el caso. Lo único que quería ahora era deshacerse de ella y llegar a su casa para ducharse y tomarse unas copas antes de dormir.

—No me has dado tu número de teléfono, ni me has pedido el mío —murmuró Lucy con voz llorosa.

¿De verdad quería volver a quedar con él? La miró e inspiró con fuerza. No estaba seguro de querer verla de nuevo, las niñas de esa edad solían traer demasiadas complicaciones, pero tampoco iba a perder una oportunidad semejante. Aparte de tener una boquita de oro, era la hija del juez, y uno nunca sabía si podía venirle bien en el futuro tenerla contenta. Silvia era

demasiado voluble en ese aspecto.

Se sacó una tarjeta de presentación del billetero y tras comprobar que no había nadie en el aparcamiento que pudiera verlos, le trazó el escote con el reverso de los dedos antes de meter la tarjeta en su canalillo y bajar la cabeza para besarla con suavidad.

—¿Podré verte mañana? —preguntó ella con una voz mucho más animada.

Él encogió los hombros.

—Los sábados salgo a correr, entre las ocho y las ocho y media de la mañana pasaré por el faro.

Ella se tiró a su cuello y lo besó.

—Allí estaré —prometió.

«Espero que no», pensó Pedro apretando la mandíbula.

CAPÍTULO 11



Cuando el agua de la ducha dejó de sonar y la puerta del baño se abrió, Malena contuvo la respiración. Pedro se acostó a su lado en la cama, pero el abrazo que esperaba nunca llegó. Se puso de espaldas a ella y se tapó. Por el leve olor a alcohol de su aliento, supo que había bebido, pero no parecía que fuera tanto como las últimas noches.

Suponía que era una cobarde por hacerse la dormida y no darse la vuelta para abrazarlo, pero sus emociones la superaron. Echaba de menos al hombre cariñoso que cada noche le daba un beso en el hombro, la tapaba y se acurrucaba junto a ella o le pedía que se girara para abrazarlo.

Estrechó el cojín y se encogió sobre sí misma, dejando que lágrimas silenciosas cayeran por sus mejillas mientras lo oía suspirar y moverse inquieto.

Se sentía sola, tan, tan sola...

Pedro tardó largo rato en quedarse dormido y aun cuando su respiración comenzó a sonar pausada y rítmica y los primeros ronquidos resonaron por la habitación, ella siguió con la mirada fija en la pared, en silencio, por otra pequeña eternidad más.

Cuando comprendió que no sería capaz de dormir, se levantó. No estaba segura de lo que iba a hacer, pero sabía que no quería seguir en una cama en la que se sentía abandonada y desdichada.

Ir al baño y bajar a la cocina por un vaso de agua no la hicieron encontrarse mejor. Camino de la biblioteca enumeró todos los motivos por los que no debería siquiera pensar en la idea de ir en busca de Adrián, pero todos se quedaron en nada cuando al pasar por delante de su habitación atisbó la fina línea de luz asomando bajo la puerta. ¿Él tampoco podía dormir?

Malena se mordió los labios y alzó indecisa la mano para llamar. Soltando un último suspiro, llamó con suavidad.

Después de una noche de compañerismo y de no hacer nada más que cenar, charlar y ver una película juntos, sabía que valía la pena correr el riesgo. Cuando entró en la habitación, Adrián bajó el libro que estaba leyendo y la miró sorprendido. Avergonzada, bajó la mirada a su pecho desnudo.

—¿Qué ocurriría si te dijera que el servicio que quiero por el dinero de Pedro no es ni un masaje ni un polvo, sino solo acostarme contigo en la cama y que me abrases? —preguntó.

Tras un momento de silencio, Adrián dejó el libro en la mesita de noche y le abrió la sábana a su lado. Ella titubeó al verlo solo en boxers, aunque finalmente dejó caer su camisón y se metió en la cama. Él la tapó, pero cuando fue a apagar la luz lo detuvo.

—¡No! No puedo quedarme dormida. Tengo que irme antes de que los demás se despierten.

Él se levantó para echar el cerrojo de la puerta, encendió una lamparita y puso el despertador antes de apagar la luz principal. Luego se acostó a su lado y abrió los brazos para que ella pudiera acurrucarse entre ellos.

—Duerme, yo me quedaré despierto por los dos y, en el peor de los casos, el despertador sonará a las cinco y media. Eso te dará dos horas. Nadie suele levantarse antes de las siete.

Ella restregó su mejilla contra el calor de su piel.

—Gracias.

Adrián le alzó la barbilla para que lo mirara.

—Jamás me vuelvas a dar las gracias por algo así.

A medida que iba acercándose al faro, las zancadas de Pedro iban acelerándose. Sabía que ella no estaría allí. Una niña de esa edad no iba a levantarse tan temprano un sábado solo para echar un polvo con un viejo. Lo de ayer había sido el capricho de una muchacha consentida en el calentón del momento. Sabría Dios si no se había metido algo en el cuerpo durante la fiesta de su padre que la había hecho actuar de ese modo.

Aun así, incluso sabiendo que era más que improbable que se la encontrara en el faro, no pudo evitar querer comprobarlo. ¿Y si había llegado

y al no verlo se había marchado? También podría darse el caso de que llegara justo después de que él pasara y que no coincidieran. ¿Por qué había tenido que ser tan gilipollas de dejarlo en manos del azar? Tenía que haberle pedido su número y haber quedado a una hora más prudente.

«Ayer no querías volver a quedar con ella», se recordó.

Cuando fue llegando al faro la desilusión lo embargó. «¡Adiós polvo!». Ella estaba allí, esperándolo, pero al parecer había malinterpretado el motivo por el que quería verlo. No supo si pararse, o saludarla y pasar de largo.

En cuanto lo vio, ella saltó de la valla de madera con el rostro iluminado por una amplia sonrisa. Su amiga también se puso en pie y ambas lo saludaron con las manos en alto mientras se fue acercando. ¿Nadie les había enseñado un poco de discreción en público?

—¡Hola! —Lucy se pegó a él como una lapa y lo besó en los labios.

¿Acaso no sabía que estaba casado? Pedro se obligó a mantenerse quieto para no llamar la atención del resto de los viandantes.

—Hola.

—He traído a mi amiga Sandra. Cuando le conté sobre ti me confesó que me envidiaba, y se me ocurrió invitarla a venir. Pensé que podría gustarte.

«¿Se ha vuelto loca? ¿Piensa publicar en los periódicos que anoche echamos un polvo?».

—Hola, Sandra, es un placer conocerte —intentó mantener la compostura al darle la mano.

En vez de estrechársela, la chica la cogió para besarla.

«Pero ¿qué demonios...?». Pedro tuvo que controlar el impulso de quitarle la mano con brusquedad. ¿Estaban tomándole el pelo?

—Perdió a su Dom hace un par de meses porque se fue a trabajar a Australia.

«¡¿Qué?!». Pedro estudió confuso a la chica cuya palidez contrastaba con su melena negra como el tizón. Era tan baja como Lucy, pero mucho más estilizada —a excepción de las tetas, que a todas luces eran operadas. Con un piercing en la lengua y otro debajo de los labios, que eran al menos tan llamativos como los numerosos tatuajes que mostraba sobre su piel, no pudo más que preguntarse qué tendría en común con Lucy para que fueran amigas.

—Espero que no le moleste que Lucy me haya invitado a participar en su sesión. Le aseguro que para mí será un placer servirle y complacerle en todo lo que guste si me acepta, mi señor.

—Será genial, ¡te lo prometo! —le aseguró Lucy tocándole con

excitación el brazo—. Me ha enseñado algunas posturas de sumisa y a cómo prepararme para cuando quieras follarme por detrás.

—Yo... —Pedro se pasó la mano por el pelo.

—Déjeme mostrarle lo buena esclava que soy, mi señor. No se arrepentirá. —Por primera vez la chica lo miró a los ojos.

—Escuchad, creo que aquí ha habido algún tipo de confusión. —Pedro tomó aire y cruzó mentalmente los dedos para no estar metiendo la pata aún más de lo que ya lo había hecho—. Estoy casado. Lo de ayer... No sé lo que me pasó ayer, pero no me puedo permitir el lujo de que me cojan haciendo este tipo de historias o que la gente de mi entorno se entere.

Fue la amiga de Lucy la que tomó la iniciativa.

—No se preocupe, señor. Nadie se enterará. Mi anterior Amo también estaba casado, con hijos, y trabajaba en una universidad. La primera misión de una esclava es la de proteger a su Amo. Aunque solo me use como una esclava ocasional, no lo traicionaré y me mantendré fiel a mi papel. Lucy ya lo sabía cuando le escogió. Sé que no me debería haber contado nada, pero en realidad ya llevaba hablando de usted tanto tiempo que, al verla anoche tan feliz y saber que usted la había traído, fue fácil sumar dos más dos. Ella tampoco le contará nada a nadie y a partir de ahora será más discreta en sus demostraciones públicas, ¿verdad, Lucy?

Lucy afirmó con dos enormes manchas rojas sobre sus mejillas y los párpados bajados.

—Lo siento. No pretendía hacerte enfadar. Pensé que te gustaría tener a dos esclavas a tu disposición.

—Vámonos de aquí. —Pedro señaló con la barbilla hacia el paseo de madera que llevaba a las dunas cuando se dio cuenta que estaban llamando la atención de la gente que pasaba por su lado.

Las chicas caminaron en silencio delante de él. Lucy de vez en cuando le echaba un vistazo por encima del hombro con los ojos llenos de lágrimas.

¿Dónde demonios se había metido? Necesitaban hablar y aclarar la situación. Esperó a que pasara una pareja antes de detenerlas. «¿De dónde han sacado estas niñas la idea de que soy un Dom? ¿O se han creído que todos los hombres a partir de cierta edad nos convertimos en uno? Vaya enredo».

—Salgamos de aquí, entre los pinos debe haber algún sitio en el que podamos estar más tranquilos.

Saltó por encima de la valla de madera y las ayudó a pasar. Esta vez fue

delante de ellas buscando un sitio resguardado. Ya lo que le hacía falta era encontrarse con alguno de sus conocidos o con su sobrino, aunque dudaba mucho que les diera por salir a dar un paseo tan temprano.

No fue difícil encontrar el lugar perfecto, un pino silvestre bajo rodeado por arbustos. Sería difícil que alguien los viera a menos que pasara por el lado y estuviera prestando atención. Con un palo mantuvo apartadas algunas ramas secas para que pudieran pasar sin hacerse daño. Esperó a que extendieran sus toallas para sentarse. No tenía aún muy claro lo que decir o cómo, pero ya se le ocurriría algo.

Cuando en vez de sentarse, se arrodillaron la una al lado de la otra con las piernas bien abiertas, los brazos a la espalda y las cabezas gachas, Pedro tragó saliva.

«¡La madre que las parió!».

—¿Señor? —Lucy lo miró por debajo de los párpados—. Por favor, perdóneme. Yo solo quería complacerlo, de verdad.

CAPÍTULO 12



Verlas en aquella postura, imaginando todas las posibilidades que le ofrecían, hizo que toda su sangre se bajara y acumulara en la entrepierna. Pedro escrutó el entorno asegurándose de que no hubiera ningún testigo casual armado con cámaras o un móvil que pudiera suponer algún peligro a su privacidad, y se humedeció los labios. ¿Y si probaba suerte? Eran ellas las que habían venido a buscarlo. ¿Qué podía perder por intentarlo?

—Quitaos la ropa.

Sin levantarse, ambas se quitaron los pareos y se deshicieron de la parte de arriba de sus biquinis. La de abajo las siguió de inmediato. Pedro descubrió que ambas habían venido preparadas cuando se abrieron los lazos que tenían en los laterales.

Se le secó la boca al verlas adoptar la postura de sumisión desnudas. Sandra estaba mucho más buena de lo que se había esperado, pero Lucy, aún con sus pechos algo más caídos, sus generosas caderas y muslos algo regordetes, tenía ese halo de inocencia que le ponía mucho más que todas las Sandras del mundo reunidas.

—¿Alguna vez os habéis acostado juntas?

—Cuando me quedo en su chalet y viene mucha gente de visita a la playa, a veces duermo en su cama —respondió Lucy.

¿Le estaba vacilando? Al ver el temblor en los labios de Sandra, comprendió que no. ¿Cómo era posible que ayer lo sedujera como una puta profesional y ahora no tuviera la picardía suficiente como para entender lo que le preguntaba? Estaba visto que iba a tener que usar un lenguaje más claro y específico con ellas.

—No, señor. Nunca hemos follado juntas —respondió Sandra sin

inmutarse ni cambiar de postura mientras que Lucy levantó la cabeza como si alguien la hubiese pinchado en el culo.

—Giraos la una hacia la otra.

Los enormes ojos de Lucy pasaron de él a su amiga y otra vez de vuelta.

—¿A qué esperas, Lucy?

—Pero... —Ella tragó saliva.

—¿Quieres o no complacerme? Más cerca —le indicó Pedro cuando se giró hacia Sandra, quien ya la estaba esperando como si fuera lo más normal del mundo—. ¡Más! —Esperó a que sus pezones se estuvieran rozando—. Ahora quiero que os miréis.

Escogió una rama larga y fina del suelo y se aseguró de que no tuviera espinas ni picos sobresalientes que pudieran dañarlas si la usaba. Paseó a su alrededor tomándose su tiempo y les pasó la vara aquí y allá por sus tensos cuerpos: sobre sus traseros, sus espaldas, por la parte interna de sus muslos, sus estómagos, sus tetas...

De vez en cuando daba pequeños azotes que sabía no dolían y otras daba un poco más fuerte, pero buscando nada más que causarles un leve escozor. No pudo evitar darles en los pechos. Arriba, abajo, a la una, a la otra. Las dos saltaban levemente a cada latigazo, sin importar a cuál de las dos se lo daba, pero ninguna protestó o trató de alejarse.

Se las veía hermosas allí arrodilladas sobre las toallas, con sus redondeados traseros, sus espaldas curvadas hacia atrás y sacando sus pechos, pechos que se tocaban y acariciaban entre ellos. Amasó los de Lucy, tan llenos y deliciosos al tacto, y los comparó con los de Sandra, más consistentes y firmes. Los acarició, los achuchó, los pesó en sus manos, los frotó unos contra otros, los levantó y dejó caer, y las chicas se dejaron hacer sin protestar. Se sentía como un niño a solas en una tienda de juguetes en la que podía probar todo lo que quisiera.

Se alejó para recuperar el control mientras observaba sus ojos brillantes y sus cachetes colorados. Respiraban por la boca, con la elevación de sus pechos traicionando la rapidez con la que lo hacían.

«¡Preciosas!».

—Sandra, cuéntame, ¿qué sientes?

—Siento la brisa marina sobre mi piel, acariciándome y refrescándome. Los pechos de Lucy se rozan contra los míos y siento su aliento caliente quemándome.

—¿Alguna vez has deseado a Lucy en secreto?

—Sí.

—Cuéntame.

—Cuando nos acostamos juntas, Lucy tiene la costumbre de apretarse a mí. Cuando no usa sujetador y solo lleva camiseta de tirantes he podido sentir sus pezones rozándome, casi como ahora.

—¿Alguna vez la has tocado mientras estaba dormida?

Por primera vez, la chica dudó antes de contestar.

—¿Sandra?

—Sí. Sí, señor, lo he hecho.

—Creo que tanto Lucy como yo queremos oír esa confesión, Sandra —exigió al ver que Lucy la miraba boquiabierta.

Sandra echó los hombros atrás y alzó la barbilla.

—Le toqué los pezones y los pechos para ver cómo se sentían.

—¿Solo eso? —El rostro de culpabilidad de la chica la delataba.

—También le metí un par de dedos en su raja.

Lucy jadeó.

—¿Cómo estaba? —indagó él.

—Húmeda. Había estado toda la noche besándose con el novio en la discoteca y se notaba que había estado muy excitada.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de fines de semana. Las dos habíamos bebido mucho y...

¿Lucy tenía novio? Le había hablado de un chico, pero no que fuera su novio. No sabía muy bien por qué, pero le molestaba que estuviera en una relación más o menos estable con otro.

—¿Qué hiciste entonces?

—Lo olí... y...

—¿Y?

—Me chupé los dedos.

—¿Te gusto cómo sabían? —preguntó reajustándose dentro de los cada vez más apretados slips.

Quizá fuera hora de que se quedara tan desnudo como ellas. ¿Por qué no? Se quitó la camiseta y deshizo el nudo de sus shorts, sin perderlas de vista.

—Sí.

—Y tú, Lucy, ¿alguna vez te has masturbado pensando en Sandra? —preguntó Pedro deseoso de descubrir más secretos morbosos. Ella lo miró sobresaltada y su rostro se tiñó de un color borgoña profundo—. ¿Y bien? —insistió con un hormigueo de anticipación en su bajo vientre. Lucy asintió,

apartando el rostro—. Cuéntanoslo, con pelos y señales.

—Tengo las llaves de su piso de estudiante. Un fin de semana llegué un par de horas antes de haber quedado con ella...

—Más alto, queremos oír lo que tienes que contarnos.

—Ella estaba con su Amo y no se enteró de que llegué. Creo que él sí, pero que no le importaba. —Lucy echó una ojeada insegura a su amiga—. La tenía sentada sobre una especie de balancín con un juguete. Ella no paraba de balancearse sobre él mientras su Amo la hacía correrse una y otra vez con un vibrador sobre su clítoris. Si se paraba, le propinaba un azote en el trasero o los pechos y luego la hacía correrse otra vez... No conseguí quitarme esa imagen de la cabeza. Me excitaba la forma en que la obligaba a correrse, y me daba morbo la expresión de ella cuando lo hacía.

—¿Llegaste a masturbarte mientras lo presenciabas?

Los labios de Lucy comenzaron a temblar.

—¡Sí! —Se tapó los ojos con ambas manos.

Arrodillándose detrás de ella, Pedro se pegó a su espalda. Le recorrió el cuerpo con sus manos y acercó sus labios a su oído.

—¿Se quedó la cosa ahí?

Ella negó.

—Me masturbé más veces. Intenté verlos cada vez que podía. Si encontraba uno de sus juguetes lo usaba. —Sus palabras salían cada vez más atropelladas, como si llevase tiempo con ese peso en la conciencia y necesitara desahogarse en una confesión que la eximiera—. Incluso una vez, después de verla ducharse en el gimnasio, me excité tanto que le pedí el jabón y en cuanto se fue, lo usé para masturbarme con él.

—¿Así? —preguntó él deslizando los dedos entre sus muslos.

Inspirando de forma sonora, asintió y siguió sus movimientos con las caderas.

—¿Sabes lo que pienso? Creo que ella te lleva ventaja. Y considero que para igualarte a ella, debes acariciarla. —Le cogió las manos para posarlas sobre los pechos de Sandra, notando su temblor.

Los dedos de Lucy apenas rozaron los pezones de la otra chica. Había una mezcla de reverencia y miedo en la forma en que recorrió su contorno. Pedro le dio tiempo para que fuera cogiendo confianza. Por la forma en que Sandra se mordía los labios, sabía que sería solo cuestión de tiempo y quizá alguna que otra orden. Aprovechó la distracción de ambas para recorrer el cuello de Lucy con la nariz e inhalar su fresca colonia de flores y frutas.

—También te tocó en otros sitios, ¿verdad? —siguió presionando cuando oyó el primer gemido de Sandra y confirmó que Lucy estaba comenzando a perder su timidez.

Obediente, Lucy deslizó la mano entre las piernas de su amiga.

—¿Cómo está? —preguntó él.

—¡Chorreando!

Pedro casi se rio de la incredulidad que contenía la voz de Lucy.

—¿Y qué tienes que hacer ahora?

Ella sacó su mano brillante y observó las finas membranas translucidas que se estiraban entre sus dedos antes de llevarlos a sus labios, probándolos apenas con la punta de la lengua antes de meterse los dedos en la boca para chuparlos. Con un gemido, Pedro se apretó contra el trasero de Lucy.

«¡Joder!». ¡Si no se alejaba, acabaría follándola y corriéndose en cuestión de segundos! Tenía que conseguir que se excitaran y mantuvieran entretenidas sin él. Si participaba, no había forma de que aguantara.

—Brazos a la espalda. Quiero ver vuestras tetas frotándose unas contra otras.

Esperó con la mandíbula apretada a que se pusieran a ello. Cuando el trasero de Lucy no paró de rozarse contra él en el proceso, se levantó para calmarse con pausadas inspiraciones.

Ver desde arriba cómo se movían restregándose los pechos tampoco ayudó demasiado a bajarle su pulsante necesidad.

—¡Besaos!

Las dos se detuvieron de repente. Pedro les propinó unos azotes en las nalgas para recordarles su rol.

—¡Vista al frente!

Las dos intercambiaron una mirada. Sandra mojándose los labios y Lucy tragando saliva. Esta vez, Pedro se aseguró de que el latigazo que le propinó en el trasero a cada una al menos ardiera.

Sandra fue la primera en acercar su rostro, pero fue Lucy la que dio el paso final, prácticamente abalanzándose sobre la otra.

En cuestión de segundos, Pedro supo que lo habían olvidado. Sus brazos seguían a la espalda, pero sus tetas se aplastaban y también el espacio entre sus caderas se había evaporado.

Deseaba tocarlas, besarlas de la misma manera en que ellas lo estaban haciendo, poder sentir su calor y sus jadeos... ¿Y si se consintiera un capricho? ¿Solo uno pequeño?

Con su erección en la mano se acercó a ellas y les acarició las mejillas, mojándolas con las primeras gotitas de líquido pre-seminal. Ellas lo incorporaron de inmediato en su apasionado beso, sin detenerse ni extrañarse. Sus bocas, labios y lenguas se alternaron para jugar con él, manteniéndolo siempre entre ambas.

Ellas se besaban, Sandra chupaba su glande, Lucy lo recorría con su lengua, se besaban; Sandra daba rápidos lengüetazos sobre su frenillo, Lucy recogía las nuevas gotitas que se asomaban en su punta... Se besaban y volvían a besarse con su glande metido entre sus bocas al hacerlo.

—Tocaos mientras seguís así.

Tampoco en esa ocasión hubo más dilaciones, solo gemidos y sonidos húmedos. Pedro cerró los ojos con la cara alzada al cielo y sus manos enredadas en sus cabellos. Así cualquier hombre se sentiría como un dios, o un semi-dios, porque un dios podría correrse una y otra vez sin parar y él dudaba que fuera capaz de sobrevivir a su primera corrida con ellas.

Rio en silencio al recordar que aquella mañana se había planteado tomarse una Viagra porque temía no llegar a dar la talla.

¿Qué había hecho para merecer semejante regalo? Portarse bien parecía estar sobrevalorado. Ser un cabrón tenía muchas más recompensas.

CAPÍTULO 13



Fascinado, Pedro observó cómo Sandra seguía chupando y chupando a pesar de las intensas convulsiones de Lucy mientras se corría en su boca. Si había pensado que ver a la morena contorsionándose con su orgasmo había sido extraordinario, aquella escena lo era aún mucho más. Solo de verlo ya tenía ganas de correrse.

«Se acabó, no aguanto más». Se había contenido todo lo que había podido, consciente de su falta de preservativos. Una cosa era jugársela con Lucy, que era la hija del juez y que además estaba tomando anticonceptivos, «y con la que te pone a cien saber que acepta que te vacíes en ella», y otra era hacerlo con una completa desconocida cuyo Dom habría que ver con cuantas tías se lo había montado.

Pedro se puso de pie.

—De rodillas las dos. Adoptad vuestra posición de sumisa la una frente a la otra. —Esperó a que le obedecieran antes de acariciarse un par de veces asegurándose que su erección no había perdido consistencia—. Ahora es mi turno, demostradme lo que sabéis hacer.

¡Y vaya si se lo demostraron! Para ser apenas unas crías, las muy cabronas sabían cómo hacer una buena mamada. Lucy era toda una artista moviendo la lengua y Sandra... Sandra sabía cómo tragarlo hasta el fondo y mantenerlo en la garganta. Si le hubiera pedido dinero por hacerlo, él le habría dado hasta el último céntimo de su sueldo sin pensarlo.

Las cogió a ambas por el pelo para mantenerlas quietas. Tres para Lucy, tres para la garganta de Sandra, tres para Lucy, tres...

«¡Joder!».

Se sujetó a la cabellera morena y la apretó contra él vaciándose con

contracciones casi agónicas, hasta que sus piernas cedieron y prácticamente cayó hincado de rodillas en la arena.

Las dos chicas permanecieron expectantes. Sandra con los ojos algo enrojecidos y algunos chorreones de su semen corriéndole por la barbilla. No le había preguntado si se podía correr en su boca, pero rechazó la idea de sentirse culpable por ello. «No necesito hacerlo —se recordó—, soy su Amo».

—Límpiale la barbilla —le ordenó a Lucy—. Con la lengua —especificó cuando ella alargó la mano.

Pedro se estiró para coger la botellita de agua que había dejado tirada al lado de su ropa, bebió y se echó una buena cantidad para enjuagarse. Cuando miró alrededor para encontrar algo con lo que secarse, las descubrió a las dos pendientes de él. ¿Y por qué no? decidió, tentado a experimentar con el poder que le habían otorgado. No necesitó darles órdenes, bastó un simple gesto con la cabeza para que bebieran de él como dos naufragas sedientas. Fue él quien acabó apartándose, incomodo con el exceso de estimulación.

¿Y ahora qué? No sabía muy bien qué esperaban de él cuando de nuevo se quedaron mirándolo. No pretenderían que se las tirara de nuevo, ¿no? ¡Ni que fuera Superman! Tampoco podía coger el camino y largarse así sin más. Era lo que tenía ganas de hacer, pero, joder, tampoco se trataba de quedar como un troglodita. Ya había dejado a Lucy tirada el día anterior, repetirlo sería demasiado; aunque tuvo que admitir que lo que más le inquietaba era que luego lo criticaran entre ellas.

—¿Me ayudáis a colocar bien las toallas? —preguntó, procurando mantenerse ocupado con esa tarea para no tener que enfrentarse a ellas.

En cuanto terminó se tiró en el medio y se estiró. Lucy se acurrucó de inmediato a su lado. Sandra se mantuvo un poco más apartada. Permanecieron largo rato en silencio. Debían de ser al menos las doce. Se notaba que el sol ya comenzaba a pegar fuerte, pero entre la suave brisa marina y la sombra del pino se estaba bien. Seguir en bolas, al aire libre, en sí mismo se sentía genial. Suspiró mientras contemplaba el cielo.

—No me había esperado que fuera así —murmuró Lucy distraída.

Él se tensó. Sabía que no había puesto demasiado de su parte, pero a nadie le gustaba que le echaran en cara sus faltas justo después de echar un polvo.

—Ha sido... diferente —coincidió Sandra.

¡Perfecto! Ahora iban a intercambiar experiencias sobre otros amantes y

lo bien que se lo pasaron con ellos. ¿Y esperaban que él se quedara allí para oírlo?

—Me siento como... —Lucy se mordió los labios buscando la palabra perfecta.

«¿Insatisfecha?, ¿usada?, ¿sucia?, ¿...?». Pedro se preparó mentalmente para el palo que estaba a punto de recibir.

—... liberada.

¿Liberada? ¿Le estaba tomando el pelo?». Frunció el ceño.

Ella se giró hacia él y le dio un beso en el pecho.

—Y todo gracias a ti. Sabía que no me equivocaba contigo.

¿Qué? La miró boquiabierto. Su imaginación debía de estar jugándole una mala pasada. Pero no, ahí estaba ella, sonriéndole soñadora y con los ojos llenos de adoración, como solo el Yorkshire de su hermana solía mirarle cuando en el almuerzo le pasaba a escondidas un trozo de tocino de cielo por debajo de la mesa.

Por un impulso, bajó la cabeza para besarla con pasión. La respuesta fue instantánea cuando se pegó a él como una lapa. Por un segundo estuvo tentado de echarle otro polvo. Había tantas cosas que aún le faltaban por probar, pero se reprimió con un pesado suspiro.

Tenía que irse, no solo estaba Malena, quien le esperaba en casa, sino que pronto la gente empezaría a pasar por aquella zona, y con la puta manía que tenía ahora el mundo entero de grabarlo todo con el móvil y colgarlo en internet, no podía arriesgarse a que lo cogieran en una situación tan comprometida.

—Es hora de irme.

—¿Volvemos a quedar mañana en el faro? —preguntó Lucy mirándolo esperanzada.

—Si es eso lo que queréis. —Miró a Sandra, quien los observaba con cierta envidia—. ¿Tú vendrás también?

La morena le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Será un placer para mí volver a servirle, señor.

Notó cómo Lucy se tensaba junto a él. ¿Celos? Le sonrió a Sandra y, después de besarla en los labios, cogió uno de sus pechos y se acercó el pezón a la boca para chuparlo.

—Bien. Tengo un encargo para ti, Sandra

—¿Mi señor?

Con un suave beso en el pezón se separó de ella para regresar con Lucy,

que los vigilaba con los ojos entrecerrados. Cogiéndola por sorpresa, la giró y le soltó una cachetada en el trasero, dejando una marca rosada sobre su piel, a pesar de no haberle dado fuerte.

Lucy jadeó.

—Quiero que prepares a Lucy antes de venir —murmuró Pedro, mordisqueándole las redondeadas nalgas—. Mañana os quiero coger por el culo.

Sandra le enseñó los dientes en una amplia sonrisa e, igual que él, ignoró el jadeo de Lucy.

—Lo que mi señor desee.

CAPÍTULO 14



Al pasar por la puerta de la terraza y encontrarse con una intensa mirada de Adrián, que jugaba a las cartas con sus padres y su tía Carmen, Malena no pudo evitar que sus labios se curvaran por voluntad propia.

—La verdad es que no hay mucho que contar —le mintió a Gloria a través del móvil mientras escapaba de las emociones que le provocaban los ojos masculinos—. Ya sabes cómo son las cosas aquí en la playa. Lo único que se hace es comer, dormir y holgazanear, sobre todo cuando la fiestera mayor de la familia se encuentra ausente —añadió en broma dirigiéndose al dormitorio.

Gloria rio.

—¿Me estás diciendo que mi primo Adrián se ha rehabilitado y que la casa no se llena con las *amigas* que suelen perseguirlo de día y de noche?

Malena agradeció que su hijastra no pudiera ver la forma en que su sonrisa se había congelado sobre su rostro.

—Pues no, lo cierto es que casi ni sale y que se está tomando las vacaciones de una forma muy tranquila.

—¡Venga ya! La Semana Santa pasada, cuando lo visité, las vecinas parecían estar esperando con la basura preparada para sacarla en cuanto lo veían llegar al portal, y ni te cuento la de camareras y dependientas que se le insinuaban. Joder, si hasta parecían pelearse por invitarlo a algo.

—¡Ojo con esos tacos, señorita! —le advirtió Malena con más aspereza de la que pretendía.

Dejándose caer en el filo de la cama, se frotó el puente de la nariz. No era necesario ser vidente para adivinar que un hombre joven, tan atractivo como Adrián, debía de estar muy cotizado entre las chicas de su edad, pero prefería

que no se lo restregaran.

—¡Vaaaale! Pero eso no cambia las cosas. Mi primo desarma a cualquier mujer con esa sonrisa que tiene. Ni siquiera tienen que conocerlo para caer bajo su hechizo y, te digo yo, que si supieran lo inteligente y buena gente que es, entonces más de una mataba por no dejarlo escapar.

Como si las hubiera oído hablando de él, Adrián apareció en la puerta del dormitorio portando exactamente la sonrisa que Gloria acababa de mencionar.

Cuándo les sonreía a esas chicas, ¿sus labios también se estiraban ligeramente hacia el lado izquierdo, y aparecía ese brillo de traviesa maldad en sus ojos?, se preguntó Malena cuando se acercó y acuclilló frente a ella.

—Quizás sea porque ahora tiene novia —le contestó a su hijastra, dirigiéndole a él una mirada acusadora.

Los ojos de Adrian se entrecerraron, y la travesura fue sustituida por decisión cuando se acercó y le abrió las piernas antes de arrodillarse entre ellas. Malena apenas consiguió evitar un jadeo cuando el calor húmedo de su boca le traspasó la fina tela de sus bragas.

—Es posible, pero si es la chica que me han dicho que es, la conozco y dudo mucho que tenga lo que hay que tener para retener a alguien como él. A mi primo le puede atraer el físico de una mujer, como a todos, pero me sorprendería mucho que no le atraiga más una mujer inteligente que sabe lo que quiere y que sea capaz de hacerle frente cuando sea necesario.

—¿Estás segura? Aunque coincido contigo en que Adrián sabe muy bien lo que quiere, quizá cuando se trata de mujeres las quiere a todas, ¿no te lo has planteado? —repuso Malena con frialdad, manteniéndole la mirada cuando él se detuvo y alzó la cabeza.

Su conciencia trató de hacerse presente, pero los celos que sentía al imaginárselo con su novia u otras mujeres, se hizo más fuerte que ella. Sabía que era una tontería cuando lo que había entre ellos era poco más que una canita al aire, pero eso no la hacía sentir mejor, ni evitaba que quisiera hacerle pagar por el amargor que le producía.

Cuando él la castigó por sus palabras raspando su sexo con los dientes por encima de las bragas, se sujetó a la colcha como si con ello pudiera compensar su respiración alterada.

—No, no lo creo —le respondió Gloria después de un rato, como si se hubiera tomado su tiempo para pensárselo—. Sé que disfruta ligando, pero es de los pocos hombres de los que me atrevería a asegurar que busca una

relación con una sola mujer que lo llene.

A Malena se le escapó una mezcla de carcajada seca y sollozo cuando Adrián apartó la tela que le estorbaba y hundió la lengua entre sus pliegues.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Gloria extrañada.

El estómago de Malena se contrajo cuando le separó los labios para atrapar su clítoris entre los dientes.

—No, no —exclamó sin aliento—. Me estoy vistiendo para ir a la biblioteca. No quiero que me cierre.

—Ah, vale. Te dejo entonces. Ya sé cómo te pones cuando no encuentras algo bueno para leer. —Rio Gloria—. ¿Me llamas el domingo por la tarde o te llamo yo?

—Lo que prefieras, envíame un mensaje con lo que sea —respondió Malena entre dientes, observando fascinada la imagen de la mujer voluptuosa que la contemplaba desde el espejo, mientras un hombre joven y musculoso se encontraba arrodillado entre sus piernas.

—Okey, vale. Un beso. A mí también me están esperando.

—Besos, cielo.

Malena apagó el móvil y se dejó caer con un largo jadeo sobre la cama cuando Adrián la embistió con su lengua y extendió con el pulgar un poco de su crema entre las nalgas.

Lo odiaba por ser tan guapo, por saber cómo excitarla y manipularla en la cama, por tener novia, por que las mujeres lo persiguieran y, a la vez, le excitaba que fuera así siempre que siguiera perteneciéndole durante aquellos momentos.

Enredó sus dedos entre sus cabellos y alzó las caderas pidiéndole en silencio que profundizara la penetración.

—¿Quieres más, tía? Adrián la miró divertido.

«¡Te odio!».

—¿Acaso no es evidente? —preguntó con voz ronca.

Él le quitó las bragas y se levantó, llevándolas a su nariz antes de tirarlas a la cama con una ancha sonrisa. Luego le frotó el sexo con sus dedos esparciendo la abundante humedad.

—Sí, creo que es evidente —le contestó con intencionalidad. Se colocó sobre ella para mirarle a los ojos—. De modo que piensas que soy un tío veleta que va detrás de todo lo que se menea, ¿no?

Malena retuvo la respiración ante el tono peligroso que se escondía bajo la tranquila voz, pero alzó las caderas con un jadeo cuando la penetró con sus

dedos.

—¿Vas a contarme que no es verdad? —preguntó, deseando que lo negara.

—Vamos a comprobarlo —la retó, sacando sus dedos y recorriéndole sus labios con ellos antes de besarla—. Vamos a la biblioteca, tía, te acompaño.

—¿Qué? —Malena lo miró alucinada cuando se dirigió a la puerta.

—¿No le dijiste a mi prima que querías ir a la biblioteca? Voy contigo.

—¿Piensas dejarme así, sin más? —Malena se incorporó, apoyándose sobre sus codos.

Él sonrió con crueldad.

—Si te refieres a mojada y sin bragas, sí. Ponte falda o vestido. Te espero abajo —le contestó antes de dejarla a solas.

CAPÍTULO 15



Cuando Malena llegó al salón, Adrián ya la estaba esperando. Ella trató de mostrarse segura, arqueando una ceja cuando la inspeccionó de arriba abajo, aunque le sirvió de poco para calmar los acelerados latidos de su corazón.

—Creo que hay algunos detalles que necesitan revisión —le informó Adrián cuando acabó su examen visual.

Ella frunció el ceño.

—Yo me veo bien. Vamos a una biblioteca municipal, no a una discoteca.

La comisura de los labios masculinos se curvó, pero no dio ninguna explicación cuando la cogió del brazo y la guió hacia el pasillo, echando un vistazo por la ventana para asegurarse de que los demás seguían jugando en la terraza ajenos a ellos.

—Ven.

—¿Qué haces? —siseó Malena cuando la metió en el baño y cerró la puerta tras ellos.

—Comprobar que seguiste mis instrucciones —le dijo alzándole la falda y sacudiendo la cabeza con un suspiro decepcionado cuando vio sus bragas —. Algo que obviamente no hiciste.

Ella alzó la barbilla.

—¡No pienso ir a la biblioteca sin bragas!

—¿No? —preguntó Adrián con una ceja alzada y la diversión brillando en sus ojos.

—¡No! —espetó ella cruzándose de brazos.

Él la giró hacia el lavabo, obligándola a mirarse al espejo mientras le apartó el cabello para besarle el cuello con suavidad.

—Me encanta como hueles —murmuró sin dejar de recorrer su piel y

haciéndola estremecer cuando sus caricias alcanzaron sus pechos.

—Deberíamos irnos. —Malena intentó seguir pensando con claridad—. Cada vez estamos confiándonos más. Cualquiera día nos van a coger.

—Están ocupados, no se darán cuenta, y si alguien viene puedo saltar al jardín por la ventana.

La confianza con la que lo dijo le resultó tan contagiosa que cerró los ojos y apoyó la cabeza en él.

Adrián le bajó los tirantes y descendió por su espalda, alzándole el vestido para besarla desde atrás. Malena sabía que debería haberlo reñido por volver a dejarle las bragas mojadas, pero... ¿qué mujer en su sano juicio era capaz de resistirse a tanto placer? Se inclinó hacia delante, apoyándose en el lavabo y separando las piernas para facilitarle el acceso a su lengua.

No se quejó cuando le quitó las bragas, y tampoco lo hizo cuando la hizo jadear, ni cuando volvió a lograr que por sus muslos volviera a expandirse la humedad.

Cuando Adrián se incorporó, la giró y sentó sobre la encimera del lavabo, ella abrió las piernas más que dispuesta a sentirlo en su interior. En vez de aceptar su invitación, la besó y le bajó la camiseta para alcanzar sus pechos, chupándole los pezones en tanto se deshacía hábilmente del sujetador.

Ella apenas fue capaz de acallar sus gemidos cuando le cogió ambos pechos y le chupó los pezones de forma alternativa, inspeccionándolos de vez en cuando como si quisiera comprobar que ambos se habían puesto igual de duros e igual de grandes.

Parpadeó confundida, cuando se apartó, la bajó al suelo y le volvió a colocar el top en su sitio, asegurándose de que su falda estaba bien colocada.

—¿Qué haces? —preguntó Malena cuando le vio abrir la cesta de la ropa sucia con su sujetador y bragas en la mano.

Adrián titubeó.

—Tienes razón, es más excitante saber que los llevas en el bolso y que cualquiera puede cogerte si lo abres o se te cae —le confesó con una amplia sonrisa al abrirle el bolso ante sus narices y meterle las prendas de forma descuidada—. Vamos. No queremos que la biblioteca nos cierre, tengo planes para ti.

Malena aún iba mascullando enfurruñada cuando lo acompañó a la puerta.

—Mamá, me voy con la tía Malena a la Biblioteca —gritó Adrián antes de salir—. ¿Has cogido el libro que quieres devolver y tu carnet de

biblioteca? —le preguntó a ella.

«¡Mierda!».

—No.

Adrián la miró divertido.

—¿Y piensas llevártelos o no te hacen falta?

Ella lo fulminó con la mirada antes de dirigirse arriba a recoger el libro y asegurarse que llevaba el carnet en el monedero. Al ver su ropa interior en el bolso, estuvo por rebelarse y volver a ponérselos para fastidiarle, pero le pudo el morbo de la situación. Le resultaba evidente que él tenía planeado algo y, hasta ahora, ese niño había sabido muy bien qué era lo que la ponía. ¿Iba a perderselo por un tonto orgullo?

Acabó por cerrar la cremallera y bajar, alzando la barbilla cuando él le miró los pechos como si quisiera comprobar que sus pezones seguían despuntando libres bajo la fina camiseta. Aunque no tardó en arrepentirse cuando al dirigirse al garaje, él la detuvo por el brazo y se la llevó a la calle.

—Mejor vamos en autobús. No me apetece tener que pasarme horas buscando aparcamiento en el centro.

—¿Qué? —Ella lo miró horrorizada—. Te recuerdo que no llevo sujetador, y que se me nota que no lo llevo —siseó por lo bajo para que nadie se enterara.

—¿Y? —le preguntó Adrián—. Tienes unos pechos hermosos, dignos de la envidia de cualquier mujer, y yo voy contigo. No pienso dejar que ningún hombre te moleste. ¿De qué tienes miedo?

—¡Me da vergüenza que se den cuenta que voy sin ropa interior!

—¿Crees que te verá alguien que te conozca? —le preguntó Adrián. Ella negó. Las probabilidades de toparse con algún conocido en una zona turística tan grande eran bastante bajas—. ¿Y tanto te importa lo que piensen de ti unos desconocidos? —siguió insistiendo.

Ella se mordió los labios. ¿Cómo de superficial quedaba que le admitiera que sí? Acabó negando. En realidad tenía razón, ¿qué más le daba lo que pensarán unos desconocidos?

—No.

—Querías sentirte liberada, ¿recuerdas? —le susurró Adrián al oído. Cuando ella suspiró, le ofreció la mano—. ¿Vamos?

Recordó porqué evitaba coger los transportes públicos urbanos en la playa, cuando apenas consiguieron apretujarse dentro del autobús. La parte buena fue que Adrián la rodeó con un brazo, manteniéndola sujeta contra su

fuerte dorso, mientras se apoyaba contra la puerta cerrada manteniendo el equilibrio para ambos.

Malena se relajó contra él y disfrutó de la sensación de su áspera barbilla rozándole el hombro descubierto y de su aliento acariciándole la mejilla. Había tanta gente y tan apretujada, que dudaba mucho que alguien se fijara en que iba acompañada por un hombre mucho más joven que tenía la mano posada sobre su vientre. «¡Y su erección aplastada contra mi trasero!», pensó divertida, mordiéndose la parte interna de las mejillas para no reír.

Adrián había tenido razón, saber que no llevaba ropa interior resultaba morboso y liberador, incluso cuando no estaban haciendo nada. No era como si no se hubiera percatado de alguna que otra mirada lujuriosa y llena de admiración fijada sobre sus pezones, que seguían despuntando duros bajo la fina camiseta, pero sentir la presencia protectora de Adrián lo convertía en una experiencia que rozaba lo placentero.

Sonrió cuando observó a un bebé de menos de un año tocando las palmas excitado. La criatura miraba alrededor como si acabara de montarse en una atracción de feria.

—Me encantan los niños de esa edad —le confesó una mujer a su lado, que también observaba al pequeño.

—Sí, es maravilloso cuando se alegran tanto por tan poco —contestó Malena.

Rio cuando el autobús pasó por un bache y el bebé saltó en el regazo de su madre tratando de repetir el efecto; aunque su carcajada salió ahogada al sentir la áspera mano masculina deslizándose bajo su falda.

—¿Adrián? —preguntó sin aliento cuando la mano se abrió hueco entre sus muslos con una firme presión para separarlos.

—¿Sí?

Ella intentó seguir sonriéndole a la mujer que le hablaba, a pesar de que había dejado de oírla, demasiado centrada en los dedos que comprobaban su humedad, para acto seguido insertarle un objeto ovalado en la vagina.

Miró a Adrián por encima del hombro cuando su mano desapareció para volver a sujetarla por la cintura. Apretó sus músculos internos ante la aterradora idea de que lo que sea que le hubiera metido pudiera salir y caer al suelo ante todo el mundo.

—Te ves preciosa así —le murmuró él acercando sus labios a su oído—, y no tienes ni idea de cuánto te deseo. Nuestra parada —le advirtió en alto, separándose un poco de ella para cogerle la mano.

En cuanto el autobús arrancó y los pasajeros que habían bajado con ellos comenzaron a dispersarse, ella lo miró de reojo.

—¿Qué me has metido?

Adrián sonrió pero mantuvo la vista al frente.

—Lo descubrirás antes de lo que esperas.

CAPÍTULO 16



Adrián dejó que Malena entregara su libro a la bibliotecaria y que escogiera uno nuevo, para tomarse su propio tiempo de encontrar lo que buscaba.

Que la biblioteca estuviera prácticamente vacía, no hacía más que favorecer sus planes. Con los deberes hechos por internet antes de venir, no tardó en encontrar el libro que buscaba. Lo ojeó y sonrió al reconocer uno de los párrafos.

Era una historia que había leído en su adolescencia y que había pasado por contrabando de mano en mano en su pandilla. Dudaba mucho que algunos de sus amigos de aquella época hubieran vuelto a leer una novela después de aquella, pero esa en concreto la habían devorado todos. Ninguno se pudo resistir al morbo de una mujer casada que escribía cartas perversas a su amante, un hombre joven y comprometido con otra y, según la opinión de todos, jodidamente afortunado.

—¿Encontraste algo? —le preguntó a Malena cuando regresó a su lado mientras ella permanecía indecisa leyendo una sinopsis.

—Creo que sí —murmuró, le mostró el libro de autoayuda enfocado a la planificación y la consecución de objetivos que había escogido.

Adrián lo cogió y lo ojeó por encima.

—Parece una buena elección, he visto varias recomendaciones sobre él —comentó, reprimiéndose la pregunta de si lo quería para aplicar ese conocimiento a algo concreto, porque por lo que había leído en la sinopsis, se podía aplicar desde a mejorar las relaciones personales, a la búsqueda de un trabajo o al crecimiento personal.

—¿Y tú? ¿Encontraste algo? —Ella señaló el libro en sus manos con ojos llenos de curiosidad.

—Justo lo que quería. Toma. —Le entregó el libro—. Siéntate a leer la página cuarenta y tres. Deja tu móvil sobre la mesa y ponlo en modo vibración para los mensajes.

—¿Solo la cuarenta y tres? —preguntó al buscar la página que le había indicado.

—Empieza por esa y sigue hasta que yo te lo indique.

Adrián esperó a que se sentara y, con el libro de autoayuda en la mano, escogió un asiento frente a ella, a varias mesas de distancia. Ella le echó una corta ojeada, extrañada, pero comenzó a leer tal y como le había dicho.

Colocando un libro abierto encima de la mesa para disimular, Adrián cogió su móvil y buscó la aplicación que se había bajado el mismo día que compró el juguete para ella. Justo antes de pulsar el encendido en la pantalla, se arrepintió y entró en WhatsApp. Quería tener su atención, toda su atención cuando lo encendiera.

«Adrián: ¿Te gusta?».

Malena alzó la cabeza y miró confundida el móvil, como si por un momento hubiera estado tan absorbida por la historia que se hubiera olvidado de su entorno. Cuando leyó el mensaje lo miró y le enseñó el libro como si no estuviera segura de a qué se refería.

«Adrián: Sí, el libro».

«Malena: Sí, me encanta, es muy erótico y sensual».

«Adrián: ¿Te da morbo?».

Ella arqueó una ceja, sonrió de forma casi imperceptible y asintió.

«Adrián: ¿Podrías imaginarnos a nosotros como protagonistas de esa escena?».

«Malena: Es justo lo que estaba haciendo cuando me interrumpiste».

Su entrepierna respondió a ese mensaje del mismo modo que si ella se hubiera metido bajo la mesa para abrirle la cremallera. Sin ocultarle el deseo que sentía la miró. Incapaz de esperar por más tiempo, regresó a la aplicación del juguete y pulsó la *ON en la pantalla*. Supo de inmediato que funcionaba cuando ella dio un respingo en su asiento. Una sensación de júbilo se extendió a través de él al verla contemplándole con enormes ojos vidriosos y los labios entreabiertos.

«Adrián: Ahora sigue leyendo e imagina que nosotros somos los protagonistas».

«Malena: ¡¡¡La vibración hace demasiado ruido!!!».

«Adrián: No se oye desde aquí, y soy quien más cerca está sentado. En

caso de que alguien se acerque lo apagaré. Ahora lee».

Tras humedecerse los labios, ella bajó la cabeza y siguió leyendo. Adrián se echó atrás en su silla y disfrutó del espectáculo. Era una suerte que ella se hubiera sentado de espaldas a la bibliotecaria, habría sido imposible que la mujer no se percatara de la forma en que Malena trataba de controlar el placer a través de su respiración y el modo en que apretaba los párpados, o los labios, o los dos a la par. A veces se sujetaba a su asiento, otras al libro o a la mesa, como si con eso pudiera frenar el avance de su orgasmo.

«Adrián: Me encantan tus pechos, son tan llenos y redondos... Y me vuelve loco ver cómo tus pezones despuntan bajo esa camiseta».

Las manos de Malena temblaban de forma visible al coger el móvil para leerlo y, aunque su visión era limitada, no se requería de mucha imaginación para notar cómo apretaba los muslos bajo la mesa.

«Adrián: Acaríciate los pechos de forma disimulada y bájate la camiseta para enseñarme tus pezones».

Malena tragó saliva al recibir su mensaje. Echó un cuidadoso vistazo a su alrededor, y comenzó a deslizar sus dedos de forma disimulada por sus pechos, como quién no quiere la cosa. Si Adrián no hubiera sido un espectador intencionado, quizá lo hubiera engañado, pero sabiendo que ella lo hacía a propósito, y que las manchas rosadas que comenzaban a aparecer por sus mejillas y escote no eran casuales, no pudo evitar colocarse bien su erección y presionarse por unos segundos el glande bajo la mesa.

La deseaba con locura y estaba más que dispuesto a hundirse en ella y buscar el alivio de ambos, pero controló su anhelo por sentirla, sabiendo que mientras más se prolongara aquel juego, más valdría la pena para ambos.

Incrementó la intensidad de la vibración, haciendo que ella se inclinara sobre la mesa con un jadeo apenas disimulado. Un estremecimiento lo recorrió desde su escroto a su vientre, al ver su rostro transfigurado por el placer.

«Adrián: ¿Te correrás para mí?».

Ella se mordió los labios y sus dedos formaron un puño. Adrián casi pudo sentir la forma en que ella tensaba la vagina alrededor del juguete al ver cómo apretaba los ojos.

«Malena: Estoy a punto.»

¡Mierda! Quería verla correrse, pero no así, a tres metros de él, quería presenciarlo estando hundido en ella. Apagó la aplicación antes de enviarle un último mensaje:

«Adrián: Ve al servicio. ¡Ahora!».

Malena dio un suspiro aliviado cuando la vibración cesó. Pero aún cuando resultaba notorio cómo su cuerpo se relajó, se tomó su tiempo antes de coger el móvil para leer lo que le había mandado. En cuanto lo hizo, miró alrededor y cogiendo apresurada su bolso de dirigió a los aseos. Adrián la interceptó antes de que entrara en el de mujeres, y cogiéndola del brazo la metió en el de minusválidos.

No hubo palabras cuando cerró la puerta, le quitó el bolso para colgarlo del pomo y, sin más ceremonias, la empujó contra la pared, le bajó la camiseta de tirantes dejándole los pechos descubiertos, le quitó el juguete para metérselo en el bolsillo del pantalón y se abrió la cremallera para bajarse los bóxers.

Cuando ella le subió la camisa, él no dudó en quitársela entera para colgarla junto al bolso. Quería sentirla, de la misma forma en que lo deseaba ella.

—Sujétate al perchero —le indicó, levantándole los brazos y haciendo que sus dedos rodearan los pomos de hierro que sobresalían de los azulejos de la pared.

Le alzó una pierna y se situó antes de penetrarla, para acto seguido cogerle también la otra. Ella lo besó, jadeando tan desesperada como él, cuando se besaron. La embistió con fuerza, haciendo que en el pequeño aseo resonara el choque de sus cuerpos.

—¡Oh, Dios, yaaaa! —chilló ella cuando su cuerpo comenzó a contraerse alrededor de él.

La mente de Adrián se quedó en blanco al vaciarse en ella con convulsiones casi frenéticas y un placer tan intenso que parecía imposible de aguantar.

Con las piernas temblorosas y sin salirse de ella, reuló, tropezándose un par de veces con sus pantalones caídos, antes de llegar al retrete y sentarse en la tapa con ella. Malena lo rodeó con brazos y piernas, y dejó caer su frente contra la suya. Ninguno hizo el intento de separarse, les sobraba con tratar de recuperar el aliento.

—¡Dios!, eso ha sido...

—Increíble —acabó Adrián por ella, antes de besarla mientras seguía pulsando en su interior.

CAPÍTULO 17



Cuando la camarera llegó a traerles su pedido, Malena intentó por todos los medios fijar su vista sobre la colorida copa de helado, con su montaña de nata y el gracioso loro rojo, en vez de en los imponentes melones de la chica al inclinarse sobre la mesa más de lo necesario.

Tampoco tenía muy claro que el temblor interno que sentía fuera aún la consecuencia de la impresionante sesión de sexo desenfrenado que Adrián le acababa de regalar en los aseos de la biblioteca, o si se debía al esfuerzo que le suponía no mandar a la morena a tomar viento fresco cuando aprovechó para restregar sus tetas de forma poco disimulada contra el hombro de Adrián, quién le dio las gracias —supuestamente— por el café.

El colmo llegó cuando la chica volvió a inclinarse hacia él y le dedicó una brillante sonrisa.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti... o tu madre? —preguntó con un ronroneo que dejaba manifiesto que la oferta incluía desde enseñarle el trastero de la heladería a meterse bajo la mesa para hacerle un trabajito.

Malena cogió la copa de helado de forma casi automática mientras decidía qué le bajaría antes el calentón a la morena: si lanzársela sobre la cabeza, o vaciándosela en el profundo canalillo como excusa para pincharle, como colofón final, el palillo con el loro en las tetas.

Adrián tomó la decisión por ella.

—Sí, ¿no le importa traerme otra cucharilla para compartir el helado? Ahora que lo he visto, se me ha antojado —le pidió a la camarera sin mirarla—. Y unas servilletas —añadió al coger la mano de Malena para inspeccionar el largo goterón de helado de chocolate blanco derretido que recorría su dedo.

Malena tragó saliva cuando Adrián acercó su dedo a los labios y lo lamio

sin tratar de ocultar sus pensamientos perversos. A ella le habría gustado ver el rostro de la buscona morena al presenciarlo, pero fue incapaz de romper el contacto con los hipnotizadores ojos azules cuando sus muslos se apretaron recordándole que no llevaba bragas y que aún seguía húmeda.

—No deberías hacer eso —murmuró—. Podría vernos alguien.

Adrián alzó una ceja.

—Yo diría que ya nos están viendo —contestó, soltando la punta de su dedo y echándose atrás en la silla.

Malena miró espantada alrededor, descubriendo horrorizada que tenía razón. No solo los observaban las tres camareras que ahora se habían reunido en un grupito tras la barra sino también, con mayor o menor disimulo, algunas clientas.

—Gloria tenía razón.

—¿En? —Adrián le echó azúcar a su café y lo removió.

—En que llamas la atención de las mujeres allá donde vas.

Por la forma en que se marcó una línea en su entrecejo, no pareció hacerle gracia ese comentario.

—¿Tú no llamas la atención de los hombres?

Malena rio con sequedad.

—¿Dónde ves a un hombre babeando por mí?

—Bar de la derecha, el tipo que está en la barra.

Ella intentó seguir con disimulo las coordenadas que le había dado.

—No veo a nad...

—A través de la cristalera, el tipo del mono de mecánico con la cerveza en la mano.

—Bueno, es uno contra veinte —admitió cuando al fin localizó al hombre y el tipo le guiñó un ojo.

—¿Y qué pasa con el que hay en la mesa frente a ti? —la retó.

—¿El que está leyendo un periódico?

—¿Del revés? —preguntó Adrián con sarcasmo—Estaba sentado en otra mesa y se ha cambiado solo para poder ver bajo tu falda. Con un jadeo, Malena cerró sus piernas entreabiertas—. Y antes de que pongas otra excusa más. ¿No te diste cuenta que el conductor del autobús con la única con la que trató de hacer conversación fue contigo?

—Estábamos de pie a su lado. —Malena puso los ojos en blanco.

—Tú lo has dicho, *estábamos*.

—Pero...

—¿Y la enorme sonrisa del farmacéutico cuando te coló delante de todos los clientes que tenía esperando a pesar de que solo compraste toallitas húmedas? —Adrián le dirigió una mirada severa—. Que tú no te fijas en ellos, no significa que ellos no se fijen en ti.

Lo habría negado, y seguía sin estar muy convencida de que la intencionalidad tras aquellos gestos hubiera sido la que él implicaba, pero en principio no podía discutirle algo que en realidad sí que había sucedido.

—¿Tratas de decirme que yo llamo la atención de los hombres del mismo modo en que tú lo llamas a las mujeres?

—Gracias —le dijo Adrián distraído a la camarera cuando les dejó la cucharilla sobre la mesa. Encogió los hombros y removió pensativo su café—. No sé si llamamos la atención de la misma forma, yo solo veo a los tipos que babeaban por ti, no me he fijado en las mujeres.

—Vaya... eso es...

—¿Patético? —se burló Adrián.

Ella lo estudió seria.

—No encuentro la palabra exacta para definirlo, pero *lindo* se corresponde más con lo que quería expresar. Aunque hay algo que no me encaja en todo eso. —Entrecerró los ojos—. Si según tú no te das cuenta de las miradas e insinuaciones de las mujeres, ¿por qué me chupaste el dedo si no era para poner en su sitio a esa camarera?

—Porque el tipo del periódico estaba tratando de llamarte la atención antes de empezar a disimular —confesó Adrián. Malena abrió la boca y la volvió a cerrar sin decir palabra—. Y ahora que lo dices, resulta un poco humillante que yo trate de espantar a los hombres y tú, por el contrario, trates de ocultar que hay algo entre nosotros. ¿Te avergüenzas de mí?

La pregunta la impactó. Se avergonzaba, eso era cierto, aunque no sabía muy bien si por ella misma o por él. Se había sentido humillada cuando la camarera la había confundido con su madre. ¿No debería más bien haberse sentido orgullosa de que el objeto de deseo de la morena y las otras mujeres de la heladería hubiera decidido estar con ella?

En un intento por ganar tiempo Malena cogió la cucharilla y probó su helado. Trató de analizar sus sentimientos. ¿Por qué se sentía avergonzada?

Estudió de forma disimulada a las mujeres a su alrededor. Algunas la ignoraban. Un grupito de chicas, que no debían tener más de dieciséis años se reían por lo bajo mientras cuchicheaban mirándolos. Una señora mayor, con su chucho sentado sobre el regazo le sonrió con tristeza, y no tuvo que mirar

a la barra para saber que las camareras la contemplaban llenas de envidia. ¿Tenía motivos reales para avergonzarse o solo era el resultado de la educación que había recibido a lo largo de su vida?

Nunca le había parecido justo que los hombres pudieran estar con chicas que podían ser sus hijas, pero que, aún hoy en día, a una mujer se la linchara por compartir su vida con un hombre más joven que ella, resultaba cuando menos increíble. ¿Dónde estaba la igualdad en eso? Ni siquiera existía una excusa racional que lo justificara.

No estaba en sus manos desmontar los prejuicios sociales con respecto a ese tema, ¿o sí? No quería pasarse la vida luchando contra ellos, era una tarea demasiado monumental y cansada, pero nadie podía quitarle el derecho a un pequeño momento de rebeldía y a aportar su granito de arena para la causa.

Usando su cuchara para combinar con cuidado extremo la nata con el helado de vainilla, inspeccionó de forma disimulada el entorno en busca de rostros conocidos. Cuando no encontró ninguno se relajó.

—¿Para qué pediste la cuchara si ahora no pruebas el helado? —le preguntó a Adrián.

—Se me han quitado las ganas —espetó con sequedad.

Malena sonrió.

—Eso quiero comprobarlo —murmuró metiéndose la cucharilla en la boca para chuparla con deleite, antes de acercarse a él—. ¿Te gusta la vainilla?

Cuando Adrián no respondió, rozó sus labios con suavidad, esperando que los abriera a ella para profundizar el beso. Él se entregó, cediéndole el control, y ella no dudó en usarlo. Para cuando se separaron, sus respiraciones salían agitadas y sus labios estaban hinchados y sensibles.

El hechizo se rompió cuando alguien a su espalda arrastró su silla de forma ruidosa por el suelo para levantarse y masculló, en alto, algo sobre «sinvergüenzas y guarradas que deberían hacerse en casa, no en público».

—No dejes que lo estropee —le rogó Adrián cogiéndole la mano.

Malena intentó sonreír, pero supo que le salió poco más que una mueca. Cuando la señora del perrito pagó la cuenta y se acercó a ellos, se preparó mentalmente para el rapapolvo que de seguro estaba a punto de caerle. Entrelazando sus dedos con los de Adrián, alzó la cabeza decidida para enfrentarse a la mujer. Para su sorpresa, la señora le sonrió.

—Espero no molestaros, pero no he podido evitar espiaros durante este ratito, y quería deciros que hacéis una pareja preciosa. Me da envidia lo que

tenéis, pero es hermoso ver a alguien tan enamorado. Me he tomado la libertad de invitaros. La factura ya está pagada.

—Yo... eh... gracias —contestó Malena descolocada.

—Gracias por su amabilidad —respondió Adrián con una voz que reflejaba que estaba igual de alucinado que ella.

La mujer carcajeó sacudiendo la cabeza.

—Las gracias os las debo yo a vosotros por alegrarme el día.

Tras ver cómo se marchaba, Adrián y Malena cruzaron sus miradas.

—¿Lo repetimos a ver si alguien nos invita a cenar? —preguntó Adrián moviendo las cejas de forma cómica.

—Idiota —lo riñó ella entre risas.

—Sip, pero soy un idiota afortunado al que has hecho muy feliz.

Seria, ella estudió el brillo en sus ojos que parecía confirmarlo. ¿Y si dejara de negarse a lo evidente y disfrutara de lo que le ofrecía?

—¿Ya tienes planes para esta noche? —le preguntó antes de que pudiera arrepentirse de la decisión que acababa de tomar.

—Nada que no pueda cambiar si es para estar contigo.

—Hoy es la noche de casino de tus padres y Pedro tampoco estará. ¿Te apetece un picnic en la playa a la luz de la luna?

—¿Con baño en pelotas incluido?

—¿Hay otra forma de bañarse a la luz de la luna? —Malena entornó los ojos.

—¡Cita concedida a la señora de la sonrisa sexy! —exclamó Adrián de forma teatral—. Y conozco un sitio que te encantará para esos planes —murmuró bajando su tono.

—¿Ah sí? —Malena carraspeó cuando su voz salió más ronca de lo esperado.

Adrián se inclinó hacia ella, deteniéndose a solo unos milímetros de sus labios. Por una vez, Malena no trató de controlar la tensión sexual que se extendía a través de su cuerpo.

—Aún no me has dado a probar el helado de chocolate blanco.

—Se me ocurre que podríamos pedir una tarrina para llevar —propuso ella humedeciéndose los labios—. Mis pechos se merecen un premio antes de que los vuelva a enclaustrar en un sujetador.

—¿Te conozco? —Como si sus pupilas no hubieran delatado ya su excitación, la voz de Adrián salió en apenas un susurro.

Los labios de Malena se estiraron en una sonrisa traviesa.

—Si no lo haces aún, creo que es hora de remediarlo.

CAPÍTULO 18



Nada más bajar a desayunar, Malena percibió el ambiente festivo en la mesa.

—Buenos días —saludó mirando de uno a otro para descubrir qué ocurría.

Adrián le sonrió con un guiño.

—Buenos días, tía.

Desde la noche que habían pasado juntos por primera vez en su cama, todas las mañanas le ocurría lo mismo. No importaba que todo el mundo la saludara o que supiera que debía disimular, le resultaba imposible mirarlo y que sus labios no se curvaran de forma involuntaria. Desvió de inmediato la cara hacia los otros y constató aliviada que a nadie parecía haberle llamado la atención su sonrisa tonta.

¿Cómo era posible que después de tres semanas nadie hubiera comenzado a sospechar aún?

—¡Ya era hora de que te despertaras, dormilona! Siéntate, el café y las tostadas ya están en la mesa —la recibió Pedro en voz alta.

Ella titubeó al ver las tostadas quemadas que quedaban en el plato. ¿De verdad pretendía que se comiera eso?

—Siéntate, tía. Ya terminé de desayunar. Deja que te traiga un café caliente y que te ponga tostadas nuevas, esas ya deben de estar frías —se ofreció Adrián dirigiéndole un guiño antes de levantarse para ir a la cocina.

A Malena no le quedó otra alternativa que aceptar la invitación de Pedro para sentarse a su lado. El inesperado beso de su marido y su inusual buen humor la hizo ponerse rígida. Apresurada echó un vistazo disimulado a la cocina, donde Adrián estaba afanado con la cafetera de espalda a ellos y soltó un suspiro aliviado. Habría sido demasiado violento que presenciara el

repentino despliegue cariñoso de Pedro.

—¿Qué me he perdido? No sé si son imaginaciones mías, pero os noto a todos muy contentos —dijo Malena apartándose un mechón de la mejilla.

—Esta mañana han llamado a mi hijo de una de las más prestigiosas clínicas de rehabilitación de Alemania y le han ofrecido un contrato de seis meses —soltó orgullosa la madre de Adrián.

Ella parpadeó con la boca abierta. Una sensación de frío la inundó como si toda la sangre le hubiera bajado a los pies para derramarse por el suelo.

—Nuestro muchachote fue elegido de entre los más de cuatrocientos solicitantes que hubo. ¿Qué te parece? —preguntó Pedro.

«¿Qué me parece? ¿Se supone que debo decir que me alegro? No sería cierto. No quiero que se vaya». Adrián salió de la cocina con un plato con tostadas y una humeante taza de café. Sus ojos se encontraron. Los de él la escrutaron serios.

—Yo... eh... ¡Vaya, eso parecen noticias geniales! —Ella intentó sonreír —. Gracias —murmuró al aceptar la taza con manos temblorosas.

—Si ya sabía yo que mi hijo es un fenómeno —chilló la madre al pellizcarle las mejillas.

—Mamá, no exageres, tampoco es para tanto —protestó Adrián visiblemente avergonzado en tanto trataba de zafarse del agarre materno.

—Tu madre tiene razones para estar orgullosa de ti, no creo que sea fácil conseguir un contrato así. Han debido de ver algo en ti que los demás no tenían. —Malena sonrió con tristeza, pero no dudó en transmitirle con la mirada que lo creía con sinceridad, y que también ella se sentía orgullosa por él.

—¡Y le han dicho que si se adapta a las exigencias de la clínica y supera ese periodo, luego le ampliarán el contrato por dos años! —añadió la madre.

—Vaya... —Los ánimos de Malena acabaron por hundirse a tres metros bajo tierra—. ¿Y cuándo te vas?

Era consciente de la extraordinaria oportunidad que suponía para él y también de que era lo mejor para evitar que volvieran a caer en la tentación, pero la idea de no volver a verlo la afectó mucho más de lo que esperaba.

—El viernes que viene tengo que estar allí —contestó Adrián. Ella asintió evitando mirarlo y estiró la mano para coger el azucarero—. No necesitas ponerle azúcar, ya se lo he echado yo.

Al tomar un trago, Malena no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas. No creía que fuera pura casualidad que el café tuviera la cantidad de leche y

dulzor justos que a ella le gustaban. ¿Cómo de patético era que Pedro en sus cinco años de matrimonio no se hubiera tomado la molestia de fijarse en cómo le gustaba el café y Adrián en solo unas semanas ya lo supiera?

«No estoy preparada para perderlo aún».

Adrián la encontró en la terraza de la biblioteca, contemplando perdida el horizonte. Malena se incorporó de inmediato en su asiento e intentó cambiar la expresión de su rostro.

—Hola, ¿qué haces aquí? Pensé que estarías recogiendo tus cosas para marcharte. —Ella se obligó a sonreír con indiferencia.

—He convencido a mi madre de que es inútil regresar a casa antes del domingo por la noche. No sirve de nada adelantarnos una semana para quedarnos encerrados en casa, cuando aún podemos aprovechar y disfrutar unos días más —explicó sentándose frente a ella con los brazos apoyados sobre sus rodillas.

—Ah... pues sí. Imagino que tienes razón. Aunque podrías ir preparando tus maletas y ver qué te hace falta, por si tienes que comprar algo. El tiempo suele escaparse entre los dedos en este tipo de situaciones.

—Parece que tienes prisa por perderme de vista. —Adrián alzó las cejas, aunque a ella no se le escapó un cierto deje amargo en su tono.

Suponía que lo más seguro para ella habría sido mentir, pero no pudo hacerlo.

—Al contrario. Me sorprende a mí misma, pero lo cierto es que creo que te echaré de menos, y mucho.

Él le cogió las manos y la miró a los ojos.

—Yo no lo creo, sé que seguiré soñando contigo, con tu mirada y tu cuerpo. Me costará olvidar estas vacaciones y me he quedado con ganas de más.

—Adrián, yo... —Ella tragó saliva y apartó el rostro antes de que pudiera descubrir la solitaria lágrima que se le había escapado.

—Malena, mírame. —Con un dedo bajo su barbilla la obligó a mirarlo.

—Pensé que no te gustaba llamarme por mi nombre porque te daba más morbo llamarme tía —lo acusó fingiendo un tono de burla mientras secaba la mejilla de forma disimulada.

—Si te contara la verdad, no me creerías —admitió Adrián con una mueca.

—¿Qué verdad?

Adrián cabeceó.

—Nada que importe por ahora. Quiero pensar que volveremos a vernos en el futuro, en otro momento y otra situación, y poder confesarte eso y mucho más, pero por ahora no sería realista hacerlo. ¡No! —la cortó tajante cuando ella abrió la boca para interrogarle—. He venido a hablarte de otra cosa.

En su estómago parecieron echarse a volar mil mariposas. ¿Iba a hacerle algún tipo de confesión romántica? ¿Cómo iba a responder si lo hiciera?

—¿Sí?

—¿Has pensado en seguir con tu plan de buscarte amantes cuando yo me vaya?

«¿Qué?». Lo miró confundida. ¿Qué tenía que ver eso ahora? Aún no había sido capaz de pensar más allá del minuto en que él se marchara. ¿Cómo iba a plantearse buscar otro amante?

—Yo... Pues, la verdad... —Ella movió la cabeza y encogió los hombros.

—Déjalo, sé que de todos modos no me dirías la verdad si lo hubieras hecho —afirmó Adrián.

Aunque no lo había pensado, no tuvo más remedio que darle la razón. Le habría resultado fuera de lugar y de mal gusto confesarle que saldría a la caza de otros hombres para echar un polvo.

—Es posible.

—No importa. No cambia lo que quiero proponerte.

Ella arqueó una ceja.

—¿Y eso sería?

—Sé que te sientes sola y que solo buscas relaciones sexuales esporádicas para combatir esa soledad y remediar ese sabor amargo que te dejan los cuernos que te está poniendo mi tío, pero... No, espera y termina de escucharme —pidió cuando ella fue a protestar—. Lo admitas o no, esa es la realidad, y no te culpo por ello, ni pretendo convencerte de que no lo hagas.

«¿No piensas tratar de convencerme de que no me acueste con otros hombres?».

No supo si sentirse aliviada, mandarlo a la mierda o echarse a llorar. ¿Y ella había pensado que la veía como algo más que un simple polvo?

—Aunque eso no quita que me preocupe el que salgas con cualquier desconocido y que pueda ocurrirte algo —continuó él—. Por eso he pensado

en hacerte una propuesta. —Inspiró con fuerza, como si le costara seguir, y contempló sus manos—. Quiero presentarte a un amigo para que estudies la posibilidad de aceptarlo como tu amante.

El mundo entero a su alrededor pareció congelarse.

—¿Me estás pasando a uno de tus amigos como si yo fuera... un... un... balón de fútbol?

No se lo podía creer. No solo no le importaba, sino que encima la trataba como a una puta barata. ¿Cómo podía ser tan cabrón? Ni siquiera Pedro había llegado jamás a esos extremos.

Cogiéndole la cara con ambas manos, Adrián la obligó a mirarlo a los ojos enrojecidos.

—Ni se te ocurra pensar esa mierda. Esto es lo más difícil que he hecho en mi vida. ¿Quieres la verdad? ¿Mi verdad? Te quiero para mí. —Apoyó la frente contra la de ella y apretó los párpados—. No quiero que ningún otro hombre vuelva a ponerte un dedo encima —susurró.

—¿Y entonces por qué pretendes presentarme a tu amigo?

Él se echó atrás.

—¿Estarías dispuesta a un compromiso entre nosotros?

«Sí». Malena tragó saliva.

—Entre nosotros no puede existir nada más allá de lo que ha pasado. Eres el sobrino de Pedro, tienes novia y soy demasiado vieja para ti. Sería de ilusos pensar que de esto podría salir algo más.

Mirándola con dureza, Adrián apretó la mandíbula como si luchara por no rebatirle todo lo que acababa de decir. Ella se clavó las uñas en las palmas de las manos y deseó que lo hiciera, que lo desmintiera y que le demostrara que estaba equivocada.

—Si piensas así, prefiero saber que estás protegida.

—No creo que...

—¡Maldita sea, Malena! No quiero hacerlo, no quiero saber que estás follando ni con mi amigo ni con nadie, pero no tengo ninguna otra cosa que pueda darte y sé que es la única forma de garantizar que estarás a salvo y que tendrás a alguien que te abraze cuando lo necesites.

—¿Y si...?

—Dale una oportunidad. Solo deja que te lo presente. ¿Qué tienes que perder?

«A ti».

—Lo conoceré si tanta importancia tiene para ti, pero no me acostaré con

él solo porque sea tu amigo.

—Eso me vale —confirmó Adrián con una sonrisa dolida.

—¿Algo más? —preguntó ella abrazándose. Necesitaba alejarse de allí, de él y de todos los sentimientos que le provocaba.

—Sí. —Él se levantó y le ofreció la mano—. ¿Me dejas hacerte el amor?

Entraron en la biblioteca en silencio y se mantuvieron así mientras él cerró el pestillo y se desnudó sin perderla de vista. Ella siguió cada uno de sus gestos y memorizó cada tramo de piel y músculo que iban quedando al descubierto. Si sus recuerdos eran lo único que iba a quedarle de él, entonces quería que fueran tan intensos como aquel instante.

Cuando se acercó a ella, ya estaba más que lista para él. Aun así, dejó que la desnudara, prenda a prenda, sin prisas y sin palabras. Cuando terminó, la sentó sobre el escritorio y le separó las piernas para colocarse entre sus muslos.

Sus miradas se cruzaron en el momento en que la penetró abriéndose despacio un hueco en su interior. Había algo diferente, algo dolorosamente tierno y profundo en la forma en que la besó, haciéndola sentir que le importaba y que había algo mucho más allá de la relación física que habían compartido durante aquellas semanas.

Alojado en lo más recóndito de ella, la abrazó y escondió su rostro en el hueco de su cuello.

—Me encanta sentir tu piel contra la mía, tu calor y tu olor. Creo que sería capaz de reconocerte con los ojos vendados en una sala llena de gente, solo oliendo ese aroma dulce que tienes y que me chifla.

—¿Me echarás de menos? —preguntó ella en un susurro, dándose cuenta demasiado tarde de lo que acababa de hacer.

Él le alzó con delicadeza la barbilla y le miró a los ojos con una extraña mezcla de intensidad y ternura.

—Mucho más de lo que puedas imaginarte. Más que a ninguna otra cosa que tenga que dejar atrás.

—Házmelo sentir —pidió Malena con la voz quebrada y ronca.

Los ojos masculinos se llenaron de dolor, pero no contestó cuando le secó con sus labios, una a una, las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Para cuando llegó a su boca, su beso supo a sal, desesperación y tortura. No hubo prisas, ni pasión desatada y, aun así, cada empuje iba marcado por una lenta y

placentera agonía que la hacía desear fundirse con él y perderse en su calor.

CAPÍTULO 19



Malena sonrió cuando Adrián se acercó a ella desde atrás mientras aliñaba la ensalada. Cerró los ojos y se recreó en los fuertes brazos que la rodearon.

—Ten cuidado, pueden cogernos —murmuró cuando sintió la dura erección apretándose contra sus nalgas.

—Están entretenidos con la barbacoa y Ramón está vigilando por nosotros —le respondió Adrián deslizando las manos por sus muslos desnudos y alzándole la falda en el proceso.

—¿Ramón? —Ella abrió los ojos y se puso rígida cuando descubrió al chico observándolos desde la puerta de la cocina—. ¡Adrián!

Intentó separarse de él y bajarse la falda, pero él la giró hacia su amigo, manteniéndola sujeta contra su pecho.

—¿Se te olvida el motivo real por el qué he traído a mi amigo a la fiesta de despedida, tía?

Un calor bochornoso inundó su rostro bajo el intenso escrutinio de Ramón. ¿Era necesario que Adrián fuera tan descarado? Por supuesto que sabía para qué había llevado a su amigo, pero podía haberse esperado a que ella decidiera si le gustaba o no antes de contarle al otro que necesitaba a alguien para cumplir sus fantasías sexuales. Tragó saliva. Conociendo a Adrián, era probable que no hubiera sido tan elegante a la hora de explicarle las cosas al tal Ramón. Le gustaba provocarla usando palabras como polla y follar, de modo que no sería de extrañar que el vocabulario empleado con sus amigos fuera igual o más soez aún.

—Adrián, estate quieto, esto ahora mismo está fuera de lugar. —Intentó razonar, aunque su voz salió sin aliento.

—Mhm, y crees que no me he dado cuenta de que le has estado echando

ojeadas desde que llegó o lo duros que tienes ahora mismo los pezones —la provocó Adrián al comprobar con sus dedos que no se equivocaba. La mirada de Ramón bajó de inmediato a sus pechos para observar la forma en que él se los pellizcaba—. Mira lo que le provocas. Está deseando que sigamos y que lo invitemos a participar.

—¡Adrián!

Ella dejó de respirar, pero no pudo evitar un vistazo al paquete que abultaba bajo los vaqueros del otro.

—Está empalmado desde que saliste al jardín y os presenté. Apostaría a que está preguntándose si llegará a follarte antes de que la noche acabe.

Ramón arqueó una ceja y una imperceptible sonrisa ladeada apareció en su rostro. Incluso a pesar de su vergüenza, Malena no pudo dejar de admitir que el moreno era guapo. No podía compararlo con Adrián, pero no estaba nada mal tampoco.

—Tenemos que llevar las cervezas a la terraza, aunque creo que antes deberíamos darle a mi amigo una idea de lo que se está perdiendo —propuso Adrián bajando la voz al mordisquearle el lóbulo de la oreja—. Quiero saber que sufres y que tengas muy claro que eres mía, y que solo te tendrá si yo quiero que sea así, pero eres tú quien tiene la última palabra. Dí no y le digo que se vaya.

Ella no supo si lo que provocó que el vello de sus brazos se pusiera de punta había sido el bajo murmullo en su oído o su perversa posesividad. No se resistió cuando le besó el cuello y le achuchó los pechos en un incitante masaje, pero cerró los párpados para no tener que enfrentarse a la oscura mirada de Ramón. Sabía que aún estaba a tiempo de negarse, que debería hacerlo, pero el morbo de lo prohibido fue más fuerte que su conciencia de que estaba mal.

Malena jadeó cuando le bajó los tirantes del top e intentó, sin mucho empeño, evitar que le abriera el sujetador. Cuando, aún así, Adrián consiguió liberar sus senos, se sentían pesados y sensibles en sus ásperas palmas. Al morderle el hombro, Malena acabó por arquear la espalda y sacar sus pechos con un gemido.

—Eres tan hermosa... Mira cómo te come con los ojos —le murmuró incrementando la presión sobre sus pechos y apretándose contra su trasero para dejarle sentir el evidente estado de su excitación—. Y apostaría a que ya estás húmeda y todo.

Cuando deslizó una mano por su cuerpo y le subió la falda, ella lo sujetó

por la muñeca, sin embargo no detuvo su avance, dejando que sus dedos se deslizaran bajo sus bragas.

—Joder, estás empapada. Mira, Ramón. —Adrián le enseñó los dedos brillantes a su amigo, cuya postura en la puerta cambió de inmediato—. Ayúdame a quitarle las bragas.

Malena se puso rígida cuando el otro echó un vistazo en dirección a la terraza antes de acercarse a ellos, recordando el peligro al que se estaban exponiendo.

Adrián no dejó de besarla mientras le acabó de subir la falda con ambas manos, y Ramón se acuclilló frente a ella y le bajó las bragas para guardarlas en el bolsillo de su vaquero.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Adrián abriendo su sexo ante la atenta mirada de su amigo.

—¡Adrián! —siseó ella tratando de apartarle las manos.

—Sí, aunque me encantaría aún más si pudiera averiguar a qué sabe.

Ella se quedó congelada cuando Adrián rio por lo bajo.

—Pruébala.

Los dedos de Ramón sustituyeron a los de Adrián sobre su sexo, manteniéndolo abierto. Su cálido aliento envolvió su clitoris, apenas preparándola para el ardiente calor de la boca, que parecía quemarla en un intenso placer. Arqueó la espalda hacia atrás y agradeció la sujeción de Adrián cuando sus piernas cedieron bajo ella.

—Ramón, creo que hay algo que debería avisarte sobre mi tía

El moreno paró para mirarlo. Sus ojos brillaban casi tanto como su barbilla.

—¿Y eso sería?

—Que si además de chuparla, usas un par de dedos para follarla, cuando se corra lo hará de verdad, con un tremendo chorro. Sería mejor que estuvieras preparado y tuvieras cuidado con no mojarte.

—¿Un *squirt*? —En el rostro masculino apareció una amplia sonrisa—. Entonces avisa para que me dé lugar de tragármelo.

Alucinada y abochornada, Malena intentó apartarse de él. No sabía si reñir a Adrián por compartir sus intimidades con tanta soltura o a Ramón por loco. ¿A qué clase de hombre le encantaba la idea de tragarse la eyaculación de una desconocida?

Ninguno de los dos le permitió zafarse. Adrián sujetó su peso con un brazo y le cogió el rostro para besarla, mientras que Ramón le colocó las

piernas sobre sus hombros y enterró la cara entre sus muslos.

Su jadeo cuando le rodeó el clítoris con sus labios y succionó no fue nada comparado con el que soltó cuando además la penetró con un dedo.

«Maldita sea, Adrián. ¿Cómo has podido hacerme esto?», pensó cuando desde su vagina se extendió la conocida sensación que la avisaba de que en efecto iba a ser un orgasmo húmedo.

—¿Lo harás por mí? —preguntó Adrián separándose apenas unos centímetros de sus labios—. Estás hermosa cuando te pones así, con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas, y me excita esa forma en que mantienes la boca abierta tratando de jadear en vez de gritar.

Ella gimió. ¿Por qué le tenía que decir esas cosas justo en ese instante? Sus ojos se abrieron cuando Ramón deslizó un dedo mojado y resbaladizo entre sus nalgas incrementando el placer. Adrián sonrió ante su reacción y, cogiéndole un pecho, le atrapó el pezón para pellizcarlo.

«¡Oh, Dios».

—Ramón, ve preparándote, está a punto —murmuró Adrián ronco—. ¿Te correrás en la boca de Ramón y me dejarás verlo, tía?

Jamás tuvo la oportunidad de contestar, su vientre se contrajo en espasmos mientras Ramón trataba de beber de ella, y Adrián se tragaba sus gritos y gemidos en un posesivo y apasionado beso.

Con las últimas vibraciones placenteras aún recorriéndole el cuerpo, el repentino «¡Mierda, creo que viene alguien!» de Adrián parecía no querer penetrar en su mente. Antes de que pudiera reaccionar, se encontró con piernas gelatinosas mirando la ensalada sobre la encimera.

Su falda y top se encontraban en su sitio y los chicos bromeaban en voz alta en la isla de la cocina cuando entró Pedro.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —preguntó este provocándole un escalofrío helado a Malena—. Una barbacoa no es barbacoa sin cervezas ni tinto.

Aunque no se giró hacia él, respiró aliviada. Parecía que no se había dado cuenta de nada. Solo le importaban las cervezas, nada más.

—Nos quedamos esperando a que la tía terminara de... aliñar la ensalada —explicó Adrián con tranquilidad.

—Ella no os necesita para eso. Echadme una mano con los botellines y traed también las servilletas y más platos.

Cuando se fueron y la cocina quedó vacía, lo único que le permitió saber a Malena que no acababa de tener un simple sueño erótico fueron la ausencia

de las bragas, el sujetador y la pegajosa sensación entre sus muslos. Su móvil vibró sobre la mesa con un mensaje. Con dedos temblorosos lo cogió para abrirlo.

«Adrián: No creas que hemos acabado. Esto ha sido solo el principio».

Malena se puso una mano en el pecho y se sentó en la silla más cercana.

«¿En qué me he metido?».

ALGUNOS MESES MÁS TARDE...

CAPÍTULO 20



—Señor Jamilla, la hija del juez Estebaría está aquí para verle. Dice que tenía una cita con usted, aunque a mí no me consta en la agenda—le avisó su secretaria por el interfono.

¿Lucy? Pedro miró el reloj. ¿Qué querría a esas horas? Soltó un suspiro y cerró la carpeta con los documentos que había estado revisando. No creía que fuera a dejarle trabajar más durante aquella tarde.

—Hágala pasar, señora Garrido.

Cerrando la puerta del despacho tras ella, Lucy se apoyó en ella en una provocativa pose que le hizo sonreír casi sin pretenderlo. Cualquiera diría que después de cinco meses siendo amantes ya debería haberse acostumbrado a sus locuras.

—Hola, papi. ¿Te alegras de verme?

Enarcando una ceja, Pedro se echó atrás en su silla. En su mente cruzó los dedos por que no se diera cuenta de lo contenta que la saludaba una parte de su anatomía. Ese tono ronco, mezcla de inocencia y perversión, ya habría bastado para empalmarlo, pero lo que de verdad le había subido la libido de cero a cien era cómo lo había llamado. Si había algo que había aprendido en el tiempo que llevaba con su dulce Lucy, era que cuando se ponía así quería caña, y él estaba más que dispuesto a dársela.

—Mmm... Eso depende, ¿qué haces aquí?

—¿Qué clase de recibimiento es ese? —preguntó poniendo uno de esos lindos morritos que solo ella le sabía poner.

Despegándose de la puerta, caminó con lentitud hacia él, abriéndose el abrigo y dejándolo caer al suelo para mostrarse completamente desnuda, excepto por sus zapatos de tacón y las medias de liga.

—El que te mereces. Sabes que tienes prohibido presentarte aquí. La gente podría verte y sospechar. ¿Y no deberías abrigarte un poco más? Estamos en pleno mes de diciembre y a cuatro grados en la calle, no deberías salir desnuda de tu casa. ¿Qué crees que debería hacer ahora contigo? — preguntó Pedro, casi experimentando ya el tacto de sus suaves carnes bajo sus palmas.

—¿Me castigarás por haber venido, papi?

—Sí. —Pedro reprimió su sonrisa al verla estremecerse. El juego no sería lo mismo si ella notaba que a él le divertía—. ¡Ven aquí! —Señaló su regazo—. Tiéndete bocabajo y con el culo bien alto.

—¿Qué me harás?

¿Acaso no era linda mordiéndose los labios con esas mejillas sonrojadas por la excitación?

—Te daré veinte cachetes. Diez por venir y diez por arriesgar tu salud. Los contarás en voz alta, luego te follaré y si eres buena y no armas mucho jaleo, te dejaré que te corras antes de llamarte un taxi y mandarte de regreso a casa, que es donde deberías estar con este frío.

—¿Y si no soy capaz de mantenerme callada? —lo puso a prueba.

—En ese caso, seguiré follándote, me chuparás cuando me haya corrido para limpiarme y luego te amarraré y te dejaré debajo de mi escritorio hasta que sea la hora de irte. Y no necesito especificar que no dejaré que te corras, ¿verdad? —añadió al ver el brillo en sus ojos. Ella negó obediente—. Ahora ven y no me hagas esperar más, a menos que quieras que incremente el castigo. Ah, ah. —La frenó en seco cuando comenzó a caminar hacia él—. A cuatro patas.

Se relajó en su silla de escritorio deleitándose con el espectáculo que le ofrecían los hermosos pechos, que se bamboleaban cerca del suelo, al dirigirse hasta él. No le habría importado follársela así mismo, pero sabía que si lo hacía, habrían terminado nada más empezar. Siempre le pasaba lo mismo, tan pronto conseguía estar dentro de su estrecho canal, apenas necesitaba moverse para liberarse en su interior. Sería una lástima no aprovechar la oportunidad de disfrutar de su juego.

Esperó a que se ubicara sobre su regazo para acariciarle la espalda y las redondeadas nalgas con lentos trazos y, sabiendo que no podía verle, sonrió satisfecho cuando ella se estremeció de forma visible e intentó mover el trasero en busca de sus dedos.

Le encantaba su hermoso culo. Era tan carnoso que rebotaba con cada

embestida y vibraba con cada palmada. Desde que le había prohibido ir a rayos UVA, además estaba tan blanco que, con la más mínima palmada, su mano se marcaba sobre él con un oscuro tono rosado. Suponía que aún con el leve bronceado habría podido dejar su huella, pero la prefería así, sin señales de tanga y con su lechosa piel reluciente y perfecta como la nieve.

Masajeó sus nalgas con ambas manos, separándolas una y otra vez en el proceso para comprobar cómo se encogía y abría la pequeña roseta que se ocultaba entre ambas. Deslizándolo su mano derecha entre sus muslos, constató que más que húmeda estaba empapada. Contuvo un gruñido complacido cuando su dedo se hundió con facilidad en su interior y añadió el segundo, sacando ambos brillantes y cubiertos de la densa crema. Se la dio a probar a ella, quien, como era de esperar, relamió sus dedos con la gracia digna de una gatita.

Usando la lubricación natural, la extendió desde su vagina en sentido ascendente hacia su trasero. Su deliciosa Lucy gimió, empujando las caderas hacia atrás cuando jugueteó con la pequeña roseta, mojándola y acariciándola con delicadeza. Repitió el proceso de lubricarse el dedo en su vagina, llevándolo a su trasero varias veces más, las suficientes para estar seguro de que había suficiente lubricación y que ella estaba excitada, antes de empujar y abrirse paso a través de su entrada trasera. Apenas tuvo que presionar para que su dedo fuera succionado al interior.

Cuando se retiró, separó ambas nalgas para escupirle varias veces en el pequeño agujerito que ahora quedaba más visible y reinició su conquista con dos dedos. Se tomó su tiempo para trabajarla y estirarla, permitiéndole que se relajara y disfrutara. Y vaya si disfrutaba su perversa Lolita, a deducir por los ohhs y ahhs y sííies que soltaba sin parar.

Abrió el último cajón de su escritorio para sacar el pequeño vibrador que tenía escondido bajo el montón de papeles. Cruzó los dedos para que su encantadora y perversa amante estuviera lo suficientemente distraída como para no preguntarse por qué tenía un juguete sexual en su oficina.

No habría sido muy cortés explicarle que era el que usaba para atender las voraces necesidades de su madre cada vez que venía a visitarlo. ¿Cómo se tomaría el saber que también se follaba a su madre? El morboso pensamiento de tirarse a la vez a madre e hija lo puso tan duro que temió que fuera a correrse solo de imaginarlo.

Bañando el vibrador en los cada vez más abundantes jugos, lo usó para jugar un ratito con ella. Dejándolo vibrar contra su clítoris, esperó a ver

cómo se tensaba para apagarlo. Ella gimió en protesta. Pedro esperó y lo volvió a encenderlo solo para penetrarla con tanta lentitud que era imposible que pudiera alcanzar el orgasmo. Repitió el proceso hasta que las protestas salieron en forma de sollozos desesperados y consideró que había llegado la hora de devolver su atención a la roseta en la que seguían inmersos sus dedos, sustituyéndolos por el juguete.

Esta vez los jadeos sonaron más lastimosos. Procuró reducir el ritmo al que empujaba el vibrador, pero no se dejó detener. Por experiencia sabía que a su pequeña seductora le gustaba ese ligero toque de dolor, y que le ponía que la forzara o la obligara a ir más allá.

—Duele, papi —se quejó.

—Lo sé, cielo, pero ya casi está. Quieres estar preparada para cuando papi te folle de verdad, ¿cierto, cariño? —Consiguió introducir el último tramo de vibrador, dejando apenas el tope asomado al exterior—. ¿Ves?, ya está dentro del todo, aprieta el culo y no lo dejes salir. —La acarició con suavidad, antes de obligarla a alzar la cabeza tirándole de los cabellos para tomar su boca—. Es hora de empezar a contar, cielo. Ya sabes cómo quiero que lo hagas: alto y fuerte, pero sin chillar.

Pedro le sacó el vibrador casi del todo y le dio la primera palmada, recreándose en su sonido, en la forma en que su carne se movía y su mano dejaba una estampa colorada que contrastaba sobre tanta blancura.

—¡Uno!

Juguetó un poco con el vibrador, follándola con él, y le acarició el trasero tomándose su tiempo para darle la segunda cachetada.

—¡Dos!

Cuando el doce reverberó en la habitación de forma temblorosa y las primeras lágrimas empañaban las mejillas de Lucy, Pedro estaba impaciente por hundirse en ella. No le excitaba el hecho en sí de pegarle, aunque le gustara verle el culo marcado, sino el juego, la forma en que ella se entregaba en aquellas escenas permitiéndole hacer lo que quisiera, como si de verdad fuera su amo y señor.

Era consciente de que para ella era poco más que una moda pasajera que deseaba experimentar, pero ¿qué más daba? Tenía un cuerpo joven a su entera disposición y antojo y, ya de paso, otra forma de controlar los movimientos del juez. Si solo duraba unos meses más, entonces que así fuera. Él no era un hombre que desaprovechara las oportunidades.

—¡Trece!

Pedro trazó círculos alrededor de su resbaladizo clítoris mientras decidía qué tramo de piel le quedaba aún por teñir. Por los gemidos y meneos cada vez más desesperados, dedujo que ya estaba muy cerca del orgasmo. Le recordaba a su madre en eso, pocas mujeres de las que había conocido eran capaces de correrse con tanta facilidad. Malena, sin ir más lejos, era todo lo contrario en ese aspecto. Empujó el pequeño monstruo de la culpabilidad a un rincón oscuro de su mente. No era el momento de pensar en su mujer. No iba a permitir que le arruinara el momento.

—¡Ay!

«¡Mierda! ¡Concéntrate! ¡Le has dado más fuerte de la cuenta! Tampoco se trata de abusar y que salga huyendo espantada».

—No te he oído contar, ¿quieres que lo repita?

—Ca... ca... tor...ce.

—Señor. La señora Silvia González ha llegado, ¿desea que la haga pasar a su despacho? —Saltó la voz de su secretaria por el interfono.

¡¿Silvia?! Pedro miró sobresaltado las desnudas carnes sobre sus rodillas, pero Lucy apenas parecía afectada. ¿No debería estar tan asustada y nerviosa como él?, ¿o es que simplemente estaba tan atolondrada por la situación que no se daba cuenta de que su madre estaba a punto de entrar y encontrársela en pelotas sobre su regazo?

—¡Un momento, señora Garrido, ahora la aviso!

Se levantó de un salto, casi tirando a Lucy al suelo en el proceso. Ignorando su mohín, corrió a por el abrigo tirado en medio del despacho. Miró alrededor por si había alguna otra prenda que debiera recoger y maldijo en su interior. Silvia estaba volviéndose un estorbo en todos los sentidos. Si no tuviera el poder que tenía sobre él, no le habría importado que lo encontrara con otra mujer, a ver si de esa forma lo dejaba tranquilo de una vez por todas.

CAPÍTULO 21



—¿De verdad pensabas hacerme esperar ahí fuera como a una clienta más, amor mío? —preguntó Silvia al entrar sin avisar.

Pedro se giró precipitado hacia ella y se dejó besar, demasiado paralizado para hacer otra cosa. Echó una ojeada tensa a la zona del escritorio, pero Lucy había desaparecido. ¿Se habría escondido en el baño? ¡Chica lista! Soltó aliviado el aire que había estado conteniendo y ocultó el abrigo detrás de su espalda.

—Sabes que no haría eso, Silvia. Estaba terminando una llamada y quería salir a recibirte.

—Mmmm... Y bien contento que ibas a saludarme por lo que veo —ronroneó ella restregándose contra su aún patente erección.

Incómodo, la besó y se apartó de ella.

—Estoy esperando una cita...

—¿Y no puedes posponerla? —preguntó sentándose en el sofá en vez de en una de las sillas.

El corazón de Pedro se detuvo durante cinco latidos cuando rodeó su escritorio para sentarse y se encontró a Lucy escondida debajo, dirigiéndole una de esas miradas intencionadas que delataban que tenía planes en mente. ¿Cuánto había captado de lo que había transcurrido entre él y su madre? ¿Y cómo era posible que no estuviera ni en lo más mínimo atemorizada?

—Ayer vino el inspector de hacienda a visitar a Jesús —le informó Silvia adoptando una de las posturitas de diva sexual que tanto le gustaba usar.

—¿Sí?

¡Mierda! Eso le interesaba. ¡Y vaya si le interesaba! Pero con la posibilidad de que Lucy se enterara de todo, no era el mejor momento para

mostrar cuánto. ¿Y cómo demonios iba a resolver esa dichosa situación sin meterse en un lío todavía más gordo? Formar un escándalo afectaría a su imagen profesional como abogado además de como político, sin contar que pondría al juez en su contra y con toda probabilidad tras su pista.

—Estuvieron encerrados en su despacho durante casi dos horas.

Aprovechó que Silvia estaba contemplándose las uñas para sentarse y tirar el abrigo debajo del escritorio. Las manos de Lucy estuvieron de inmediato recorriéndole la parte interna de los muslos. Frenó su avance sujetándola por las muñecas y le dirigió una mirada de advertencia, a la que ella respondió con un mohín y un brillo perverso en sus ojos.

—No sé cómo mi marido aún no ha descubierto que a través de la chimenea todas las conversaciones que hay en su despacho se pueden oír en mi dormitorio.

«¿Porque en su despacho solo se habla cuando está él y porque ha sido lo bastante inteligente como para encontrar una excusa para dormir en otro dormitorio?», pensó Pedro con sequedad. Sabía que ella estaba jugando al ratón y al gato, tentándolo para que le sacara la información.

—Bueno, no creo que tenga motivos para preocuparse por eso, eres su mujer, al fin y al cabo, ¿no?

—¿Ah, no? —Silvia cruzó sus piernas en una imitación de Sharon Stone lo suficientemente buena como para que pudiera averiguar que no llevaba bragas.

«De tal palo, tal astilla».

Cuando Lucy al fin comprendió que no podía zafarse de su agarre, comenzó a frotar la cara contra su regazo recordándole a una gata en celo. A Pedro le costó toda su fuerza de voluntad no apartar los ojos de Silvia.

Quizá no fuera tan mala idea después de todo que dejara a Lucy hacer lo que quisiera. A lo mejor, si estaba entretenida, no prestaba atención a la conversación que mantenía con su madre. En tanto Silvia tuviera algo que contarle estarían seguros. Soltó las manos de su pequeña Lolita, quien no perdió el tiempo para empezar a explorar.

Abriendo sus piernas para facilitarle el acceso a la golosina con la que parecía haberse obsesionado Lucy, se inclinó sobre el escritorio para quedar fuera de su vista.

«Bien, empecemos el juego, chicas. Ya estoy con el fango al cuello, es hora de que vosotras os revolquéis conmigo. La situación ya no puede ir a peor, ¿verdad?».

—¿Por qué iba a sospechar de ti? Eres una mujer entregada e intachable.
—Con las manos hizo un gesto de separación que Silvia entendió de inmediato. Con una amplia sonrisa abrió sus muslos y se mostró a él—. Cualquiera hombre se volvería loco por tener a una mujer así.

Ella se incorporó, pero Pedro movió con firmeza la cabeza. Tras un momento de duda en el que lo estudió como una tigresa a su presa, y que a él le subió el ritmo cardíaco a cien, volvió a relajarse en el sillón y comenzó a acariciarse de forma casual con la punta de sus dedos.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro de ello. —Él se forzó a sonreír y apretó un puño cuando Lucy no perdió el tiempo bajo el escritorio—. Aunque, sin duda, siempre habrá cosas nuevas que una mujer como tú pueda mostrarme, ¿verdad?

Mientras Silvia seguía hablando y masturbándose, Pedro estuvo dividido entre tomarse una Viagra o no. No estaba disfrutando como debería haberlo hecho de la situación, pero eso no le habría supuesto mayor problema mientras Lucy ponía todo su empeño en hacerle perder el control.

Sabía que no podía permitirse el lujo de correrse en la boca de Lucy, ya que Silvia no iba a cejar en su intento de follarlo hasta que él cediera y ella estuviera segura de que se había corrido, pero ¿cuánto le duraría su erección una vez que Lucy dejara de chuparlo? Lo que le llevaba a la siguiente cuestión: ¿cómo iba a deshacerse de esa niña sin que los descubriera la madre?

Lo más lógico era que buscara una excusa para llevar a Silvia a otra parte. Pedro tomó el taco de notas adhesivas y garabateó un escueto:

*Deberías ir poniéndote tu ropa mientras distraigo a tu madre.
Aprovecha para irte en cuanto salgamos del despacho.*

Le tomó por sorpresa que Lucy le quitara el taco y el bolígrafo de las manos cuando se lo enseñó de forma disimulada.

Treinta segundos después se lo devolvió. Su corazón dejó de latir y un intenso frío recorrió su cuerpo cuando leyó las letras algo infantiles de Lucy:

Mejor me quedo, así le podremos decir juntos que va a ser abuela.

¡No podía ser verdad! ¿Estaba Lucy insinuando que estaba embarazada?

Tenía que ser una broma de mal gusto, una forma de vengarse de él. ¡No podía ser! Ella le había dicho que tomaba anticonceptivos, y aun así, la mayoría de las veces se corría en su boca o en su culo y... joder, si fuera verdad, le jodería toda su carrera y su matrimonio y su vida...

Pedro tiró las dos notas usadas y escribió una nueva:

Quédate aquí en silencio hasta que regrese. Voy a llevármela a otra sala para que podamos hablar tranquilos.

En cuanto Lucy cogió la nota, Pedro se cerró la cremallera y se levantó precipitado. ¡Tenía que sacar a Silvia de allí a la de ya!

—Algo impaciente que nos hemos vuelto, ¿no? —Silvia rio incómoda cuando la cogió del brazo y prácticamente se la llevó a rastras de su despacho.

—No te haces una idea de cuánto —masculló Pedro cerrando la puerta de la sala de reuniones tras ellos para besarla con brusquedad y alzarle la falda—. Espera un segundo, se me han olvidado los preservativos.

Ella intentó retenerlo sujetándolo por la camisa.

—¿Y si los dejas olvidados donde están? —le propuso seductora.

Pedro no respondió, quitándose sus dedos de encima, le dedicó una helada sonrisa y se fue.

En cuanto entró en su despacho rodeó su escritorio.

—¡Regresaste! —Lucy se lanzó sobre él con una sonrisa radiante—. Sabía que me preferirías a mí, y que es a mí a la que quieres.

—Dime que lo que ponía en esa nota era una broma —dijo Pedro quitándose sus brazos del cuello.

La sonrisa de Lucy pareció flaquear un poco, pero negó decidida. Demasiado decidida para el gusto de Pedro.

—No, papi. Vas a ser papá de verdad.

—Yo ya soy padre de verdad, ¿recuerdas? Mi hija estaba en el mismo instituto que tú —le contestó con frialdad. Lucy dio un paso atrás y se abrazó—. Tengo que regresar con tu madre. Vístete y espérame. Hablaremos de esto cuando haya acabado con ella.

Lucy, de repente, alzó la cabeza y lo miró desafiante.

—Iré contigo.

—No se me ocurre ningún motivo por el que deba dejar que vengas.

—Si crees que voy a quedarme aquí esperando mientras tú vas y te follas a mi madre, entonces vas de culo —le espetó ella con un tono de voz chillón—. ¿Crees que no lo sé?, ¿que soy tan tonta como para no darme cuenta de los motivos por los que siempre venías a mi casa cuando mi padre no estaba y te encerrabas con ella en el despacho? ¿O que no veía el carmín corrido y la ropa desarreglada de mi ella siempre que tú andabas cerca?

«¡¿Qué?!». Él la miró boquiabierto.

—Y adivina qué. —Lucy se arrimó a él y se puso de puntillas para quedar cara a cara—. Os he visto follando juntos, y no solo una vez. ¿Por qué crees que te escogí como mi amante? Te quería para mí.

—¿Estás loca? —Horrorizado, Pedro dio un paso atrás; era imposible que alguien que soltara semejantes locuras pudiera estar en su sano juicio.

Lucy le propinó una bofetada.

—¡Jamás vuelvas a llamarme loca! ¡Soy la madre de tu hijo! Me debes respeto.

Pedro la cogió de las muñecas antes de que pudiera soltarle más guantazos.

—Se acabó, Lucy. Tranquilízate.

—Lo haré en cuanto hayamos ido a contarle a la puta de mi madre que estoy embarazada de tí y que vas a dejarla.

—No vamos a hacer nada de eso hasta que te hayas tranquilizado y recuperado el juicio —siseó, comenzando a enfadarse por su actitud histérica.

—¡Ja! Impídemelo. Si no lo hacemos juntos, lo haré yo sola. ¿O crees que no tengo el valor para enfrentarme a ella?

«¿Pretendes conseguir que tus padres me metan en la cárcel?».

Pedro no se lo pensó dos veces. Tenía que frenar esa locura de inmediato, conseguir que Lucy se callara, largar a su madre y luego tratar de razonar con ella. No estaba preparado para que la niña le jodiera su vida, y ni mucho menos para hacer de padre a estas alturas de su vida.

La besó, acallando sus protestas y tratando de recuperar la suficiente cordura y tranquilidad como para no meter la pata manejando el asunto. Como era de esperar en Lucy, de inmediato se amoldó a él y le devolvió hambrienta sus besos. En el fondo, no le hizo sentir mejor, solo preguntarse cómo no había sido capaz de ver antes lo inestable que era aquella criatura.

—¿Me quieres?

—Sabes que sí, papi —murmuró buscando de nuevo sus labios.

Pedro la separó para mirarla con intensidad.

—Entonces créeme cuando te digo que tú eres mucho más importante para mí que ella, y que jamás la he deseado tanto como te he deseado a ti.

—Pero...

Pedro le puso un dedo sobre los labios.

—Iré a deshacerme de ella y luego regresaré para demostrarte lo que me provocas. —Se acercó a su oído y bajó la voz—. Y para recordarte que eres mía. ¿Te gustaría eso, princesa? —Esperó a que Lucy asintiera—. ¿Y me esperarás desnuda y dispuesta para mí?

—Sabes que sí, papi.

—Mira lo que ocurre cuando me llamas así, cielo. —Pedro le cogió la mano y se la llevó a la entrepierna, arrancándole una enorme sonrisa a la chica.

La volvió a besar antes de quitarse el cinturón y mostrárselo. Por un interminable momento, Lucy pareció pensárselo, pero al final se giró y echó los brazos hacia atrás para que pudiera atarla.

—Ponte de rodillas delante del sofá y apóyate en él.

Pedro fue al escritorio a por el rollo de cinta adhesiva y lo usó entero para poder sujetarle los tobillos. Se aseguró de que el vibrador siguiera alojado en su trasero y le subió la intensidad, haciéndola gemir. Tras besarla, usó sus bragas para llenarle la boca y el sujetador como mordaza.

—Estás preciosa así. ¿Y de verdad crees que quiero perder el tiempo con la arpía de tu madre, consciente de que estás aquí esperando por mí? —preguntó Pedro apartándole un mechón de pelo del rostro—. ¿Sabes en qué estaré pensando mientras hable con ella? En ti, en esos labios hinchados en los que me quiero enterrar y en ese trasero que estará listo para cuando regrese. ¿Lo recordarás?

Lucy asintió. Pedro sonrió cuando al girar un poco el vibrador sus gemidos sonaron casi como los maullidos de un gatito. Con un último beso en la frente se levantó y salió, dejándola allí.

Tras cerrar la puerta con llave y guardársela en el bolsillo del pantalón, dio un profundo suspiro. La hija estaba fuera de juego, ahora le tocaba ir a por la madre. Y esa seguro que no iba a reaccionar como un lindo minino.

CAPÍTULO 22



—¡No pienso permitirte que me eches sin más! —espetó Silvia alterada.

Pedro carcajeó, aunque en su fuero interno no se sentía tan seguro. ¿Qué haría si era verdad que Lucy estaba preñada? Dudaba mucho que Silvia se lo tomara bien.

—No es tu decisión, sino la mía. Es mi despacho, y ya te he dicho que hoy no estoy de humor para complacerte —se burló disimulando su terror interno.

Silvia se giró hacia él, observándolo con una frialdad que le puso los vellos de la nuca de punta. Todo rastro de su anterior furia parecía haberse evaporado. Pedro llevaba el suficiente tiempo ejerciendo de abogado como para saber que eso no era una buena señal.

—¿De verdad pensaste que soy una zorra tan desesperada por los patéticos polvos que has estado echándome que no me daría cuenta de en qué líos estás metido?

—¿De qué estás hablando? —Su piel se había puesto de gallina.

Ella echó la cabeza hacia atrás y rio de forma estridente.

—Oh, ¡venga ya! Los dos sabemos de lo que estamos hablando. Estás metido hasta el cuello en el caso de «Los ángeles caídos» y de «Carfarh».

—¡No sabes lo que dices! —Pedro tragó saliva.

¿De dónde demonios había sacado esa información? Estaba seguro de que nunca se lo había mencionado, y tampoco le había preguntado nunca de forma directa sobre esas investigaciones.

—Por supuesto que lo sé. ¿De verdad pensaste que me fiaba de ti y que te contaba todo lo que sabía, o que mi marido es mi única fuente de información? Ese viejo es tan tonto que teniendo una flecha luminosa frente a

sus ojos no es capaz de ver en qué dirección señala.

Estuvo por negarlo, pero no era tan estúpido como para no reconocer que la seguridad de Silvia no era fingida. Pedro se dejó caer en una silla y se echó atrás estudiándola. ¿Qué era mejor? ¿hacer que se largara, o rendirse y echarle el polvo que había venido a buscar? Lucy no estaba en posición de darle problemas por el momento, y siempre podía arreglar las cosas con ella luego.

Pedro soltó un resoplido. Todo este tiempo había pensado que, en el fondo, era él quien tenía la sartén por el mango con Silvia. Había pecado de ingenuo. Ella había sabido muy bien lo que se hacía y lo peor era que con toda seguridad había jugado con él por algo más que por simple sexo.

—¿Qué quieres de mí?

Los labios femeninos se estiraron en una sonrisa helada.

—¿Tan rápido te rindes, mi querido Pedro?

Él encogió los hombros. ¿Qué podía contestar? ¿Sí, mi reina todopoderosa? No era de los que perdía el tiempo en discusiones inútiles y, puestos a elegir, prefería enfrentarse al mosqueo de Lucy que al de su madre.

—Dilo de una puta vez y terminemos con esto —masculló entre dientes.

—Me has estado utilizando como a una puta barata, de modo que, a partir de ahora, tú serás la mía. —Silvia alzó un dedo antes de que pudiera mandarla a la mierda—. ¿Recuerdas los documentos que firmaste con Quintero autorizando la cesión de los derechos de producción de la planta de reciclado a un precio irrisorio? ¿El dinero de las entradas de las exposiciones de Carfarh que nunca llegó a entrar por la intervención del Ayuntamiento? ¿Pensaste que solo me estaba tirando un farol? —Rio, sin duda adivinando cómo su corazón se había desencajado de su sitio para deslizarse hasta sus huevos—. Tengo fotocopias y pruebas de eso y más, y otro tipo de documentación que completaría el rompecabezas que está tratando de rellenar mi marido.

Las fuerzas lo abandonaron por completo. La única buena noticia era que estaba sentado y que sus temblorosas piernas no iban a dejarlo caer al suelo.

—Si lo que quieres es dinero, no puedo darte mucho ahora mismo. La mayor parte de las ganancias se las llevaron Posadas y Moreno. Comparado con ellos, yo no me llevé apenas nada, y lo que tengo está invertido.

—Sí, ya descubrí hace tiempo que no eras más que el pez pequeño al que usaron para forrarse y a quien echar a los lobos en caso de que todo saliera a la luz. Pero no te preocupes, tengo otras fuentes de ingresos mucho más

interesantes de las que tú podrías proporcionarme.

—¿Qué?

—¿Tanto querer usarme para vigilar a mi marido, y nunca te fijaste en que vivo muy por encima de las posibilidades que el digno sueldo de un juez podría darme? —se burló de él.

«¡Hija de puta!». Tuvo ganas de darse de chocazos contra la pared por lo ciego e idiota que había sido.

—Entonces ¿qué demonios quieres de mí?

—Ya te lo he dicho: vengarme. A partir de ahora y hasta que me canse de ti, serás mi puta barata.

—¿Qué significa eso? —Pedro tuvo la sensación de que no sería nada bueno.

—Significa que me perteneces y que estarás para complacerme siempre que te diga que lo hagas.

—No seas ridícula. No voy a ser tu esclavo. Acabas de afirmar que tú también estás metida en esas historias.

Silvia le sonrió, acercándose parsimoniosamente a la silla de director al otro lado de la mesa de reuniones y se sentó con las piernas cruzadas.

—Cariño, yo tengo docenas de pruebas que te meterían en la cárcel en cuestión de cuarenta y ocho horas, que destrozaban tu vida y la de los tuyos y que, ya de paso, arrastrarían a unos cuantos de tus compañeros de partido. ¿Qué tienes tú contra mí?

Pedro tragó saliva, se levantó y fue a la ventana para alejarse de ella.

—¿Qué me garantiza que no usarás esas pruebas de todas formas?

—Nada. Pero ¿por qué perder a mi esclavo personal si no tengo otra cosa mejor que ganar? —Cuando no replicó, ella le envió un beso burlón—. Ya está bien de cháchara, tengo planes para el resto del día. ¡Desnúdate y ponte de rodillas!

—¡¿Qué?!

—Putita barata, ¿recuerdas? ¿O prefieres que te llame *perra*?

Pedro se encogió. No conocía ese aspecto de Silvia, que fuera capaz de dar órdenes sin siquiera pestañear o, incluso, que sus fantasías sexuales pudieran ir más allá de los polvos rápidos a espaldas de su marido con los que se había conformado hasta ahora. Se encontró dividido entre reír y marcharse dejándola a solas o seguir sus caprichos.

¿Hasta dónde sería capaz de llegar? Viendo su mirada decidida, podía reconocer que no era ninguna broma para ella, que pensaba muy en serio

usarlo como su esclavo sexual o denunciarlo si no accedía.

Ya se la había follado otras veces sin ganas, presionado por sus jefes para que consiguiera mantenerse al tanto de la información. Pero aquello era algo completamente diferente. No era un juego como el que existía entre Lucy y él. Aquello iba muy en serio y, en el fondo, muy en el fondo, eso le excitaba incluso en contra de su voluntad.

CAPÍTULO 23



Malena tomó una profunda inspiración y recordó todos los motivos por los que valía la pena salvar su matrimonio: la felicidad, la risa y las confidencias que habían compartido al principio; el amor que ambos profesaban a Gloria; la calidad de vida que podía ofrecerle... pero, entre todas y cada una de esas razones, no dejaba de aparecerle la imagen de Adrián en su mente: Adrián abrazándola, haciéndola reír, preparándole algo de comer, Adrián cogiéndole la mano por debajo de la mesa...

Cerró los ojos cuando los recuerdos invadieron su memoria.

—¿No pensabas despedirte de mí? —La voz de Adrián había sonado decepcionada desde el umbral de la puerta.

Malena tomó una profunda inspiración antes de girarse hacia él.

—No sé cómo fingir que no me importa que te vayas —le había confesado con quemazón en los ojos.

Adrián entró a la biblioteca y cerró la puerta tras él.

—Entonces no finjas. Necesito saber que te importa.

Ella trató de sonreír, pero en cuanto la abrazó refugió el rostro en el hueco de su cuello con un gesto desesperado.

—Deberías saberlo a estas alturas.

Adrián la apretó más fuerte a él.

—¿Te arrepientes de lo que ha pasado entre nosotros?

Ella negó tragándose el nudo en su garganta.

—Me arrepiento más de todas aquellas cosas que no llegamos a hacer.

Echándose atrás, le cogió el rostro para mirarle a los ojos.

—¿Qué cosas te habría gustado hacer? Nunca me dijiste nada sobre eso. Malena encogió los hombros.

—Cosas. No habría sido natural que las hubiéramos forzado todas yendo contra reloj.

—Dame un ejemplo.

—Bailar. Te has dado cuenta que nunca hemos bailado juntos.

—Eso aún tiene solución —sonrió Adrián, soltándola para ir al escritorio y abrir su portátil. Cuando apareció la pantalla de inicio, alzó las cejas y se frotó el cuello—. Le has puesto contraseña.

A ella se le escapó una carcajada.

—Fuiste tú quién me aconsejó que la pusiera.

—Tengo que tener más cuidado con las cosas que te digo. Ahora ya no podré espiarte. Quería que lo protegieras ante los demás, no ante mí —le confesó con una mueca.

Malena rio.

—Liberada.

Adrián frunció el ceño.

—¿Qué?

—Liberada. Es la contraseña.

—Ah. —Adrián lo tecleó y entró en internet. Pronto la biblioteca se inundó de una conocida canción de Ed Sheeran—. ¿Te gusta?

Ella asintió. Cuando regresó a su lado le ofreció la mano. Malena la aceptó y se refugió en sus brazos mientras la guiaba con pasos lentos y rítmicos. Apenas se movían del sitio, pero le bastaba sentir su calor y su profunda voz en tanto le cantaba por lo bajo algunas estrofas de la letra.

En aquel momento se había sentido más unida a él que en todas las semanas que habían pasado juntos. Había algo calmante y prometedor en aquella conexión, en la que la comprensión, el compañerismo y el cariño se combinaban con la tristeza y la inevitabilidad de saber que se había acabado.

Fue su despedida y de alguna forma consiguió aceptarlo.

Cuando sonaron las últimas notas, Adrián le levantó la barbilla y la obligó a mirarle.

—Haremos una lista con todas aquellas cosas que se nos quedaron en el tintero y cuando regrese...

—Cuando regreses haremos como si nada hubiera ocurrido jamás —

sonrió Malena con tristeza—. Yo estoy casada y tú tienes novia. Los dos sabíamos que esta relación tenía fecha de caducidad y que no tenía futuro, no tiene sentido hacer planes para algo que no ocurrirá jamás.

Adrián apretó la mandíbula, pero en vez de contestar apoyó su frente en la de ella.

—Me resisto a creer que esto pueda acabar así sin más.

—Debe hacerlo. En este mundo no hay cabida para relaciones como la nuestra.

Tras un largo silencio, Adrián alzó la cabeza y la miró con una sonrisa amarga.

—¿No es curioso que todo acabe en el mismo lugar en el que empezó?

Ella miró a su alrededor. Tenía razón. Todo había comenzado en aquella habitación el día en que él la pescó escribiendo aquellas notas. ¿Había sido algún tipo de broma del destino?

Adrián la cogió de la mano y la llevó hasta la puerta de la terraza, colocándose detrás de ella mientras ambos contemplaron el paisaje agreste de las dunas.

—¿Lo recuerdas? Aquí te entregaste a mí la primera vez. Aún recuerdo cómo temblaba por dentro y lo preciosa que estabas. Tenía miedo de no estar a la altura y que acabaras riéndote de mí.

—¿Reírme de ti? ¿Cómo iba a hacer eso si...?

Adrián no le permitió que girara la cabeza para mirarlo.

—Jamás olvidaré lo que me diste aquella noche, ni todos los momentos que vinieron después —le susurró al oído—. ¿Y tú, tía? ¿Los olvidarás?

Ella había cerrado los ojos cuando le tocó enfrentarse a la verdad. «No en lo que me quede de vida».

Ni siquiera el estar vestida o el fuerte viento frío que corría, fueron capaces de hacerle olvidar las sensaciones de aquella primera experiencia en la que la suave brisa marina había acariciado su piel desnuda mientras lo había esperado.

—No te olvidaré, Adrián. Te lo prometo.

Cuando no recibió respuesta se había girado, solo para encontrarse con la habitación vacía. Adrián se había ido.

«¡Basta! Ya ha pasado, Adrián no está. Nunca fue una relación que pudiera sobrevivir. Por muy cariñoso que fuera, nunca dejó a su novia y, además, ¿de

verdad crees que no hubiera acabado por fijarse en mujeres de su edad o incluso más jóvenes? ¿Qué crees que habría pasado cuando te salieran más arrugas y tus tetas te llegaran al ombligo?».

Se puso una mano sobre el pecho y se obligó a ser racional. Pedro era su presente y también su futuro, eran amigos, tenían casi la misma edad y él era también quien podía darle estabilidad.

Sí, lo admitía, soñaba con un hombre que la amara y que la cuidara y a quien ella pudiera corresponder, pero... ¿su lío con Adrián no le había dejado ya lo bastante claro que la vida no te ofrecía las relaciones perfectas en bandeja de plata?

Lo mejor para todos era que se olvidara de Adrián y que intentara arreglar las cosas con Pedro, y si no funcionaba... pues nada, le tocaría aprender a buscarse la vida de nuevo por su cuenta. Lo había hecho antes y podría volver a hacerlo.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno». Malena tomó aliento y abrió la puerta de las oficinas de Pedro. Había llegado hasta allí y no iba a echarse para atrás en el último momento por sus inseguridades.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo...? —La sonrisa de la secretaria se congeló en el instante en que la reconoció—. ¡Señora Jamilla! ¿Qué la trae por aquí?

Malena no supo qué le resultaba más molesto, si la falsa alegría de la mujer o que le preguntara semejante estupidez.

—Vengo a ver a mi marido. —Se forzó a sonreír—. No necesita anunciarme, ya sé el camino.

—¡No, espere! ¡No puede pasar! —La secretaria se levantó de un salto y se interpuso en su trayectoria—. El señor Jamilla me dio órdenes estrictas de que nadie lo molestara. Está... reunido.

Estuvo por apartar a la mujer y recordarle que era la esposa de su jefe, pero al final optó por tranquilizarse. Quizá estuviera con un cliente importante y ella, después de todo, no tenía prisas, había venido a invitarlo a cenar. Podía esperar, y era más que razonable que Pedro tuviera que terminar con esa reunión antes de poder marcharse.

—De acuerdo, avísele entonces de que estoy aquí.

La secretaria asintió, pero cuando fue a su escritorio no dejó de echarle ojeadas desconfiadas, como si no se fiara de ella y pensara que iba a salir corriendo al despacho de Pedro de un momento a otro. Malena cruzó los brazos en el pecho y no se movió del sitio hasta que la mujer, por fin, apretó

el botón del interfono.

—¿Señor Jamilla? ¿Señor Jamilla?

—¿Qué ocurre, señora Fuentes? Creí que le había dejado claro que no quería que me molestaran —gruñó una voz ronca al otro lado de la línea.

—Disculpe la interrupción, señor. Su esposa está aquí esperándolo.

Ambas se miraron incómodas durante el largo silencio que se produjo.

—Dígale que ahora mismo no puedo atenderla. Que me espere en casa.

El corazón de Malena dejó de latir. ¿Acababa de largarla delante de su secretaria sin siquiera preguntar por qué estaba allí o bajar a preguntarle en persona? La lástima en los ojos de la secretaria no dejó lugar a dudas. Malena tragó saliva y mantuvo la cabeza todo lo alta que pudo.

—Dígale que prefiero esperarlo aquí —le comunicó a la secretaria, sentándose en una de las sillas de recepción.

No tenía ni idea de qué iba a decirle a Pedro cuando la viera, pero si había algo que tenía claro, era que esa noche o acababan haciendo el amor, o comenzaba a planificar una nueva vida lejos de él.

Después de veinte minutos, Malena estaba tan distraída ojeando fotos de Instagram en el móvil que cuando oyó la voz áspera y exigente de su marido no pudo evitar dar un respingo.

—¿Qué demonios haces aquí? Pensé que mi secretaria te había dejado claro que hoy no tenía tiempo para ti.

Lo que Malena pensaba decirle se quedó atascado en su garganta. El dolor que sintió superó con creces a la humillación.

Pálido, con los labios apretados en una fina línea y los brazos cruzados sobre el pecho, Pedro esperó su respuesta.

Si pensó que la situación no podía haberse puesto peor, se equivocó. El ascensor pitó avisando que iba a abrir sus puertas. Una señora elegante salió y alzó una ceja al verlos. Malena se congeló por dentro cuando los labios de la rubia se curvaron en una sonrisa victoriosa.

—Lo siento. Se que querías que te esperara, pero me temo que tengo cosas más importantes para hacer. Ya te avisaré cuando tenga tiempo de verte de nuevo —le explicó la mujer a Pedro con una mano sobre su brazo.

Ni siquiera en una tumba podía haber tanto silencio como el que dejó tras de sí la mujer cuando la puerta se cerró tras ella. Malena se puso de pie, mirando de la puerta a Pedro y viceversa.

—¡Vete! —siseó él.

No le contestó. No tenía con qué responder. Se sentía total y

absolutamente vacía por dentro.

Indiferente al frío helado del exterior, huyó apresurada de las oficinas. Llegó sin aliento a la esquina de la avenida, deseando dejar atrás la pesadilla que acababa de vivir.

No había nada más que pensar, ni nada más por hablar. Pedro acababa de poner punto y final a su matrimonio, y solo para confirmarlo y hacerlo más real, hizo lo que no había hecho desde el día en que Adrián se había marchado. Sacó el móvil y buscó en la lista de contactos antes de pulsar la llamada.

—¿Ramón? Soy Malena, la... tía de Adrián. ¿Estás ocupado?

CAPÍTULO 24



Encontró a Lucy tendida en un pequeño charco a medio camino del aseo. Sollozaba desesperada y, a deducir por los hinchados ojos rojos y el rímel corrido que cubría sus mejillas, llevaba ya algún rato así.

Incapaz de reaccionar a su sufrimiento, Pedro se sentó en silencio y la observó mientras ella le pedía con gemidos ahogados y los ojos llenos de lágrimas que la liberara. No se sentía preparado para enfrentarse a su enfado de momento. Le dijera lo que le dijera, ella tendría razón. Él era culpable de todo. Era un cabrón hijo de puta. Se había convertido en el tipo de hombre que se merecía que lo encerraran de por vida. Lo asumía, pero no quería oírlo. No en aquel instante.

Habría dado hasta el último céntimo de su cuenta bancaria por una botella de coñac o de lo que fuera que tuviera alcohol y le hiciera olvidar. Debería haber repuesto la botella que se cargó el otro día.

Silvia lo había usado a su antojo por casi dos horas. Le había engañado. No es que lo hubiese usado como a una puta, lo había usado como a un puto objeto sin voluntad, y lo que era aún peor, él no solo la había dejado, sino que lo había disfrutado.

La muy cabrona, no conforme con arrancarle el mayor orgasmo que podía recordar desde hacía mucho tiempo, lo había obligado a correrse para ella una y otra vez, aun cuando pensaba que era imposible que pudiera hacerlo de nuevo, y aunque cada eyaculación fuera acompañada por dolor en vez de por placer.

Su cuerpo se sentía como una gelatina, sin fuerzas y sin voluntad. Y, Dios, ¿por qué Malena había tenido que venir precisamente cuando más débil y vulnerable se encontraba, cuando no había tenido la capacidad de pensar

con lógica y tenía demasiado miedo a que descubriera la vergüenza de su humillación o a Lucy desnuda en su despacho?

Se pasó una mano temblorosa por los ojos tratando de aliviar su escozor. ¡Joder!, ¿cómo podía haberse metido en tanta mierda?

Al mirar a Lucy aún sollozando con el corazón encogido, tomó una profunda inspiración. No era el momento de entregarse al victimismo. Ya tendría tiempo de hacerlo más tarde cuando estuviera solo. Ahora tenía que actuar como un hombre, el hombre que no estaba seguro que fuera.

Abrió la puerta del baño, se desvistió tirando la ropa sobre el lavabo, reguló el agua de la ducha y, después de poner el bote de gel en el suelo, regresó al despacho a por ella.

Era una suerte que echara cuenta a su ex hacía años y que, al reformar la vieja casa y convertirla en un despacho, dejara tanto la ducha como el vestidor, para no tener que regresar al pueblo cada vez que necesitara cambiarse para asistir a un evento o reunión.

En cuanto cogió a Lucy en brazos, esta empezó a removerse en protesta. No iba a ponerle las cosas fáciles y la comprendía. Pedro apretó la mandíbula y sus músculos se tensaron para no dejarla caer.

Se sentó con ella en el plato de ducha y apoyó la cabeza en la pared, intentando centrarse en la llovizna de agua caliente cayendo sobre su piel mientras se limpiaban las bochornosas huellas de Silvia y sujetaba a Lucy contra él, esperando que se cansara de luchar y comenzara a relajarse.

No supo cuánto tiempo pasó antes de que la dulce chica entre sus brazos se apoyara indefensa en su hombro y simplemente se pusiera a llorar sin más.

—Lo siento. No importa lo que pueda decirte o cómo pueda decírtelo, no tiene perdón lo que he hecho, y por más que me disculpe, no será nunca suficiente. —Tragó saliva antes de seguir—. Si cuando salgamos de aquí quieres denunciarme, yo mismo te llevaré a la comisaría para que puedas hacerlo. Es lo que me merezco y no voy a tratar de convencerte de lo contrario. Lo único que te pido ahora mismo es que me dejes abrazarte y pedirte perdón.

Le quitó la mordaza improvisada que le había puesto y la tiró a una esquina de la ducha. Ella hundió su rostro en su cuello, pero no trató de apartarse de él.

—¿Y mi madre? —preguntó sin levantar la cabeza y tan bajo que Pedro apenas la oyó.

—Se fue.

—¿Te la follaste?

—No. —«Fue ella la que me folló a mí».

—Intenté llegar al baño... esperé y esperé... y no pude aguantar más.

Pedro la abrazó más fuerte.

—Lo sé, cielo. Fue culpa mía, no tuya.

—¿Por qué tardaste tanto? —preguntó con apenas un hilo de voz—. Me prometiste que te desharías de ella y vendrías a por mí.

Pedro llenó sus pulmones de aire antes de hablar.

—Discutí con tu madre y luego también vino mi mujer. No podía dejar que entraran al despacho y te encontraran así. Tú no te mereces quedar expuesta en una situación tan humillante por mi culpa. El día que te presente como mi pareja será por todo lo alto —mintió, incapaz de contarle la verdad.

—¿Lo hiciste para protegerme? —Los enormes ojos de Lucy estaban llenos de un silencioso ruego para que se lo confirmara.

—¿Acaso te extraña? —preguntó dándole un beso en la frente.

Lucy pareció pensárselo, pero acabó acurrucándose contra su pecho.

—No dejes que nada ni nadie se interponga entre nosotros.

Pedro pensó en Malena, pero los recientes recuerdos de Silvia eran aún más fuertes que los sentimientos por su mujer. ¿De verdad le había dicho que era suyo? Sintió el calor subirle otra vez al rostro al recordar las palabras exactas que había usado.

«Soy tuyo, mi ama, soy tu puta para hacer conmigo lo que desees».

El carcajeo de Silvia aún resonaba en sus oídos.

«Oh, no te preocupes, cielo, es exactamente lo que pienso hacer».

Lucy y él, permanecieron abrazados y en silencio por largo rato antes de que cogiera el bote de gel de baño y se lo enseñara.

—¿Puedo lavarte?

Cuando asintió, se llenó la palma para comenzar a embadurnarla con largos trazos que parecían calmarlos a los dos.

No se dio cuenta de que ella estaba empezando a excitarse hasta que comenzó a enjabonarle los pechos y casi gimió a la par de ella al pasar por encima de sus duros pezones. ¡Joder! ¿Cómo podía esa criatura pasar de la más absoluta desesperación a estar excitada, así sin más? ¿Y qué iba a hacer ahora? No es que no quisiera complacerla si le pedía que la follara, y la Viagra aún le tenía tieso como un tronco a pesar de los abusos de Silvia, pero si bastaba el contacto del agua caliente para que le escociera horrores, echar otro polvo quedaba descartado.

Vertió más jabón, dedicándole tiempo a sus pechos, dejando que sus manos se deslizaran sobre ellos, amasándoselos, jugueteando con sus pezones, pellizcándolos, tirando de ellos con la fuerza justa para darle ese punto de dolor que la hacía gemir y arquearse.

Con la mano descendió por su estómago y dejó que el agua enjuagara el jabón de sus senos antes de bajar la cabeza para chuparlos. Sus dedos se perdieron entre los resbaladizos pliegues en el mismo instante en que rodeó uno de sus pezones con los labios y chupó, y Lucy arqueó la espalda como si la hubiera alcanzado un rayo.

Era fácil complacerla con su boca cuando lo azuzaba con sus jadeos ahogados. Le gustaba tener sus resbaladizas carnes desnudas frotándose contra él como una sirena en pleno éxtasis, y existía una cierta sensación de poder en saber que se retorció en placer y necesidad por él.

Recordó las expertas manos de Silvia sobre su cuerpo, extrayéndole el placer en contra de su propia voluntad. La vulnerabilidad y entrega de estar a su disposición sin poder moverse. La forma en que su cuerpo le pertenecía más y más, a medida que el bochorno y la humillación desaparecían para dar lugar a un estado de absoluto abandono.

Lucy dio varias sacudidas fuertes justo antes de que la cabina se inundara con los gritos de su orgasmo. Pedro siguió masturbándola, aunque verla relajarse satisfecha en sus brazos despertó una parte rebelde y vengativa en él. No quería verla complacida y satisfecha sin más. Quería de ella la misma entrega desmedida que él le había dado a su madre, que se sintiera morir de placer, que su cuerpo dejara de pertenecerle y que en su mente solo existiera él y el deleite que estuviera dispuesto a concederle.

La tendió en el suelo para alcanzar la alcachofa de la ducha. Lucy abrió los párpados y siguió curiosa cómo la desenroscaba del tubo de goma. Abriéndole las piernas, se arrodilló ante ella. Con la mano izquierda le abrió los labios exteriores y dirigió el chorro sobre su clítoris. Sabía que su sonrisa era cruel cuando los ojos de Lucy se abrieron de par en par y su boca se abrió soltando ahogados ¡ahhh!

No la perdió de vista al mover el chorro de agua en pequeños movimientos zigzagueantes, y siguió sus movimientos cuando ella quiso escaparse de la intensa sensación del chorro.

Era consciente de que la mejor forma de hacerlo habría sido con los labios genitales algo cerrados, protegiéndola de la fuerza del agua. Malena se había masturbado así las suficientes veces mientras la follaba en la ducha

como para saberlo por experiencia, pero no se trataba de darle simple placer, se trataba de arrancarle orgasmos de la misma forma en que se los habían arrancado a él: involuntarios, indefensos, al límite del placer y el dolor, y siendo él el poseedor absoluto de todos y cada uno de ellos.

Su vientre se contrajo al oírla gritando su primera ola de éxtasis, pero no paró ni se conformó con ello. Se mostró implacable, viéndola contorsionarse orgasmo tras orgasmo. Se sucedían de forma casi continua, sin tiempo para relajarse o recuperarse.

—¡Oh, Dios! ¡Por favor! ¡No puedo más! ¡Oh, oh, oooohhhh!... No puedo más...

—¿Dios? ¿Me acabas de convertir en tu dios?

—Papi, papi, papiii ooh... oh... ohhhh...

—Dime, bebé, ¿qué quieres de papi?

—Yo... ahhhhh, ah, ahhhh... ¡Para!

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque no puedo más. ¡No puedo!

—Hagamos una cosa. —Pedro trazó círculos más lentos y grandes con el chorro para permitirle pensar—. Voy a darte una palabra segura para que puedas hacerme parar cuando quieras. Cuando la uses, yo me detendré de inmediato y te dejaré tranquila. Es tan segura que jamás volveremos a jugar a estas cosas. —Le levantó las piernas para apoyarlas en sus hombros y las besó con suavidad—. Tu palabra segura es rojo. ¿Quieres usarla para que pare? Sabes que puedes hacerlo cuando quieras, y que cumpliré con lo que te acabo de prometer. Dime, bebé, ¿vas a decir rojo?

Lucy negó mordiendo los labios.

—En ese caso, papi quiere que te sigas corriendo para él y que no pares de chillar y rogar haciéndole saber cuánto te gusta. ¿Harás eso por mí, cielo? —preguntó con suavidad, no perdiéndose cómo el negro de las pupilas de Lucy se había extendido tanto que el azul de sus iris apenas formaba un arco, ni que su respiración se había vuelto rápida y superficial—. ¡Empieza!

Ella echó la cabeza atrás soltando un largo jadeo, aunque le mantuvo la mirada.

—Te deseo, papi, te deseo como no he deseado jamás a nadie. Te deseo así, fuerte y exigente, que me folles hasta no saber dónde termino yo y dónde empiezas tú. Quiero sentir que tu polla me atraviesa y que me hagas gritar. Quiero que me hagas tuya y que no me dejes olvidar nunca que te pertenezco y... aaaaahhhhh...

¡Joder! ¡A la mierda su verga escocida! ¡Quería follarla exactamente como le había pedido que lo hiciera!

Con los pies de ella aún sobre sus hombros la penetró con ímpetu, ignorando el escozor. Los gritos extasiados de ella reverberaban en la cabina de ducha a medida que él la embestía, y su vagina lo apretaba y aprisionaba con cada nuevo orgasmo. La mantenía sujeta por sus piernas para que con la fuerza de sus empujes no acabara golpeándose contra la pared, pero esa fue la única concesión que le dio para protegerla de su propio descontrol.

Podía sentir su orgasmo acercándose. Quizá se hubiera equivocado cuando pensó que Silvia lo había ordeñado y dejado seco para el resto de sus días. Aun así, necesitaba algo más. Saliendo de Lucy, la giró poniéndola bocabajo y, levantándole las caderas, la ayudó a ponerse de rodillas. «¡Preciosa!», pensó al verla tendida e indefensa sobre el suelo con el hermoso trasero dirigido hacia él. Situó la cabeza de la manguera entre sus pliegues.

—¡Cierra los muslos y mantenlos apretados para que no se mueva!

Abriéndole las nalgas descubrió el vibrador aún alojado en su interior, aunque a esas alturas ya no le quedaba batería. ¡Bien! Lo retiró con cuidado. No era tan ancho como él, pero al menos no tendría que empezar con todo el trabajo desde cero.

Le dio un par de lametadas antes de situarse y empujar. Cerró los ojos. Le encantaba esa resistencia a darle paso, el tener que abrirse camino mientras ella lo estrujaba en su estrecho pasaje.

Salió, lamió, le soltó un par de cachetadas.

—¡Relaja!

Empujó de nuevo, firme, constante, sujetándole las caderas para mantenerla quieta. Usó los pulgares para sostener sus nalgas abiertas con la intención de ver cómo entraba. Avanzó algo más. Con la punta hinchada ya atrapada en su interior se paró con los dientes apretados y le acarició la espalda.

—Vamos, relaja, bebé, déjame entrar...

—Shhh... duele, duele...

—¿Quieres que me salga?

—¡Nooo!

—¡Entonces abre!

La cachetada resonó más alta que la anterior. Se inclinó para quitarle la manguera de entre las piernas y retomar el control sobre el chorro. En cuanto lo hizo, Lucy apretó el trasero contra él.

—¡Eso es, bebé! ¡Eso es!

Ella gemía y se retorció tanto que Pedro dejó de pensar en cualquier otra cosa que no fuera él empotrado en el delicioso trasero y la necesidad de poseerla. Soltando la manguera, indiferente a cómo los salpicaba, se incorporó. Sujetando el cinturón, con el que le había atado los brazos, con ambas manos la alzó hacia atrás a la vez que comenzó a hundirse en ella fuera de control.

El sonido de sus cuerpos chocando lo rodeaba, al igual que los gemidos, jadeos y gritos de ambos entremezclados. Los goterones de sudor caían en sus ojos y sus piernas temblaban del esfuerzo, pero se negaba a parar, no hasta que gritara su nombre, no hasta que él mismo llegara a correrse.

«¡Maldita Silvia!».

—¡Pedro! ¡Oh, Dios, Pedro!

Luces blancas explotaron detrás de sus párpados y su cuerpo entero parecía estar vaciándose en su interior en un orgasmo tan doloroso que tuvo que apretar los dientes.

«¡Maldita seas, Silvia!».

Empleó sus últimas fuerzas para bajar a Lucy con cuidado al suelo. En cuanto los pechos femeninos tocaron el plato de ducha, se desplomó sobre ella. Permaneció así, sin poder moverse, aún duro y enterrado en Lucy que temblaba exhausta bajo él.

No le habría importado quedarse así por una eternidad con tal de no tener que moverse, ni de enfrentarse a la dolorosa tarea de salirse de ella. Finalmente, con la mandíbula apretada, se obligó a hacerlo de todos modos.

Sentándose contra la pared, la puso sobre su regazo y le quitó el cinturón. Ella se dejó caer contra su pecho como una muñeca de trapo. La única señal que quedaba de que fuera humana era su respiración alterada. La besó en la frente y le masajeó las señales que el cinturón había dejado sobre su piel.

—No dejarás que mi madre nos separe, ¿verdad, papi?

Pedro se estremeció. ¿Era una promesa que podía hacerle? ¿Qué quisiera hacerle? ¿Silvia se lo permitiría? Sus frías risas y burlas seguían retumbando en sus oídos como una amenaza, o quizá una promesa de hacer con él lo que quisiera. Aún ahora, avergonzado y temeroso ante lo que podía esperar de ella, sabía que acudiría a su siguiente llamada. No porque tuviera un arma apuntando a su sien, sino porque le había descubierto una parte de él que no sabía que existía y que lo empujaba hacia lo que podía ofrecerle.

Cuando Lucy le cogió la mano y se la puso sobre su barriga, Pedro echó

la cabeza atrás y apretó los párpados.

«¡Dios! ¿Cómo me has dejado llegar a esto?».

CAPÍTULO 25



Malena inspeccionó incómoda el desangelado salón que dejaba manifiesto que a su inquilino no le importaba demasiado la decoración... ni la limpieza. Dudaba mucho que entre aquel sitio y la casa de un prostituto barato hubiera mucha diferencia aunque, pensándolo, cabría esperar que un profesional cuidaría un poco más el entorno para su clientela.

—Siento el desorden. —Ramón encogió los hombros—. No esperaba visita hoy.

Ella asintió. En el fondo no importaba, estaba allí por lo que estaba.

—¿Sabes por qué he venido? —Fue directa al grano. No buscaba amor ni comprensión, solo desahogarse y sentirse mejor con respecto a lo que le había hecho Pedro.

—Puedo imaginármelo —le respondió con una media sonrisa.

—Dilo para que no haya malentendidos —exigió, extrañándose a sí misma por la determinación que percibió en su voz.

—Quieres que te eche un polvo, ¿no? —Él la recorrió con una mirada oscura al tiempo que una parte de su anatomía comenzó a despertarse bajo sus holgados pantalones de pijama.

—Más o menos, sí —admitió ella.

—¿Más o menos? —Ramón frunció el ceño—. ¿Qué significa eso?

—Significa que no quiero que me echés un polvo, sino que quiero echártelo yo a ti. Significa que no busco romanticismos, ni palabras bonitas, ni siquiera fingimientos. Quiero desahogarme, correrme y olvidarte tan pronto como salga por la puerta.

Cuando se quedó contemplándola boquiabierto, ella se volvió consciente de la burrada que acababa de soltar, pero no fue capaz de sentirse culpable

por ello, era nada más que la pura verdad. ¿No era así como hacían los hombres las cosas? ¿De forma directa y sin contemplaciones? ¿Acaso por ser mujer estaba obligada a actuar de forma diferente?

Ramón alzó ambas manos en señal de rendición.

—Aquí estoy para que la señora me use a su antojo —dijo con una amplia sonrisa.

—¿Dónde está el dormitorio? —preguntó ella sin hacer siquiera el intento de responder a su gesto.

Malena soltó un suspiro al mirar la cama deshecha, las latas de refresco vacías en la mesita de noche y un condón usado asomando bajo la cama.

—¿Tienes sábanas limpias?

Él asintió y fue al ropero de donde las sacó de un cajón.

—Ponte cómoda mientras me encargo de hacer la cama.

—Prefiero hacerla yo mientras te duchas.

—¿Qué? —Los ojos de Ramón se abrieron como si se acabara de tropezar con la niña del exorcista.

—¿Quieres que te eche el polvo de tu vida? Entonces ve a ducharte. — Por muy desconocida que le resultara a ella misma esa mujer exigente y ruda, tenía claro que había cosas que no estaba dispuesta a hacer a menos que tuviera la garantía de que estaba limpio. Había ido allí para disfrutar, no para hacer un sacrificio al Dios de la fertilidad—. Y de camino llévate los preservativos usados y las latas.

Por un tenso momento Ramón pareció pensárselo, pero acabó por coger una papelera que rebosaba de basura y tiró todo lo que encontró antes de llevársela.

Malena se sentó en la parada vacía del autobús y contempló la acera con ojos resacos. Se sentía sucia y decepcionada, pero, por encima de todo, vulnerable. ¿De verdad había llamado a ese chico Adrián mientras se corría? Se tapó la cara con un sollozo. Sí, lo había hecho. El que le asegurara que no le había importado no le restaba hierro al asunto.

No era la posibilidad de haber insultado al pobre chico lo que le dolía, sino el darse cuenta de la obsesión que seguía teniendo por Adrián después de tantos meses.

Había estado con su amigo por el simple hecho de sentirse más cerca de él. Ni siquiera tenía el consuelo de haberse vengado de Pedro, porque sabía que de quien en realidad se había vengado era de Adrián, del chico que la había despertado a un sueño y luego se había largado para dejarla sola frente a la vida real.

Ignoró la música del móvil que sonaba en su bolso. ¿En qué clase de persona se había convertido? Había pasado de ser la mujer madura que se derrite en los brazos de un chico joven a una mujer fría que usaba a los hombres para... vengarse.

Todo el placer que había sentido durante el encuentro de esa noche había sido producto del control. Desde el principio había atado a Ramón al cabecero de la cama y le había tapado los ojos con su pañuelo. Incluso antes de empezar había sido consciente de que no quería que la tocara ni que se estableciera entre ellos ese contacto íntimo que a veces suponen las miradas a la hora de hacer el amor. Había buscado únicamente su cuerpo y le había hecho todo aquello que habría hecho con Adrián, si volviera atrás y tuviera la oportunidad de dejarlo marcado para que nunca la olvidara.

Harta de oír la insistente musiquita, aceptó la llamada.

—¡Maldita sea, ¿dónde estás?! Estoy como loco buscándote. Acaba de llegar el último autobús al pueblo y tampoco estabas en él. —Bajo el tono enfadado de Pedro era evidente la preocupación.

Malena comprobó la hora en el móvil. Eran las once. Tenía razón, el último autobús hacia el pueblo salía a las diez. Parecía que tendría que coger un taxi, o quizá fuera incluso mejor buscar un hotel para pasar la noche. Eso le permitiría pensar sin que nadie la molestara. Quizá incluso llorar. Aunque se sentía tan vacía que ni de eso tenía ganas. Solo la idea de tener que volver a ponerse la misma ropa interior que había usado estando con Ramón a la mañana siguiente le quitó el atractivo a la idea del hotel.

—Dime dónde estás. Iré a recogerte.

—No hace falta. Cogeré un taxi.

—¿Dónde estás? —insistió Pedro.

—En la parada de autobuses de la plaza del Carmen.

—¡No te muevas de ahí, llegaré en veinte minutos!

Cuando la línea quedó en silencio, dejó caer el móvil en su bolso y miró a su alrededor. A pesar de que aún no era medianoche, apenas había transeúntes. Usó las solapas del abrigo para taparse el cuello. No quería arriesgarse a enfermarse, pero en el fondo agradecía el helado relente que le

entumecía la piel del rostro y la distraía del dolor que le pesaba en el pecho como una tonelada de plomo.

—¿Malena?

Parpadeó al alzar el rostro y encontrar a Pedro contemplándola con ojos atormentados, llenos de un brillo rojizo. Ni siquiera se había dado cuenta de que había aparcado en la zona prohibida frente a ella.

Ignoró la mano extendida y cogió su bolso para montarse en el Mercedes. Él ocupó el asiento del conductor, agarró el volante y fijó la vista en el frente.

—Malena, yo...

—No quiero saberlo —lo interrumpió con la voz quebrada.

—Necesito explicarte...

—Ahora no. Si has esperado hasta ahora, puedes seguir haciéndolo un poco más. Por hoy he tenido de sobra.

Pedro arrancó el motor. Con el coche sumido en el silencio, ella se dedicó a observar cómo el paisaje lleno de luces de la ciudad adquiría un tinte oscuro y triste a medida que se alejaban de ella.

Una vez en casa, él la siguió hasta el dormitorio. Malena lo ignoró, cogió un pijama y ropa interior limpia y fue al baño. Apretó los párpados cuando el agua caliente cayó sobre ella y deseó que se llevara lo que había pasado, pero por más que frotara y frotara, las huellas de su perversión no parecían querer borrarse de su piel.

Respiró aliviada cuando salió del baño y no vio a Pedro, ni tampoco lo encontró en el dormitorio. No necesitaba bajar al salón para saber que se encontraba allí emborrachándose.

Metió su ropa en el cesto de la ropa sucia, pero en un último impulso la sacó para echarla en una bolsa de plástico que escondió en lo más bajo de la cesta para tirarla al día siguiente a la basura. Resopló con ironía cuando se dio cuenta de que el motivo por el que lo había hecho no había sido solo para olvidar lo que había pasado, sino para que Pedro no lo descubriera. ¿Cómo de hipócrita estaba siendo? ¿Culpaba a Pedro por serle infiel mientras ella hacía lo mismo? ¿Cómo de patéticos se habían vuelto ambos como pareja?

Incapaz de enfrentarse a él, cogió su móvil para acostarse en el dormitorio vacío de Gloria. Al amanecer comenzaría otro día, pero por aquella noche... sencillamente no podía más.

CAPÍTULO 26



A las tres de la madrugada, Malena, seguía dando vueltas en la cama. Con un suspiro de rendición encendió la lamparita de noche, reajustó su almohada y cogió el móvil para entrar en Facebook.

No pudo evitar la sensación de culpabilidad cuando pinchó en el perfil de Adrián para comprobar cómo le había ido el día. Había sido una tonta al no entender lo que significaba que casi a diario lo espiara de ese modo.

¿No podía haber reconocido antes que estaba enamorada y que no era un simple encaprichamiento? Aunque, ¿qué habría solucionado en realidad? Se habría ahorrado el mal trago que había pasado con Ramón, sí, pero lo importante, Adrián, habría seguido fuera de su alcance.

¿Qué era lo que había cambiado para que el sexo hubiera dejado de ser solo sexo para ella? ¿Sus sentimientos por Adrián? No creía que fuera lo único. Todo había sido diferente cuando la sedujo por primera vez, pero ahora... La libertad ya no significaba poder acostarse con quién quisiera y experimentar, sino no depender de nadie y poder elegir por sí misma su futuro.

No pudo evitar una sonrisa tierna cuando vio la foto de Adrián con gorro de lana, nariz colorada y expresión de niño victorioso, posando al lado de un muñeco de nieve con la bufanda del Real Madrid y un botellín en la mano.

A veces le resultaba contradictorio que un hombre tan perverso en la cama pudiera mantener esa inocencia a la hora de disfrutar de la vida. Antes de que le diera tiempo de pensar le había dado un corazoncito al post.

«¡Dios! ¿Qué he hecho?».

Se tocó la frente con una mueca. No quería que Adrián supiera que lo espiaba. Ese era su secreto. Si lo borraba, ¿se daría cuenta en las

notificaciones de que había reaccionado al post y que luego lo había eliminado? Igual si dejaba el corazón, él ni se percataba de quien lo había puesto. Ella rara vez se fijaba en cuánta gente o quién le daba un *me gusta* a sus publicaciones. Además, eran amigos en Facebook. Era normal que de vez en cuando le saliera uno de sus posts, ¿verdad?

No tuvo tiempo de decidir si era mejor apechugar con lo que había hecho o borrarlo. Su Messenger saltó con un mensaje.

«Adrián: Hola, ¿estás ahí?».

Se quedó largo rato contemplándolo, sin saber si contestar o no, aún sabiendo que era una tontería. Seguro que Messenger ya le había notificado que lo había leído. Llenando sus pulmones de aire, acabó por armarse de valor.

«Malena: Hola, ¿cómo estás?».

«Adrián: Pensando en ti».

Su corazón dio un respingo aun cuando lo más probable era que solo le estuviera haciendo una broma.

«Malena: Tonto, sabes que no me refería a eso».

«Adrián: Sí, lo admito, soy tonto. Aunque eso no quita que sea cierto que estaba pensando en ti. ¿Qué hacías mirando mi perfil?».

Sus dedos se paralizaron sobre la pantalla. Él no tenía por qué saber que había estado espiándolo.

«Malena: No miraba tu perfil. Me saltó esa publicación y me gustó».

«Adrián: ¡Mentirosa! Ese post es de hace unos días».

«¡Maldita sea!» Se dio un cabezazo contra el cabecero al comprobar la fecha. Tenía razón. La había cogido. ¿Y ahora qué excusa le soltaba? Cuando no le contestó, fue él quien tomó la iniciativa.

«Adrián: ¿Y tú? ¿Cómo estás?».

Ella optó por la verdad.

«Malena: Hecha una mierda».

«Adrián: ¿Qué ha pasado?».

«Malena: Tuve un encontronazo con Pedro y su amante y luego hice una estupidez».

«Adrián: ¿Qué clase de estupidez?».

Las ganas de llorar regresaron. ¿Cómo podía contarle que se folló a su amigo y que acabó por confundirlo con él?

«Malena: Es demasiado largo de explicar».

«Adrián: ¿Estás sola?».

«Malena: Sí».

El sonido de una vídeollamada entrante la sobresaltó. La apagó de inmediato. No estaba preparada para hablar con él, pero Adrián llamó de nuevo. Peinándose apresurada el cabello con los dedos, aceptó la llamada. ¿De qué servía colgarle si conociéndolo, no iba a dejar de insistir hasta que consiguiera hablar con ella?

Su corazón se encogió cuando en la pantalla apareció Adrián acostado y con el pelo revuelto.

—Hola. —Intentó sonreír.

Él no respondió a su sonrisa.

—¿Has estado llorando? ¿Por qué? —Por su rostro serio era evidente que estaba preocupado por ella y que no le gustaba lo que veía. Como si esa simple pregunta hubiera abierto el caudal de la presa, ella se tapó la cara y rompió a llorar de verdad—. ¡Hey, cielo, no llores! Cariño, estoy aquí, cuéntame lo que ha pasado.

Sin dejar de llorar, ella negó.

—No puedo.

—Claro que puedes. Sabes que sea lo que sea lo que hayas hecho, lo comprenderé.

Intentó controlar los sollozos mientras seguía negando.

—No es porque lo... lo comprendas, sino porque... me... me da vergüenza.

—No importa lo que hayas hecho, está bien, mi tío se lo merecía.

—¿Busqué a Ramón y me acosté con él!

La mandíbula de Adrián se apretó, pero la tranquilidad en su rostro permaneció.

—¿Y? Para eso te lo presenté.

Ella negó de nuevo. No sabía cómo explicarle lo horrible de todo aquel asunto. Sabía que él le había presentado a su amigo para eso, y por supuesto que ella era consciente de que era una mujer madura que podía hacer con su cuerpo lo que quisiera. Ya no vivían en la edad media. Pero ¿cómo podía explicarle que lo había hecho por los motivos equivocados y que uno de aquellos motivos era él? ¿Podía confesarle que al hacerlo había descubierto lo que realmente sentía por él?

—Malena, mírame y escúchame con atención —le ordenó Adrián con decisión—. Quiero a mi tío Pedro, pero eso no quita que pueda ver que es un capullo cuando se trata de ti. No te merece. Con una mujer como tú a su lado,

ningún hombre necesita mirar a otras. Eres todo aquello con lo que un hombre puede soñar. Si lo encontraste con otra, hiciste bien en ir en busca de Ramón para desahogarte. No tienes que sentirte culpable por eso.

—No me siento culpable por eso —murmuró ella, usando una esquina del edredón para secarse los ojos.

—¿Ramón te trató mal? —Una profunda línea apareció en su entrecejo y su tono dejó muy claro que estaba dispuesto a ir a por su amigo si ese fuera el caso.

—No, no... En realidad, la que lo trató mal fui yo —admitió ella.

—¿Qué? —Sus ojos se abrieron con incredulidad.

Ella inspiró con fuerza antes de contestar:

—Lo usé como a un objeto y lo desprecié. Lo obligué a ducharse y a recoger su cuarto y luego lo até al cabecero de la cama para desfogarme con él.

A medida que hablaba, las cejas de Adrián subieron tanto que estuvieron a punto de fundirse con el inicio de su cabello.

—Uhhmm...

—Lo peor es que podía haber sido cualquiera. Mi mente estaba enfocada en desahogarme y en vengarme de todos los hombres, tú incluido.

—¿Le hiciste daño? —preguntó con tranquilidad.

—¡Por supuesto que no! Al menos no más allá de su orgullo masculino.

El rostro de Adrián se cubrió de alivio, aunque la preocupación no desapareció de sus ojos.

—¿Por qué te querías vengar de mí?

Ella desvió la cara para escapar de su intenso escrutinio y jugueteó con el filo del edredon. Algo en su interior debía haberse roto porque, aun sabiendo que no debía hacerlo, acabó por contarle la verdad.

—Sé que esto te sonará como una locura y que te hará pensar que no estoy bien de la cabeza, pero me sentí abandonada. Lo que para ti solo fue una aventura morbosa y prohibida con tu *tía*, a mí me afectó de otra forma. Cuando te fuiste me dejaste sola para enfrentarme a esos sentimientos y a la realidad que me rodea —murmuró—. Racionalmente sé que no tienes la culpa de nada, pero dentro de mí lo que siento es... que me usaste, me transformaste y luego te deshiciste de mí.

Adrián se pasó una mano por los ojos y se pellizó el puente de la nariz. Con ojos brillantes y enrojecidos, miró al techo cuando le respondió.

—Te equivocas. No es una locura, pero no te usé para dejarte tirada, ni

significaste solo una fantasía sexual para cumplir y pasar página. —La miró, haciendo que se estremeciera bajo la carga emocional y el dolor en sus ojos—. Durante esas semanas que estuvimos juntos, hiciste que mi mundo se volviera del revés. ¿De verdad crees que te habría perseguido por todos los rincones del chalet como un perro vagabundo solo por echar una canita al aire? —Adrián resopló—. ¡Joder! Te perseguía porque no podía dejar de pensar en ti, porque estando contigo me sentía más hombre, más adulto, más... yo. Incluso llegué a plantearme la idea de encontrar una excusa para rechazar el trabajo y quedarme cerca de ti.

—Eso habría sido un tremendo error —murmuró sobrecogida por sus confesiones.

—Lo habría sido, pero no por lo que crees —admitió Adrián—. Y si al final vine no fue con la intención de abandonarte, sino porque creí que podía ser una forma de... que sería lo mejor para los dos.

Ella asintió.

—Sí, imagino que era lo mejor. Teníamos que dejarlo y esa fue la forma más sana de hacerlo.

—No me refería a eso —respondió él con suavidad.

Ella parpadeó confundida.

—¿Entonces?

Adrián se incorporó y, ajustando el cojín, se sentó con la espalda apoyada contra el cabecero de la cama.

—Yo no tenía la intención de dejarte, únicamente darte tiempo para que pudieras aclarar tus ideas y tu vida, pero fuiste tú quién me aclaró que nuestra despedida era el final, ¿lo recuerdas? ¿Qué se suponía que debía de hacer después de eso?

«Convencerme de que estaba equivocada», pensó Malena, aún cuando sabía que hubiera sido una locura y que su mayor obstáculo era ella.

Cuando Adrián estuvo a punto de rendirse y colgar, Ramón por fin le cogió la llamada.

—¿Sí?

—Cuéntame qué ha pasado.

—¿Qué? ¿Adrián?

—Sí, soy yo.

—Son las cinco de la madrugada. ¿Te has vuelto loco?

—Piensa lo que te dé la gana, pero quiero saber qué ha pasado con Malena.

El «¡Ahhh!» complacido de Ramón acompañado de su risita satisfecha le hicieron querer estrangularlo.

—Joder, esa mujer es un sueño hecho realidad. Te debo una, amigo. Me ha echado el polvo de mi vida.

Adrián comenzó a ver en rojo. No eran esos los detalles que quería saber sobre lo que había pasado. Eso solo le hacía querer regresar a España para usar a Ramón y a su tío como sacos de boxeo.

—¿Por qué me la he encontrado llorando?

—¿Has hablado con ella?

—¿Cómo crees que sé que ha estado contigo?

—Eh... cierto. Eso pasa cuando llamas a alguien de madrugada y lo despiertas —lo acusó Ramón bostezando.

—Deja de andarte por las ramas y ve al grano.

Ramón suspiró.

—¿Estaba llorando cuando hablaste con ella?

—¿Por qué cojones iba a preguntártelo si no? —inquirió Adrián comenzando a perder los nervios.

—Hey, vale, vale. —Trató de tranquilizarlo Ramón—. Yo no le hice nada si es lo que piensas.

—Entonces ¿por qué demonios estaba tan afectada?

—Yo... eh... creo que la culpa la tienes tú.

—¿Qué?! —Adrián no se podía creer lo que acababa de oír. ¿Cómo demonios podía tener la culpa sin haber estado allí?

—Sé que suena raro, pero... creo que solo me utilizó. No era a mí a quien quería follarse, sino a ti.

—¿Por qué lo dices?

—¿Porque no paraba de murmurar tu nombre mientras gemía? —Cuando no respondió, Ramón continuó—. Creo que ella ni siquiera se dio cuenta de ello hasta el final, cuando se corrió y chilló tu nombre. De repente se puso rígida y comenzó a disculparse como si hubiera cometido un delito. No voy a negar que hubiera preferido que gritara mi nombre en vez del tuyo, pero, joder, tampoco es como si por algo así estuviera dispuesto a perderme un polvo como ese.

Adrián suspiró y se pasó una mano por los ojos. De todas las respuestas posibles, la que jamás se hubiera esperado era esa. Malena había estado pensando en él. Lo había nombrado... Seguía odiando la idea de que otro le hubiera puesto las manos encima, pero... ¡Ufff! ¡Se sentía jodidamente bien que ella no pudiera olvidarlo y que aun estando con otros hombres lo tuviera presente!

—¿Sigues ahí? —demandó Ramón.

—Sí.

—¿Sabes lo que pienso?

—¿El qué? —preguntó distraído por sus propios pensamientos.

—Que eres un maldito gilipollas. Cualquiera tío con dos ojos en la cara podría ver que estáis colados el uno por el otro. ¿Por qué no se lo confiesas de una vez?

—Por que cuando podía haberlo hecho no estaba preparado para hacerlo, y ahora... ahora he jodido mi vida y ya no tengo derecho a pedirle nada.

Ambos guardaron silencio por un rato, hasta que fue Ramón el que habló de nuevo.

—Es una mujer madura y está casada. Creo que comprendería lo que te ha pasado.

—No sé si sería capaz de comprenderlo —admitió Adrián—. Pero ese no es el verdadero problema. No tengo nada que ofrecerle, al menos no lo que ella necesita. Además, ya es demasiado tarde. Creo que le ha sentado mal que haya insistido en que vuelva a verte.

—¿Que has hecho qué? —preguntó Ramón con incredulidad.

—Lo que te he dicho —masculló al recordarlo—. Y ella acabó accediendo, pero cuando me colgó parecía decepcionada.

—¿Y te extraña? ¡Está enamorada de ti y tú la has empujado a los brazos de otro! ¿Se puede saber qué pretendías conseguir haciendo semejante barbaridad?

—Que me olvide.

—Hay que ser gilipollas para perder a una mujer como esa y la oportunidad de ser feliz, solo porque hayas metido la pata en algo que le podía haber pasado a cualquiera.

CAPÍTULO 27



A través de la pantalla, Adrián vio cómo Ramón alzó la cabeza y miró por encima de su hombro cuando sonó el timbre de la puerta.

—Creo que hay algo que se me ha olvidado contarte —le avisó Ramón.

Una sensación ácida se extendió por el estómago de Adrián al ver su sonrisa pícaro.

—¿Y eso sería? —preguntó temiéndose lo peor.

—Adivina quién iba a venir a visitarme hoy.

Con un repentino nudo en la garganta, Adrián presenció cómo Ramón le dirigió un guiño descarado, cogió el ratón, presumiblemente para minimizar la pantalla de la videoconferencia y salió de la habitación.

Sabía que lo más racional y lo más ético habría sido finalizar la comunicación de inmediato y cerrar la tapa del portátil, pero fue incapaz de hacerlo. Hipnotizado y con los puños apretados se quedó pegado a la pantalla para vigilar la habitación vacía hasta que la puerta se abrió de nuevo y Ramón regresó junto a Malena.

La forma en la que ella ignoró el ordenador y comenzó a desvestirse le reveló que no sospechaba ni de lejos que alguien pudiera estar observándola, y también que la cosa con Ramón no iba más allá del sexo puro y duro.

No hubo besos ni caricias. En general no hubo nada. Ella se sentó en el sillón ajado de la esquina y esperó paciente a que Ramón se deshiciera de su camiseta para abrirse de piernas y dejarle espacio para arrodillarse ante ella.

A pesar de la aridez de la escena, no pudo evitar excitarse cuando el rostro de ella se transformó. Malena era hermosa cuando se entregaba al placer, y en aquel momento parecía una reina dejándose servir por su vasallo.

Adrián se abrió los botones del vaquero para aliviar algo la repentina

estrechez bajo la rígida tela. ¡Joder! ¡Era verla y ya la deseaba! ¡La echaba tanto de menos!

Tenía que admitir que aunque hubiese estado allí, junto ellos, se habría quedado observando con gusto aquella escena, en la que ella arqueaba la espalda mientras con una mano sujetaba la cabeza de Ramón contra su ingle y con la otra se acariciaba el pecho.

Habría sido un subidón poder estar allí y dejar que Ramón la llevara al límite solo para que él pudiera embestirla luego y recordarle quien era el auténtico dueño de su placer.

«¡Joder!».

Apagando primero el micro, para evitar que el ruido les llegara a través de la llamada, Adrián se bajó los vaqueros.

La siguiente media hora se convirtió en una auténtica tortura. Aun cuando no podía oírla, podía imaginarse los jadeos y gritos de Malena. Maldijo cuando Ramón acabó en el suelo y ella sentada sobre su cara, moviendo las caderas como una bailarina oriental buscando su propio placer. Maldijo de nuevo cuando Ramón le dio la vuelta y la puso a cuatro patas, y una vez más cuando ella se escapó para ir en busca de su bolso y sacar un vibrador de brillante color rosa.

Su última maldición se le escapó cuando Ramón la situó frente al ordenador y la embistió desde atrás, permitiéndole disfrutar del provocador bamboleo de sus generosos pechos, del ligero tono sonrosado que se extendía por sus mejillas y escote, y de la visión de los labios hinchados que permanecían abiertos para dejar escapar un jadeo tras otro.

Incapaz de resistirse, Adrián encendió de nuevo los altavoces. Quería oírla e imaginarse que estaba allí con ella, mientras se movía para él.

—¿Quieres algo más fuerte? —preguntó Ramón mirando a la cam.

A Adrián se le encogió el estómago. Conocía ese tipo de mirada viniendo de él.

«Mierda, ¡no se te ocurra hacerlo!». Impotente contempló cómo, en cuanto ella asintió, Ramón se estiró para coger el ratón. «¡Maldito cabrón, hijo de puta! ¡Ha abierto la ventana de Skype!».

Ella soltó un grito ahogado y sus ojos se abrieron horrorizados. ¡Lo había visto! Conteniendo el aliento, Adrián esperó su siguiente reacción.

—Malena, creo que deberías saber que ese idiota que tienes al otro lado de la pantalla está chiflado por tus huesos y que no hay un día que no me pregunte por ti —dijo Ramón—. Y ¿ves esa mano que tiene ahí, fuera del

encuadre? Adivina lo que ha estado haciendo con ella mientras nos espiaba.

Ella dirigió la vista a la parte baja de la pantalla, antes de mirarlo directamente a los ojos. Como si alguien lo empujara a hacerlo, Adrián alargó la mano y desplazó la webcam lo suficiente como para que pudiera ver su mano moviéndose sobre su erección.

El cambio fue instantáneo. Como un destello, Adrián vio pasar el llamativo vibrador rosa por delante de la cámara y desaparecer de nuevo fuera de su campo de visión. Los labios femeninos se abrieron para dar salida a sus gemidos cada vez más desesperados en tanto Ramón, detrás de ella, rompía a sudar por el esfuerzo.

Se la veía preciosa a través de la pantalla del ordenador, con su boca abierta, las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes mientras las embestidas de Ramón hacían saltar sus hermosos pechos. Adrián habría dado cualquier cosa por tener la oportunidad de tomar uno de esos enormes pezones oscuros en su boca para chuparlos.

Las manchas rojizas en su rostro y escote se acentuaron. Algo en él se rebeló al verla apretar los labios. Quería seguir fantaseando que los tenía abiertos para él y que acabaría corriéndose en su boca, exprimiendo hasta la última gota sobre su lengua.

—No, no la cierres. Mantén tu boca abierta.

Ella se humedeció los labios.

—Córrete conmigo —gimió antes de abrir la boca para dejar escapar los gritos ahogados de su orgasmo.

Casi al mismo tiempo que Ramón comenzó a gruñir, Adrián salpicaba el teclado, la pantalla y la cámara con densos goterones blancos.

El himno del Real Madrid irrumpió entre los jadeos y respiraciones forzadas haciendo que todos se detuvieran tensos. Sin salirse de Malena, Ramón se estiró a por su móvil.

—¿Sí? ¿Las seis? Mierda. Lo siento, cielo. Adrián me ha tenido entretenido ayudándolo con un trabajito que tenía pendiente. Ya sabes lo pesado que es cuando se pone. Ahora mismo voy para allá, cariño.

Sintiéndose mal por Malena, Adrián presenció cómo el bestia de su amigo se quitó el preservativo y se vistió, guardándose el móvil en el pantalón. Ella por su parte, recogió su ropa interior y se sentó en la silla frente al ordenador para ponerse las medias.

—Cierra la puerta con un portazo cuando salgas —dijo Ramón antes de largarse sin más.

Malena y Adrián se miraron en silencio.

—Lo siento.

—¿El qué? —preguntó ella frunciendo el ceño.

«Que mi amigo sea un baturro sin sentimientos que te ha dejado tirada por otra tan pronto te ha usado para echar un polvo».

—Haberte espiado sin avisarte antes.

Ella se echó atrás en su silla, aparentemente indiferente a su semi-desnudez.

—¿Eso significa que me debes un resarcimiento?

—Sí.

—¿Lo que yo quiera?

Adrián tragó saliva y asintió. Estaría dispuesto a lo que fuera con tal de volver a compartir otra experiencia como aquella con ella.

—Tengo que irme, he venido en autobús y ya es tarde. No puedo permitirme el lujo de perder el último que regrese al pueblo.

—Malena, ¡espera!

Ella se detuvo con la mano sobre el teclado.

—¿Ya no me llamas tía?

«Te llamaría muchas otras cosas, si pudiera».

—¿Podemos vernos mañana? —preguntó Adrián tenso, preparándose para su rechazo.

—¿Para?

—Para saber que estás bien, para hablar... para pagar mi deuda contigo.

—Adrián encogió los hombros con cierta incomodidad.

—¿Por Skype?

—Por el medio que sea, si eso significa que puedo verte y estar contigo.

Malena lo miró muy seria.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que decidas si quieres volver a mi vida de una forma estable, aunque sea por estos medios, o si prefieres mantenerte alejado de mí. Si lo único que quieres es verme cómo y cuándo a ti te dé la gana porque ese día te pica el gusanillo o estás aburrido, entonces no me interesa pagar el precio.

—¿Qué precio?

Malena encogió los hombros.

—Eso no importa ahora. Elige.

Las palabras, aun sabiendo que eran las erróneas, salieron de su boca

antes de que pudiera retenerlas.

—Te quiero en mi vida, de la forma que sea y con lo que estés dispuesta a darme.

Malena sonrió, aunque el brillo de sus ojos revelaba que había lágrimas a punto de asomar. Le encantaba esa faceta contradictoria en ella, que fuera tan fuerte y decidida para unas cosas y tan vulnerable y sensible para otras.

—Te he echado de menos.

«Y yo a ti, cielo. He jodido mi vida, pero eso no cambia lo que siento por ti».

Malena se mordisqueó con impaciencia la uña, tratando de no estropearla en el proceso. Ya no podía más. ¿Dónde estaba Adrián? Eran las siete y cinco y en el chat de Messenger aún no había señales de vida de él. Suspiró. Suponía que cinco minutos de retraso no eran nada, pero cuando una se pasaba todo el día esperando a que llegara el momento de hablar con él, se convertían en una eternidad.

¿Y si había habido problemas en su trabajo? No tenía ni idea de cuál era su horario, pero en una clínica nunca se sabía lo que podía ocurrir, o al menos eso era lo que se decía. La hacía sentir mal no saber nada sobre ese aspecto de su vida, y era algo que pensaba remediar si surgía la oportunidad.

¿Y si se le había olvidado que tenían una cita? Una sensación desagradable se extendió por su cuerpo ante la idea. Entendía que hablar no tenía el mismo aliciente que echar un polvo. ¿Y si a pesar de lo que dijo ayer, no estaba interesado en nada más allá de una canita al aire?

«¡Que le den! Saludo, y si no contesta, le pongo que me tengo que ir y que tengo planes, y aquí no ha pasado nada».

Cuando tecleó «Hola?» lo tenía todo claro excepto la parte del *aquí no ha pasado nada*. Malena pulsó la tecla de Intro y esperó sin respirar a ver si leía su mensaje.

«Adrián: ¡Hola! ¡Ya pensé que te habías olvidado de mí!».

A ella se le escapó una medio carcajada-sollozo ante el mensaje. ¡Dios! ¿Cómo había podido ser tan estúpida? ¡Debería haberle escrito desde el principio en vez de quedarse esperando como una tonta a que fuera él quien tomara la iniciativa! Pero no, ella había preferido torturarse con pamplinas y

hacerse la señora. «¡Idiota!».

«Malena: ¿Llevas mucho esperando?»

«Adrián: Demasiado. ¿Estás sola?».

«Malena: Sí».

El sonido de una llamada entrante la sobresaltó. Ella la aceptó con dedos temblorosos y esperó impaciente a que en la pantalla apareciera el rostro de Adrián.

—Hola. —Malena sonrió cuando al fin lo vio.

Él tomó una inspiración profunda.

—Estás preciosa y muy sexy.

—Gracias. —Ella se tocó las mejillas al sentir que parte del calor que se extendía por su cuerpo se concentraba allí—. Tú también.

Adrián soltó una carcajada divertida.

—No sé si sentirme halagado con el hecho de que me llamen preciosa.

Malena rompió a reír.

—Idiota, sabes perfectamente a qué me refiero. Te ves muy sexy con esa camiseta azul y tu pelo revuelto.

La sonrisa de Adrián desapareció.

—¿Me consideras sexy?

—Sí. —Se estremeció ante su intensa mirada.

Si hacía apenas una semana le hubieran dicho que no era necesario tocarse o estar siquiera en la misma habitación para hacer el amor, se habría doblado de la risa. Pero en aquel momento la tensión sexual y el deseo que sentía por él eran tan palpables que podría haber envasado el exceso y haber llenado una despensa con ella.

¡Dios, cómo lo deseaba! Lo deseaba allí mismo, en ese momento. Deseaba hacer el amor con él, desvestirse, acariciarse, pedirle que hiciera lo mismo...

De repente, él se echó atrás en la silla y se tapó los ojos con ambas manos en un gesto de desesperación. Malena se abrazó confundida.

—¿Adrián? ¿Ocurre algo?

Al apartar las manos, la miró con ojos brillantes y enrojecidos.

—Sí, sí que ocurre. La he jodido. No sé cómo lo he hecho, pero la he jodido. Y en mi afán por estar contigo ni siquiera pensaba contártelo, pero... No está bien. Tienes derecho a saberlo. Tienes que saberlo.

—Adrián, ¿qué ha pasado? ¿Qué has hecho?

Él se inclinó hacia la pantalla.

—Por favor, perdóname por lo que te voy a contar. Sé que es injustificable, pero necesito que comprendas que no fue intencionado.

—Me estás asustando —murmuró Malena.

—Te juro que no sé cómo ha podido pasar. Yo siempre tomaba precauciones con ella, y cuando lo que había entre tú y yo se convirtió en algo más, incluso dejé de tocarla. Te lo juro.

—Adrián... ¿de qué estás hablando? —preguntó Malena con un frío nudo formándose alrededor de su corazón.

La nuez de Adrián se movió arriba y abajo cuando tragó saliva y la miró con desesperación.

—Lucy mi... novia... está embarazada.

El mundo pareció congelarse alrededor de Malena. La imagen de Adrián se volvió borrosa ante sus ojos, y aun así no fue capaz de parpadear siquiera. Solo cuando supo que sus lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas reaccionó. Cerrando la tapa del portátil de golpe, apoyó la cabeza sobre sus brazos y le dejó vía libre a toda su angustia, sus ilusiones muertas y su dolor.

CAPÍTULO 28



Sola en la cama de Gloria, Malena contempló el techo a través de la oscuridad. Se sentía vacía por dentro. Vacía, excepto por el inmenso dolor en el pecho que parecía ocupar más espacio que su corazón y amenazaba con hacerlo estallar.

Cogió el osito que Gloria tenía encima de la mesita de noche y lo abrazó. Al menos había algo bueno en el hecho de que siguiera en Irlanda; por mucho que la echara de menos, la chica no tenía que presenciar la forma en que la relación entre ella y su padre había terminado.

Apretó los ojos al pensarlo, lo cierto era que su relación con Pedro ya hacía mucho que había acabado. Había estado agarrándose a un clavo ardiendo con tal de no admitirlo, pero era una realidad que ahora veía con toda claridad.

Resultaba curioso que el día en que comenzó a sospechar la traición de Pedro no se hubiera sentido ni la mitad de afectada que con la de Adrián.

«No te traicionó, idiota. Jamás hubo un compromiso entre vosotros. Sabías que tenía novia, y tú estabas y sigues estando casada».

El silencio de la casa tampoco ayudaba a hacerla sentir mejor. Pedro había llegado hacía rato y se había ido al dormitorio de matrimonio. Cuando había parado un momento delante de su puerta, ella había dejado de respirar, deseando que se largara para no tener que verlo ni hablar con él. No se sentía con ánimos para hacerlo, ni de ocultar como se sentía, pero podría haberse ahorrado la preocupación, Pedro jamás llegó a llamar y ella suspiró aliviada cuando no lo hizo.

¿Qué iba a hacer con su vida a partir de ahora? Ya no le quedaba nada ni nadie. Una relación como la que mantenía con Pedro, en la que los dos se

evitaban y trataban como extraños, viviendo en la misma casa, era insostenible.

Con un largo suspiro, se levantó para sentarse en el escritorio juvenil de Gloria y abrió la tapa de su portátil. Entró en Facebook de modo automático, como había hecho una decena de veces a lo largo del día, y de la misma forma entró en el perfil de Adrián para contemplar aquella foto que le encantaba de él.

Trazó su nariz recta y sus cejas en la pantalla. Era guapo, con esa hermosa sonrisa que le calentaba el corazón cada vez que la veía, aunque esta vez intensificaba el dolor que la llenaba. Repasó su muro sin éxito. No había ningún post nuevo que le permitiera saber cómo se encontraba.

Entró en el chat del Messenger y escribió su nombre. Al darse cuenta de lo que hacía, de inmediato cerró el portátil y salió al pasillo para dirigirse a la cocina.

No podía contactar a Adrián, no era justo para nadie, ni para él, ni para su hijo, ni para su novia, ni... ¿para ella? Dejó el vaso de agua que tenía en las manos sobre el mostrador. ¿Qué pasaba con ella? ¿Era justo para ella tener que privarse de él? ¿Tener que renunciar a todo cuando se sentía tan sola?

«Deja de ser estúpida. Sabías desde el principio que lo que tuviste con él solo era una canita al aire sin futuro», se reprendió a sí misma tratando de no llorar de nuevo. «Nunca debiste haber accedido a ser su amante. Se trataba de encontrar tu libertad con hombres que no conocías, con tipos por los que ibas a sentirte atraída a un nivel físico y nada más». Se tapó la boca para acallar el sollozo que se le escapó. «¡Dios!, ¿cómo me dejaste enamorarme de él?».

A la mañana siguiente, encontrarse frente al espejo con los ojos rojos e hinchados y una maraña de pelo horrenda no le ayudó a encontrarse mejor.

Malena se enjuagó la cara con agua fría y cerró los ojos. ¿Cómo de diferente se había sentido aquellas mañanas después de hacer el amor con Adrián? Entonces no le había importado tener el cabello revuelto, los labios hinchados o esas ligeras rojeces que a veces le dejaba su barba sobre la mejilla o el cuello. Bueno, sí que le había importado. Siempre le había preocupado que alguien se diera cuenta, pero, en el fondo, también le había encantado.

Se llevó el portátil al salón para desayunar. Necesitaba encontrar trabajo. La independencia era el primer paso hacia una nueva vida y ya era hora de

hacerse cargo de la suya.

Nada más sentarse, tomó un sorbo de su taza de café y revisó el móvil. El corazón dejó de latirle cuando vio los mensajes de WhatsApp. ¿Adrián? Tenía diez mensajes, y el último era de hacía apenas veinte minutos.

En cuanto los leyó, soltó el móvil y dejó caer la cabeza sobre sus manos. Adrián quería que le diera una oportunidad para pedirle perdón y saber que se encontraba bien.

¿Lo perdonaba? Sí, suponía que podía concederle eso. Que se sintiera herida no significaba que estuviera enfadada con él. ¿Iba a decirle también que se encontraba bien? Suponía que era su obligación moral hacerlo para que él pudiera rehacer su vida.

El móvil vibró de forma escandalosa sobre la mesa.

«Adrián: Sé que has visto mis mensajes. Por favor, contesta».

«Malena: Estoy bien, no estoy enfadada contigo, no te preocupes».

«Adrián: Quiero verte y hablar contigo».

«Malena: No».

«Adrián: Eso significa que sí que estás enfadada conmigo».

«Malena: No, no lo estoy».

«Adrián: Entonces ¿por qué no quieres hablar conmigo?».

Malena tragó saliva. ¿Y ahora qué? Dudó antes de contestar.

«Malena: Creo que es mejor que dejemos las cosas como están».

La respuesta de Adrián se hizo esperar.

«Adrián: Tienes razón, pero necesito hablar contigo. Necesito contarte lo que siento, saber que me comprendes y que de verdad me has perdonado».

«Malena: No hay nada que perdonar. No tenías ningún compromiso conmigo, y los dos sabíamos que ambos estábamos comprometidos».

«Adrián: Malena, por favor. Déjame hablar contigo, solo esta vez. Me pondría de rodillas si pudieras verme. Solo dame esta oportunidad. Sé que es el final, pero no quiero que acabe hasta que sepas lo que pienso y siento.

Ella se frotó los ojos en un intento por no ceder a la necesidad de llorar de nuevo. Lloraba demasiado últimamente. Era hora de dejar de hacerlo.

«Malena: No puedo. No estoy preparada para enfrentarme a ti ahora mismo».

«Adrián: Por favor. No tienes que decir nada, solo oírme».

Su corazón parecía estar encogiéndose de dolor. Ella se frotó los ojos. ¿Cómo de cruel era denegarle una petición tan sencilla? «Sencilla, pero es más que probable que acabe por destrozarte del todo», le advirtió la vocecita

interior.

¿Se arrepentiría si le denegaba la oportunidad que le pedía? ¿Sería capaz de seguir adelante y superar lo que había pasado sabiendo que entre ellos quedaron cosas pendientes de decir?

«Malena: De acuerdo. ¿Quieres que te llame ahora?».

«Adrián: Llamada no, quiero verte. ¿Tienes el ordenador cerca?».

Estuvo por decirle que no, pero sabía que en lo único en lo que cambiaría sería en que la vídeollamada se haría por el móvil.

«Malena: Sí».

«Adrián: Entra en Facebook y llámame por Messenger».

Ella observó intranquila el círculo que contenía la foto de perfil de Adrián mientras el sonido del timbre le indicaba que estaba estableciéndose la llamada. Intentó no mirarse en el recuadro inferior para no ver la mala cara que tenía. ¿Se daría Adrián cuenta que era por él, o podría convencerlo de que tenía un ataque de migraña?

De repente apareció en la pantalla y ambos se contemplaron en silencio. Por el fondo que se veía, debía estar en una oficina, pero eso no fue lo que en realidad le llamó la atención, sino su palidez y las profundas ojeras. Su alma se extendió para alcanzarlo. Lo echaba tanto de menos, y ansiaba tanto verlo y sentirlo de nuevo...

—Hola. ¿Estás en el trabajo? —Ella intentó aparentar cordialidad, aunque eso no evitó que su voz saliera débil y triste.

Él miró a su alrededor.

—Sí. Estoy en un descanso. Dos de las máquinas que necesito para las sesiones de hoy se han estropeado y van a arreglarlas antes de continuar.

Ella asintió y ambos volvieron a mirarse en un incómodo silencio.

—¿Qué querías contarme? —preguntó Malena al fin.

Adrián suspiró y se frotó la nuca.

—Yo... —Se detuvo cuando ella alzó la cabeza para escuchar—. ¿Ocurre algo?

—Alguien está tocando el timbre —le explicó.

—¿Mi tío?

—No. —Malena movió la cabeza—. Él nunca viene a esta hora y además tiene las llaves.

—¿Quieres ir a abrir?

Ella frunció el ceño. No, no quería. No se sentía con ánimos para atender a nadie en ese momento.

—Parece persistente —murmuró cuando el timbre no dejó de sonar y lo hacía de una forma cada vez más nerviosa.

—Ve a ver qué quieren —le indicó Adrián—. Te esperaré.

Malena se levantó reticente, pero al comprobar la pantalla del interfono, todo el aire dejó los pulmones.

«Oh, Dios!».

¿Qué hacía la novia de Adrián allí? ¿Se había enterado de lo suyo con él? Porque era ella, ¿verdad? Solo se habían cruzado una vez, durante un acto político en el que la chica acompañaba a su padre, pero había visto sus fotos y comentarios en el Facebook de Adrián.

El timbre siguió sonando de forma insistente. Malena pulsó el botón para abrir la puerta exterior, y pasó las manos temblorosas por su cabello y el batín, comprobando que estuviera bien cerrado.

Intentó sonreír mientras la chica se le acercaba con paso decidido.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarte?

La chica ignoró su saludo, mirándola con altivez en cuanto se paró frente a ella.

—¿Está Pedro?

«¿Pedro?». Malena parpadeó confundida. ¿Para qué quería a Pedro? ¿Iba a contarle lo de ella con Adrián?

—No, lo siento. Salió a trabajar temprano.

—¿Puedo pasar? —Antes de que pudiera invitarla a entrar, la chica pasó por su lado y se paró en medio del salón para girarse hacia ella.

Malena echó un vistazo asustado a la mesa, donde su portátil seguía abierto, pero respiró aliviada cuando comprobó que la pantalla se había vuelto negra. Se abrazó preparándose para lo peor.

¿Qué iba a hacer si la chica la acusaba de haberse acostado con su novio?, ¿negarlo o admitirlo? Odiaba mentir, y siempre le había parecido patético que la gente negara lo obvio, pero ¿era mejor joderle la vida a Adrián? ¿Era justo con respecto a esa niña que le contara que era cierto que había tenido una aventura con el padre de su hijo?

—Imagino que estarás preguntándote qué hago aquí, ¿no? —indagó la chica con frialdad alzando la barbilla.

—Bueno, yo...

—¿Sabes quién soy?

—¿La hija del juez Estebaría?

La chica ladeó la cabeza con los ojos entrecerrados, como si le hubiera

molestado la respuesta.

—¿Pedro ya ha hablado contigo?

«¿Pedro? ¿Viene a contarme lo de Pedro y su madre?». Malena reprimió el largo suspiro de alivio que estuvo a punto de escaparse.

—En realidad no, aunque no es necesario. Yo...

—Quiero que te largues.

—¿Qué? —Malena la miró boquiabierta.

—Lo que has oído. —La chica cruzó los brazos sobre sus pechos.

—¿Por qué iba a largarme? —preguntó Malena por completo alucinada.

—¿No es evidente? Pedro y yo queremos irnos a vivir juntos. Es lo normal, ¿no? ¿Y no esperarás que vayamos a hacerlo estando tú aquí?

—¿Qué? —Los ojos de Malena se abrieron. Esa niña tenía que estar de broma. No podía estar hablando en serio, ¿verdad? Dejándose caer en una silla, no fue capaz de despegar la mirada de ella. «¿Pedro también estaba liado con esa niña?»—. ¿Podrías aclararme eso, por favor? —murmuró sin apenas voz.

—Creo que es evidente. Si ya sabes lo del niño, no necesitas que te cuente cómo me quedé embarazada, ¿no? Y está claro que Pedro quiere hacerse cargo de su hijo.

«¿De su hijo?».

—¿Estás embarazada de Pedro?

—Pues claro, ¿de quién iba a estar embarazada si no? ¿Es que no lo sabías?

Por la forma falsa y despectiva en que lo soltó, resultaba evidente que la niña era consciente de que ella no sabía nada del supuesto hijo de Pedro.

—No, no tenía ni idea.

«Al menos no que fuera de Pedro».

—Bueno, no importa. Tenías que enterarte de todos modos, ¿no? Él me prometió que te lo contaría, pero imagino que la lástima ganó.

Viendo el brillo odioso en los ojos de la chica, Malena no pudo más que preguntarse de dónde había salido. ¿Qué le había hecho para que la odiara con tanta intensidad, para que quisiera hacerle tanto daño?

—¿Tú no eres la chica que estaba saliendo con Adrián, el sobrino de Pedro?

Por un momento ella pareció sentirse incómoda, pero la expresión de inseguridad desapareció tan pronto como había aparecido.

—Hace ya tiempo que solo somos amigos.

«¿Amigos? ¿Y de dónde sacó entonces Adrián la idea de que él es el padre del niño?».

—¿Estás segura de que el padre no es él?

Malena sabía de sobra que Pedro ya no quería tener más hijos. Se lo había explicado al principio de su relación, y había mantenido la postura a lo largo de los años.—¿Crees que no sé con quién me acuesto? Pedro y yo nos enamoramos este verano y estamos juntos desde entonces.

—Vaya, yo... no sé qué decir —confesó Malena en un murmullo.

—No necesitas decir nada, lo único que tienes que hacer es largarte y dejarnos ser felices —escupió de forma venenosa la chica antes de dirigirse a la puerta, donde se paró para mirarla por encima del hombro—. Te haré el favor de no contarle nada a Pedro sobre esta conversación, para que puedas ahorrarte la humillación de tener que hablar con él. Conserva tu dignidad y vete antes de que te eche a la calle como a un perro vagabundo.

CAPÍTULO 29



Malena se quedó contemplando la puerta con la sensación de estar sonámbula, sin poder creerse lo que acababa de pasar ni sabiendo cómo afrontarlo en caso de que fuera verdad. Se giró lentamente hacia la mesa para enfrentarse a la pantalla negra. Inspiró con fuerza. Solo podía rezar para que Adrián se hubiera salido por completo de la conversación y que no se hubiera enterado de nada.

Sacando fuerzas de donde no las había, pulsó una tecla para comprobar si el equipo estaba encendido, pero la pantalla siguió negra.

—¿Adrián?

Su rostro apareció ante ella.

—Lo siento, no estaba preparado para que Lucy me viera —se disculpó.

—¿Oíste la conversación? —indagó Malena horrorizada por la idea.

Él se masajeó el puente de la nariz.

—Sí, lo he oído todo, alto y claro —confirmó después de un largo silencio.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó estudiando su rostro serio y sus gestos cansados.

Adrián encogió los hombros.

—¿Quieres la verdad? —Esperó a que ella asintiera para responder—. Lo cierto es que no lo sé. Debería sentirme aliviado por descubrir a tiempo que no soy el padre de esa criatura, pero no lo estoy. Ni creo que lo esté hasta que hable con ella y la haga confesar. De momento, me encuentro demasiado... ¿abrumado?, ¿bloqueado? Ni siquiera sé cómo definirlo o explicarlo. En parte me siento humillado y engañado. Estaba dispuesto a casarme y a joder toda mi vida sin siquiera plantearme la posibilidad de que me estuviera engañando

y... —Inspiró con fuerza solo para soltar todo el aire instantes después—. No lo sé, Malena, no sé cómo estoy.

—Lamento mucho que tengas que pasar por esto. Debí haberla llevado a otro sitio o haber apagado el ordenador.

Adrián la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿Me habrías ocultado que no soy el padre?

—¡Por supuesto que no! Pero hubiera buscado la manera de que te enteraras de otra forma. Habría intentado que no tuvieras que pasar por esto, ni que tuvieras que sufrir.

¿Cómo podía explicarle que lo que quería era haberlo protegido del dolor y la decepción? Él se relajó y se echó atrás en la silla.

—No me ha hecho daño. Al menos no en el sentido de corazón roto en el que parece haberlo entendido tú.

—¿No? —Ella lo estudió confundida.

—No. ¿Y tú?, ¿cómo te sientes tú? ¿Ha conseguido romperte el corazón?

Por primera vez, ella analizó sus sentimientos y se dio cuenta de que todo ese tiempo lo había visto desde el punto de vista de Adrián, pero no del suyo propio o desde la perspectiva de que Pedro la había engañado no solo con la mujer del juez, sino también con su hija, y de que iba a ser padre.

—Imagino que saber desde hace tiempo que Pedro me estaba engañando me ha preparado para algo como esto. Y que nuestra relación ya lleve muerta una eternidad hace que no quedara mucho más por rematar —confesó Malena.

—Y si no te importa, ¿por qué te veo tan triste y seria?

«Por ti, porque me preocupa el dolor que puedas experimentar, y porque me entristece que mi relación con Pedro haya acabado en esto».

—Tienes que admitir que es una situación desagradable y... me siento impactada. No es solo que Lucy esté embarazada de Pedro, sino por la situación en sí, y por el odio que emanaba hacia mí, como si yo fuera la raíz de todos sus males, como si yo le hubiera hecho daño y tuviera que protegerse de mí.

Adrián asintió pensativo.

—Sabía que era caprichosa y a veces egoísta, pero jamás la había oído hablar de esa forma. Sonaba casi enfermizo. —Suspiró—. ¿Qué harás ahora?

Malena movió la cabeza.

—Supongo que acelerar todo el proceso que ya de por sí era inevitable: encontrar un trabajo, un techo bajo el que dormir... y, por supuesto,

enfrentarme a Pedro y acabar con esta locura de una puñetera vez. Esta situación ha llegado demasiado lejos. ¿Y tú?

—Asegurarme de cuánto hay de cierto en todo lo que ha dicho y actuar en consecuencia.

—¿Y crees que te contará la verdad? —Malena lo dudaba, aunque no conocía a esa niña de nada.

—Pediré una prueba de paternidad si hace falta. No huiré de mi responsabilidad si el niño es mío, pero tampoco me enterraré en vida en una relación con Lucy. Pensé que la amistad y el cariño bastarían para formar una familia para nuestro hijo, pero después de cómo la he oído hablar, creo que una relación con una mujer así jamás podría salir bien. Y otra cosa...

—¿La amabas mucho? —Ella se arrepintió de haberlo preguntado en el mismo instante en que lo soltó.

Adrián la miró con intensidad.

—Le tenía cariño —admitió—. Le sigo teniendo cariño —se corrigió—. Pero solo ha sido un encaprichamiento y una distracción en mi vida. Jamás sentí por ella lo que...

—¿Qué? —preguntó Malena cuando se detuvo en seco.

Adrián sacudió la cabeza.

—Las cosas ya se han vuelto lo suficientemente complicadas por hoy, no quiero complicarlas aún más.

Ella estuvo tentada de protestar y de recordarle que la mejor forma de encontrar soluciones era hablando, pero su expresión impenetrable dejó de manifiesto que no cedería a presiones.

Malena ya estaba medio dormida cuando oyó llegar a Pedro. Estuvo por dejar la conversación que tenían pendiente para la mañana siguiente, pero al final dio un suspiro y salió de la cama. No sabía si Pedro aún estaría cuando se levantara, y tampoco podría entretenerse en hablar si tenía alguna cita a la que asistir. Esta vez no quería que nada les estorbara ni les metiera prisa. Por muy cabrón que hubiera sido con ella en los últimos meses, la mejor forma de terminar era haciéndolo como amigos.

Poniéndose el albornoz, Malena fue al dormitorio de matrimonio. Estaba vacío, pero por el ruido de la ducha no fue difícil adivinar dónde se

encontraba. ¿Intentaba quitarse de encima las huellas de una de sus amantes? En el fondo Lucy le daba lástima. ¿Sabría esa chiquilla que no solo le ponía los cuernos con ella, sino también con su madre?

Dio un suspiro cuando vio la bolsa que Pedro había dejado tirada a los pies de la cama. En los años que llevaban juntos, aún no había conseguido que llevara la ropa sucia de su día a día al lavadero. No, se cambiaba en su oficina y cuando venía dejaba la bolsa en el dormitorio, como si en la casa hubiera una tropa de diminutas hadas de la limpieza que estuvieran a su servicio.

Estuvo por dejarla ahí, y que se las apañara cuando la habitación estuviera abarrotada, pero prefería mantenerse entretenida mientras esperaba, a quedarse allí sentada comiéndose el coco.

Cogió la bolsa de plástico por el nudo para llevarla al lavadero, pero se detuvo cuando oyó un ruido metálico.

«¿Cadenas?».

Cuando el agua de la ducha dejó de sonar de repente, Malena inspiró preparándose para lo que le esperaba. Estaba a punto de enfrentarse a un desconocido, porque eso era lo que Pedro estaba resultando ser para ella.

En los últimos diez minutos había intentado comprender si lo que había encontrado en la bolsa era lo que había destruido su matrimonio, pero aquella era una respuesta que se escapaba de su control, y en el fondo le daba igual. El motivo de su ruptura ya no importaba, no había nada que pudiera resucitar aquella relación.

Pedro salió del baño con una toalla blanca alrededor de la cintura y secándose el cabello con otra. En cuanto vio las prendas extendidas con cuidado sobre la cama, el color desapareció de su rostro y sus brazos cayeron inertes a sus costados.

Malena esperó sin inmutarse en el sillón. Era su turno de explicarse. Ella no tenía nada que hacer al respecto, solo esperar.

—Yo... eh... puedo explicarlo.

—¿Sí? —Ella enarcó una ceja, preparándose para la mentira que sabía estaba a punto de soltarle.

—Sí, claro. —Pedro usó la toalla para secarse el sudor de la frente—. Camilo quería hacer una fiesta de despedida de soltero, y como además coincide con la cena de navidad que organizamos los del club cada año por

estas fechas, decidió que nos disfrazáramos todos con esa cosa tan ridícula.

«¿En serio?». Malena no podía imaginarse a un grupo de abogados, políticos y empresarios cuarentones disfrazados de esa guisa para una fiesta».

—Vale. Póntelo. —Malena lo miró con tranquilidad, estaba harta de fingir, harta de ser la esposa buena y obediente y harta de que la tomara por tonta.

—No voy a ponerme eso. —Pedro rio con nerviosismo.

—Acabas de decir que te la ibas a poner para una fiesta de soltero. Quiero ver cómo te queda.

—No tiene gracia, Malena. —Se giró para regresar al baño.

—No, no la tiene, como tampoco lo tiene que, no conforme con tirarte a la mujer de Estebaría, también te tires a su hija y la dejes preñada —soltó antes de poder contenerse.

—¿Cómo...? —Pedro se apoyó en el tocador, como si temiera que sus piernas fueran a ceder bajo él.

—Se acabaron las mentiras, Pedro. Si ese disfraz es para llevarlo en público, demuéstalo y póntelo.

—¿Malena? —El murmullo fue más una súplica que una pregunta.

Le mantuvo la mirada, hasta que él dejó caer los hombros, se quitó la toalla y empezó a vestirse. Ella permaneció en silencio observando cómo se colocaba la máscara con hocico y orejas de perro sobre la cabeza y el pantalón estrecho de látex negro que le dejaba el culo y los genitales descubiertos.

Tragó saliva al descubrir las líneas rojas y moradas que se marcaban sobre la piel de su espalda, nalgas e ingle. ¿Cómo había podido pasar tantos años con ese hombre sin llegar a darse cuenta de su secreto, sin conocerlo ni en lo más mínimo?

Fue incapaz de detenerse y no poner a prueba sus sospechas. Cuando dio la orden, deseó de corazón que no la siguiera y que le demostrara que, en el fondo, todos aquellos años no habían sido solo una secuencia de mentira sobre mentira.

—¡Adquiere tu posición de sumiso a cuatro patas!

Apenas pudo suprimir su jadeo cuando él se dejó caer de rodillas y la esperó obediente en la postura que le había ordenado.

«¡Dios mío! ¿Cómo he podido estar tan ciega?».

El hecho de descubrir que con al menos una de sus amantes había sido más sincero que con ella en todo su tiempo de matrimonio dolió mucho más

que el saber que le había sido infiel físicamente con más de una mujer.

—Se te han olvidado algunas cosas. —Como si la frialdad que la llenaba por dentro la empujara a hacerlo, Malena se acercó a la cama para coger el collar de perro. Lo estudió por unos segundos antes de colocárselo—. ¿Debería ponerte también esto? —Le mostró el dildo anal con cola de caballo.

—Por favor, eso no.

Regresó a su sillón, dejando que Pedro esperara. Verlo así le producía sentimientos contradictorios. En otra situación, quizá, la podría haber excitado, pero ahora mismo no había nada sexual en ello. Algo en su interior parecía haberse roto y congelado.

—Ahora ven aquí y cuéntame lo que debiste haberme confesado hace mucho tiempo.

Jamás había pensado que vería a Pedro con su frente apoyada en su pierna y llorando desconsolado. ¿Quién había dicho que los hombres no lloraban? Le acarició la cabeza mientras dejó que siguiera desahogándose.

Verlo tan humano y vulnerable le recordaba al Pedro al que conoció en sus inicios, al hombre del que se había enamorado. ¿Qué había pasado para que acabaran así? ¿Qué les hizo perder aquel amor que los unía? ¿Lo había amado en realidad?

Su mente voló a Adrián y a lo que sentía por él. Sus sentimientos por uno y otro eran diferentes. Había querido a Pedro, y de alguna forma lo seguía queriendo, pero Adrián... Adrián la llenaba, la hacía sentir viva, protegida y arropada, con Adrián... Las cosas eran diferentes con él.

—¿Amas a Silvia?

Pedro negó.

—Ni siquiera puedo decir que de verdad me atraiga como mujer, pero... no puedo evitarlo, Malena. No consigo controlar mi necesidad por someterme a ella. Por mucho que la odio o desprecio, si me llama no consigo resistirme a acudir.

—¿Ni siquiera por su hija?

—No. Lucy me despierta ternura y me hace sentir bien, pero no.

—¿Ni por mí? —No supo por qué lo preguntó, aunque algo dentro de ella quiso saber la verdad hasta sus últimas consecuencias.

El cuerpo entero de Pedro se tensó.

—Quisiera decir que sí. Aunque no me creas, te amo, eres la única mujer a la que he amado de verdad. Tú serías la única por la que sería capaz de superarlo, pero aun así Silvia es como una droga para mí. ¡Dios, Malena, no sé qué hacer!

Ella soltó el aire que había estado reteniendo. No es que no le afectara, pero ¿quién era ella para juzgarlo?

—¿Y si la bloquearas y cortaras cualquier medio de comunicación que pudiera utilizar?

—No es tan sencillo como eso. Ya te conté que tiene las pruebas que me involucran en varios casos de corrupción que su marido está investigando.

—¿Cómo pudiste meterte en eso, Pedro? Las cosas te iban bien sin complicarte tanto la vida.

—Por idiota. No me percaté de en qué me estaba metiendo hasta que ya fue demasiado tarde. Me usaron como a un tonto del bote y yo caí.

—¿Y si vas al juez y confiesas?

Pedro dudó antes de contestar.

—No creo que le haga mucha gracia si descubre que me estoy... que yo y su mujer...

Malena bufó.

—¿Que te estás tirando a su mujer y que has dejado preñada a su hija?

—Lo siento, Malena, lo siento tanto.

—¿Qué harás ahora?

Pedro alzó la cabeza para mirarla desesperado.

—No lo sé.

CAPÍTULO 30



Una leve sonrisa apareció sobre los labios de Malena al oír el alegre parloteo de Gloria. Reajustó el móvil entre su oreja y el hombro mientras volteaba la tortilla francesa en la sartén y siguió oyendo la incesante cháchara.

—No sé a quién ha invitado a venir hoy a la cena, pero que sepas que pienso que mi padre es un solemne estúpido por dejarte ir. Ninguna mujer, sea la que sea, será tan buena como tú para él.

Malena rio, aliviada de que Gloria no hubiera cambiado en su relación con ella.

—Cielo, ese tipo de cosas pasan. Los dos somos responsables de habernos distanciado, y está bien que rehaga su vida. Solo porque lo nuestro no haya funcionado, no significa que él no pueda ser feliz.

—¿Tan rápido? ¿Me tomas por tonta? ¿Crees que no sé sumar dos más dos? Creo que es evidente el motivo por el que lo dejaste. ¿O te dejó él a ti? —preguntó la chica con un tono que ponía de manifiesto que su padre pagaría las consecuencias si ese hubiera sido el caso.

—No, no. Ha sido algo mutuo —se apresuró a contestar Malena, no queriendo pensar en cómo Pedro llegó a rogarle que no lo abandonara.

—Sigue siendo un idiota. Debería haberse preocupado de estar más pendiente de ti y menos de su trabajo y de... la política. Se lo avisé y no me echó cuenta. Ahora míralo, está hecho una mierda. Deberías verlo. Lo curioso es que ya ni siquiera bebe.

—Vaya, se supone que eso es bueno, ¿no? —Malena no dijo nada más.

Si Pedro aún no le había contado nada de su futura boda con la hija del juez, no iba a ser ella la que se lo revelara. Lo más probable era que fuera a descubrirlo esa misma noche durante la cena.

—¿Y tú, cómo estás?

Malena miró las paredes vacías y las ventanas sin cortinas del pequeño piso y se abrazó a sí misma.

—Bien, me encuentro bien.

—Te echo de menos, Malena. Unas navidades sin ti no son lo mismo.

—Lo mismo digo, cielo —admitió Malena.

—¿Estas segura de que estás bien?

—Sí, claro.

—Suenas como si estuvieras triste.

—Imagino que se me hace raro tener unas navidades tan silenciosas y tranquilas cuando estoy acostumbrada al jaleo que siempre implicaban estas fechas.

—¿Quieres que me dé luego una vuelta por ahí y nos tomamos un chupito para celebrar la Nochebuena?

—No te preocupes por mí, cielo. Estoy bien. Tú disfruta de la Nochebuena con tu padre y tu novio. Otro día vienes por aquí para recoger tu regalo y me haces compañía para cenar, almorzar o lo que tú quieras —le dijo Malena colocando su plato en la mesa junto a una servilleta de papel.

—Te quiero, Malena. Has sido como una madre para mí, y eso no se me olvidará nunca, de modo que no se te ocurra pensar que puedes desaparecer de mi vida así sin más.

—No lo haré, cielo. No quiero pensar en perderte a ti también —confesó con una sonrisa triste, dándose cuenta demasiado tarde de lo que había dicho. Por suerte, Gloria probablemente pensaría que estaba haciendo alusión a su padre. Jamás había hablado con ella de la relación que había compartido con Adrián—. Anda, mándame un beso y termina de vestirme. Conociéndote, serás otra vez la última y tendrás a los demás muertos de hambre esperándote.

Gloria rio.

—Nunca me esperan, sabes de sobra que empiezan a escabullirse a la cocina para picar de todo lo que encuentran.

Cuando colgó el teléfono, Malena contempló desganada la tortilla sobre su plato. El pequeño piso parecía haberse encogido aún más en el repentino silencio. Quizá debería haberse hecho algo especial para la cena de Nochebuena, algo para celebrar su libertad y el comienzo de su nueva vida.

«Eso tampoco hubiera servido de mucho si no tienes ganas de comer».

Se obligó a masticar el trozo de tortilla, aunque no le supiera a nada. ¿Cómo le estaría yendo a Adrián? ¿Se sentiría tan solo como ella? A pesar de

que había hablado casi todas las noches con él, las pocas veces que le había sacado la posibilidad de que compartieran una cena virtual no había obtenido respuesta.

No sabía si había sido su imaginación, pero parecía sentirse incómodo cuando se lo planteaba y siempre había cambiado de tema. Se mordisqueó los labios. Tampoco era como si le hubiera dicho que no o que tuviera otros planes. ¿Podía ser que se hubiera vuelto a crear algún tipo de malentendido entre ellos?

¿Y si lo llamara? Si él también estaba solo, cenar juntos con una vídeollamada siempre sería mejor que cenar cada cual por su lado. Miró su triste tortilla y se arrepintió de no haberse hecho algo mejor para comer. ¿Qué pensaría si la viera así? Sin arreglar, sin una cena medio en condiciones...

«Patética, pensaré que soy patética».

Dejó el plato en la mesa y fue al dormitorio con su portátil. Se sentó con la espalda contra el cabecero de la cama y se tapó antes de colocarlo sobre su regazo y abrirlo para entrar en su correo a comprobar si alguna de sus solicitudes de empleo había recibido respuesta.

Le gustaba el trabajo de camarera en la cafetería del centro, y con la pensión que Pedro se había comprometido a pasarle le daba para vivir, pero no dejaba de querer algo más de la vida.

La inicial decepción de no encontrar nada relacionado con trabajo en el buzón dio paso a la sorpresa cuando entre las felicitaciones comerciales encontró una que venía de Adrián.

¡Se había acordado de felicitarla para Navidad! No es que fuera gran cosa cuando podía haberla felicitado por vídeollamada, pero suponía que era mejor que nada. ¿Por qué no le había enviado un mensaje por WhatsApp como solía hacer?

***Buenas noches, Malena.
Te deseo de corazón una muy feliz Navidad.
Besos, Adrián.***

PD.: ¿Podrías echarle un vistazo a este proyecto que tengo en mente? Me gustaría saber tu opinión como experta en el tema.

¿Eso era todo?. Decepcionada, Malena releyó el mensaje otras tres veces

más. La felicitación de su banco había sido más íntima y cariñosa que esa. Además, ¿en qué se suponía que era una experta?

Echó la cabeza atrás y miró la bombilla desnuda que colgaba del techo. ¿Alguna vez había vivido una navidad más deprimente que aquella? No recordaba ninguna. Tomando una última inspiración decidió concederle el favor que le había pedido Adrián. Le daría su opinión sobre lo que fuera que la quisiera y luego apagaría la luz y trataría de dormir. Cuanto antes acabara aquel asco de noche mejor.

Aunque no podía imaginarse en qué podía poseer los conocimientos suficientes como para aconsejarle, no significaba que no pudiera intentarlo al menos.

Siguió el link que venía en el e-mail y esperó pacientemente a que se abriera en la pantalla. Frunció el ceño cuando apareció un recuadro donde ponía:

«Escriba su nombre para entrar».

Buscó, pero no había ningún botón para registrarse. No tenía demasiado buena pinta. ¿Cómo podría Adrián haber sido tan despistado?

Miró la mesita de noche para ver si estaba su libreta y el lápiz para apuntar los fallos. Si ya antes de abrir la página tenía errores de ese calibre, daba miedo descubrir lo que podía encontrar cuando entrara.

Tecleó el primer nombre que se le pasó por la mente, lo validó y esperó. Nada. Escribió otro. Esperó. Nada. Frunciendo los labios, escribió: Malena. Y... ¡funcionó! Aunque esa sorpresa no fue nada comparada con las imágenes que se fueron abriendo ante sus ojos.

«¡La madre que...! ¿Adrián? ¡Oh, Dios! No irás a meterte a prostituto, ¿verdad?».

Incrédula, recorrió las imágenes de Adrián semidesnudo en diferentes poses provocativas. Cada vez más nerviosa, intentó encontrar pistas que le revelaran el fin último de la página. Dejó de respirar cuando apareció un título con grandes letras de neón:

«¿Te gusta lo que ves? Tócame y te mostraré lo que busco».

Justo debajo, una flecha señalaba a los bóxers navideños de Adrián.

En condiciones normales, tener que pulsar el paquete de un modelo masculino, que encima estaba para chuparse los dedos, la habría hecho reír. No así esta vez.

El tiempo que tardó la siguiente página en cargar se le hizo eterno. Una eternidad que ella se pasó clavándose las uñas en las palmas de las manos y mordiéndose los labios.

«¡Maldita sea, quieres cargarte de una vez!». Tragó saliva al ver el siguiente título: Hombre joven liberado busca... Malena se tapó la boca mientras su corazón comenzó a latir a mil por hora. «¡Oh, Dios!».

Releyó el título antes de seguir leyendo.

Hombre joven liberado busca:

Mujer madura, liberada y con experiencia, que le haga ver el mundo con otros ojos; a alguien capaz de hacerlo feliz con apenas una sonrisa o una caricia; que se ría con sus chistes malos, le permita desafinar en la ducha sin reprenderlo y a la que no le importe que le robe las palomitas y vea fútbol mientras ella lee.

A una mujer que, aun en la distancia, le deje sentir que está a su lado, que le permita ser él sin pretender cambiarlo, que le haga sentir orgulloso de las cosas buenas que tenga, y haga la vista gorda con sus imperfecciones.

A una mujer que le permita desarrollarse y buscarse la vida, aun cuando lo que de verdad quisiera es que él se quedara a su lado...

Sé que TÚ eres esa mujer. ¿Quieres saber qué tengo para ofrecerte?

Esta vez ni se lo pensó al situar el ratón sobre el corazón que la llevaría a la siguiente página. No se atrevía a pensar, ni a analizar, ni a hacerse ilusiones, pero estaba desesperada por ver qué seguía.

Lo que te ofrezco es:

- A mí.
- *Mi amor.*
- *Una relación exclusiva, en la que prometo no mirar a otra mujer mientras estemos juntos, por la simple razón de que sé que no me interesa ninguna otra.*
- *Prometo hacerte reír, sonreír y hacer que tus ojos brillen de alegría y placer.*
- *Me comprometo a abrazarte cada noche y a besarte cada mañana, aunque sigas dormida y ni siquiera te enteres de que lo hago.*
- *No me quejaré cuando robes mis camisas, mis zapatillas, y ni siquiera si me quitas el albornoz porque hace frío...*

Las lágrimas en sus ojos apenas le permitieron leer el texto que siguió. Malena fue secándose las mejillas casi con la misma frecuencia en la que se le escapaban las carcajadas.

... Sé que no tengo mucho para ofrecerte, que ahora vivo en Alemania y que sigues pensando que soy demasiado joven para ti, pero tú eres todo lo que quiero para mí.

¿Quieres venirte a vivir conmigo?

Ella miró por largo rato los botones del sí y del no antes de ignorar el del emoticono triste y atreverse a pulsar el emoticono feliz. Sus ojos se abrieron como platos cuando en la pantalla apareció un billete electrónico para un vuelo a Berlín.

Antes de que pudiera recuperarse de la impresión se abrió un recuadro de llamada. Su corazón pareció detenerse cuando Adrián apareció en la pantalla con un gorro de lana.

—Hola, has tardado en decidirte. —A pesar de sus palabras, sonreía.

—¿Todo esto va en serio? —preguntó ella sin poder creérselo.

Adrián rio moviendo la cabeza.

—¿Tú qué crees? —Sus ojos estaban llenos de intensidad cuando le mantuvo la mirada.

—Yo... no lo sé. Todo esto me ha cogido desprevenida.

—¿Y aun así me has dado el sí quiero?

—¿El *sí quiero*? —Ella tragó saliva—. Ahí solo ponía irnos a vivir

juntos.

Adrián arqueó una ceja.

—¿Qué diferencia hay?

«Un compromiso mayor, una ceremonia, un “te cuidaré para...”». Malena se dio cuenta de que nada de aquello era cierto. Exceptuando la ceremonia, ¿qué le había dado Pedro de todo aquello?

—Imagino que menos papeleo y problemas —admitió.

—Error.

—¿Error? —Malena parpadeó confundida.

—La diferencia está en que si te hubiera pedido que te casaras conmigo me habrías dicho que no —le dijo Adrián.

Ella apretó los labios para no dejarle ver que sonreía. Tenía razón. Era pronto para enfrentarse a un matrimonio, y demasiado precipitado para un chico de su edad.

—¿Alguna vez te han dicho que eres extremadamente listo?

—Si no fuera maduro y listo para mi edad, nunca te hubieras fijado en mí —se burló Adrián—. ¿Y ahora te podría pedir otro favor?

—¿Sí? —Ella se tensó ante la posibilidad de que después de todo fuera a pedirle matrimonio.

—¿Podrías abrirme la puerta? Hace un frío de la leche, y no solo se me están congelando los pies, sino que se está enfriando nuestra cena.

—¿Qué?

—La puerta... ábrela. —Adrián rio divertido mientras el timbre comenzó a sonar de forma insistente.

CAPÍTULO 31



Sin poder creérselo aún, Malena dejó el portátil sobre la cama y corrió a la puerta, solo para lanzarse segundos después a los brazos de Adrián.

—¡Oh, Dios, estás aquí!

Sin soltarla, entró al piso y cerró la puerta tras ellos dejando una bolsa en el suelo, junto con su maleta.

—Pareces feliz de verme. —Adrián la estudió con intensidad.

—¿Lo dudabas? —preguntó Malena estampándole un beso en la mejilla.

—La verdad es que no sabía qué esperar, ni cómo me recibirías.

Ella frunció el ceño al ver por primera vez la inseguridad y vulnerabilidad en sus ojos.

—¿Diseñaste la web y viniste aquí sin estar seguro?

—No había nada que perder y todo que ganar —explicó él encogiendo los hombros.

—¿Y si hubiera pulsado el botón del no?

—Entonces le habría dado una alegría a mi madre y me hubiera tenido que replantear mi estrategia contigo.

—¡Tu madre! ¡Es Nochebuena! ¿No deberías estar cenando con tu familia? —exclamó al recordar la noche que era.

—¿Vendrías conmigo? —Adrián rio al verle la cara y le dio un beso en la frente—. Mi madre me ha tenido para Nochebuena durante los últimos veintiocho años. No te someteré a esa tortura, al menos por este año.

El corazón de Malena dio un vuelco cuando se dio cuenta de lo que implicaban sus palabras: ¡estaba haciendo planes para ellos para el próximo año! Daba por supuesto que todo entre ellos saldría bien y que seguirían juntos para entonces.

—Imagino que podré hacer un sacrificio si solo es una vez al año — respondió tratando de hacer que sonara como una burla.

—Después de lo que hiciste con su cepillo de dientes, creo que le debes un resarcimiento —la amonestó Adrián, aunque sus ojos brillaban divertidos.

El calor le subió a las mejillas al recordarlo.

—No me incites. Podría volver a hacerlo.

—Mmm... creo que soy un mal hijo. No me importaría convertir eso en una nueva tradición navideña

—¡Idiota!

Adrián rio cuando ella le dio un pellizco retorcido.

—Aunque igual te podría regalar tu propio cepillo eléctrico.

—Ya tengo uno —contestó ella con un mohín.

—Oye, ¿y te has dado cuenta de que mi madre ahora ya no es tu cuñada, sino tu suegra? —preguntó él.

Los ojos de Malena se abrieron llenos de horror. ¡Dios, no había pensado en eso! Le habría rogado para que no se lo contara a su madre, pero se dio cuenta de lo infantil que eso la haría sonar. ¡Se suponía que el jovencuelo era él!

«Mejor cambiamos de tema y actúo como la mujer madura que soy».

—¿Has cenado ya? ¿Quieres que te haga algo de comer?

—¿Te has vuelto loca? Es Nochebuena, mi madre armaba la de San Quintín si se me ocurría picar algo antes de la cena familiar. He venido para que cenemos juntos, aunque espero no haber llegado demasiado tarde —dijo mirando el triste plato de tortilla que seguía sobre la mesa.

«Uhhmm...».

—Tengo que confesar que no me he esmerado demasiado para la cena de hoy —murmuró ella, disculpándose—. Pero hay queso, patés y puedo hacerte una tortilla si quieres.

—¿Y no te apetecería mejor un pavo relleno con salsa al vino tinto, una selección de ensaladas, pastitas saladas, langostinos, jamón, pan artesanal y un postre del que no recuerdo el nombre, pero que tenía pinta de estar hecho para chuparse los dedos? —preguntó Adrián moviendo las cejas de forma ridícula antes de abrir la bolsa que tenía en el suelo para mostrarle todas las fiambreras.

—Vaya... ¿y todo eso lo traes ahí?

—Sí, además de la cerveza alemana y el licor que traigo en la maleta. Aunque hay una pega...

—¿Sí?

—Que si comemos todo eso, luego no podremos ni movernos y...

—¿Y? —preguntó ella con un creciente cosquilleo en su estómago mientras la mirada de él se oscurecía.

—Que hay cosas que me gustaría hacer antes —le confesó bajando la voz—. Cosas que he echado mucho de menos mientras estaba lejos de ti.

—¿Y eso sería?

—Convencerte de que eres la mujer más bella del mundo, que te amo, que te cases conmigo, que me ates a tu cama y...

—¡Espera! ¿Qué acabas de decir?

—¿Que quiero que me ates a tu cama? Esa idea ha estado volviéndome loco.

—No, eso no, antes de eso.

—¿Que quiero que te cases conmigo?

—No, eso tampoco —dijo Malena impacientándose.

—¿No te parece lo suficientemente importante el hecho de que quiera casarme contigo? —preguntó él lleno de inocencia.

—Olvidalo, no habrá boda hasta que tengas al menos treinta años, y eso suponiendo que sea cierto lo otro que has dicho y que estoy esperando que repitas.

—¿Hasta los treinta? ¿No se supone que ahora que me han hecho un contrato fijo en una de las mejores clínicas privadas de Alemania, debería ser un soltero muy cotizado? —preguntó rascándose la cabeza como si no lo comprendiera.

—¿Te han hecho fijo? Pensé que solo era por dos años.

—Parece que no quieren arriesgarse a perderme —le explicó con un guiño.

—¡Eso es genial! —Ella se lanzó a su cuello mientras él reía feliz y la besaba—. Aunque el tema del trabajo es algo que tenemos que hablar, necesitare uno, acabo de salir de una relación en la que dependía de un hombre y he aprendido que prefiero mantener mi independencia económica.

—Me parece bien. Seguro que podremos encontrarte algo.

Malena lo besó con impetu.

—Podremos hablarlo luego. ¿Y ahora vas a contarme lo que quiero oír? —preguntó cuando al fin se despegaron sin aliento.

Adrián se puso serio.

—Te amo. Lo sabes.

Melena le acarició la mejilla.

—¿Y conseguirás hacer que dure?

—Ponme a prueba.

—Mañana.

—¿Y hasta entonces qué haremos? —preguntó Adrián besándola en la punta de la nariz.

—Atarte a la cama para que puedas convencerme de todas esas cosas que has dicho y, si eres bueno, dejar que cenes algo —le prometió con un guiño antes de cogerlo de la mano y arrastrarlo con ella al dormitorio.

—Uhhmm... —Él la frenó, parándose y se negó a moverse del sitio—. Espera un momento. ¿No te falta algo?

Ella frunció el ceño.

—¿El qué? Creí que te volvía loco la idea de que te atara.

Adrián cruzó los brazos en el pecho.

—¿Acabo de confesarte que te amo y que he venido a pedirte en matrimonio y tú no tienes nada que decirme?

Los labios de Malena se curvaron en una amplia sonrisa cuando le deshizo los brazos cruzados y se puso de puntillas para mirarlo a los ojos.

—Deja de refunfuñar y ven a la cama para que pueda demostrártelo.

Malena se acurrucó con una sonrisa contra el pecho de Adrián, quien la abrazó y le besó en la coronilla.

—Gracias por haber convertido esta navidad en algo especial. Ha pasado de ser la más triste de mi vida a ser la más feliz —confesó Malena.

—Mhm.

—Y la cena estaba deliciosa. No sabía que hubiera sitios en los que prepararan cenas de Nochebuena para llevar. Me gusta cocinar, pero la verdad es que me encanta la idea de poder disfrutar de la navidad en vez de tener que pasarme el día en la cocina.

—Mhm.

Malena frunció el ceño. ¿Esa era la única respuesta que le iba a dar? ¿Desde cuando se había vuelto tan silencioso?

—Y me encantó la página web que hiciste, aunque al principio me asusté un poco pensando que estabas decidido a convertirte en un... prostituto.

—Mhm.

—¿No te habrás traído por casualidad esos calzoncillos navideños de

color rojo con la felpa?

—Mhm.

Comenzando a hartarse, alzó la cabeza para inspeccionarlo.

—¿Qué ocurre? Desde que hicimos el amor lo único que has estado respondiéndome es «mhm».

—Estoy esperando.

—¿Esperando?

—Mhm.

—Vuelve a contestar «mhm» y te daré un «mhm» —le advirtió Malena perdiendo la paciencia. Adrián alzó las cejas, pero al menos esta vez no hubo ningún «mhm»—. Suéltalo de una vez, ¿a qué estás esperando?

—¿Y aún lo preguntas? Está a punto de amanecer, y aún no me has dicho qué es lo que sientes por mí.

—¿No lo he hecho?

La mirada de asesino a sueldo que le echó la hizo reír por lo bajo.

—No que yo sepa.

Malena le dio un beso en el pecho.

—¿Qué quieres que te diga?

—La verdad. Creo que me la merezco.

—¿Y si no es la verdad que quieres oír?

—Sea la que sea, quiero saberla —respondió Adrián con rigidez.

—De acuerdo. —Ella se colocó de lado y apoyó la cabeza sobre su mano para verlo mejor—. Lo cierto es que sigo asustada. Me asusta que en un par de semanas te canses de mí o que te des cuenta de que en realidad no soy lo que quieres y que solo fue un capricho pasajero. No, deja que termine —le pidió cuando fue a hablar—. Pero eso no es lo peor. Lo peor sería tenerte a mi lado durante toda una vida, y que de repente acabes por irte con una chica más joven porque yo me volví demasiado vieja para ti. —Malena sonrió con tristeza cuando él negó con la cabeza—. Pero, en el fondo, nada de eso importa con respecto a lo que siento por ti, porque te quiero. Te quiero más de lo que pretendía quererte, mucho más de lo que me atrevía a quererte. Me llenas, te has convertido en lo primero en lo que pienso cada mañana al despertar, y en lo último en lo que pienso cada noche al acostarme. Eres el motivo que tengo cada día para soñar y sonreír, el que me ha dado la fuerza para seguir adelante y querer ser yo misma. Eres quien colmó mi inquietud por sentirme mujer, amada y sexy. Me encantaba tu forma de seducirme, y me sigues robando cada gramo de pensamiento consciente cuando hacemos

el amor, pero eso no es lo que me enamoró de ti. Me conquistaste con tu atención, con tus palabras, con el compañerismo, con el saber abrazarme y estar a mi lado incluso cuando no quería hablar. Me has enamorado tú... con tu forma de ser. —Malena trazó sus pómulos—. ¿Quieres saber lo que siento por ti? Te amo. Así, a secas.

Adrián la besó con ternura.

—¿Y si te dijera que yo siento eso mismo por ti? ¿Que te siento dentro de mí, aunque no estés conmigo? ¿Que no importa si me miras o me hablas, porque me basta con tenerte cerca, saberte cerca? ¿Que por mucho que me encante, lo que me enamoró de ti no fue tu cuerpo, sino tu sonrisa, tu forma de hacerme sentir importante y la forma en que me basta abrazarte para sentirme completo? —Adrián le cogió la mano y la puso sobre su corazón—. ¿Crees que tú eres la única que tiene miedo? Te equivocas. Me asusta que te hartes de mí, que consideres que soy demasiado infantil o inmaduro, que prefieras a un hombre que pueda darte más estabilidad que yo, o sencillamente no ser lo suficiente hombre y que sientas la necesidad de buscar en otros todo lo que no he sabido darte.

Malena se abrazó con fuerza a él. Al cerrar los ojos vio aquella primera lista que escribió. Ahí había estado todo lo que buscaba en un hombre.

—Tú eres todo lo que buscaba y más.

EPÍLOGO



Malena se remojó la cara con agua templada y trató de contar del diez al uno por enésima vez.

¡Suegra! ¡Esa bruja ahora era su suegra! ¡Y a las suegras una no las podía estrangular así sin más!, trató de recordarse.

«¿Ni siquiera aunque hayan invitado a tu ex y a su nueva mujer y te sigan llamando cuñada delante de la otra para provocaros a las dos y que acabéis peleándoos?», le preguntó una vocecita maléfica en su mente.

Si no hubiera sido por Gloria y Adrián, se habría escapado por la ventana del cuarto de baño. Apenas acababan de llegar a los postres, ¿cómo iba a sobrevivir otro par de horas más?! Y no quería ni pensar en las lindezas que iban a soltarle esas víboras cuando hubieran bebido un poco más. Suponía que podía dar las gracias al hecho de que la nueva suegra de Pedro no hubiera podido asistir, por lo que le había contado Gloria, era aún más víbora que la hija, y seguía teniendo a Pedro cogido por los huevos.

Aunque todo aquello lo debería haber supuesto incluso antes de acceder a venir a la cena con Adrián. ¿Acaso no había sido suficiente evidencia la mueca de su madre el día que le comunicaron que ella lo acompañaría a Alemania como su pareja? Parecía que la mujer se hubiera tragado un bote entero de pepinillos en vinagre. Bendito fuera su padre, que por una vez se adelantó a su mujer para felicitarlos, no dejándole otra opción que la de digerir los pepinillos.

Tras una breve llamada, la cabeza de Adrián asomó por la puerta del baño.

—¿Te encuentras bien?

Intentó sonreírle, aunque cuando vio su reflejo en el espejo se dio cuenta

de que parecía un chihuahua enseñando los dientes.

—Sí, claro. Es solo... —Intentó encontrar una excusa válida, una que no fuera decirle a la cara que su madre era una bruja malvada que merecía ser quemada en la hoguera.

Adrián cerró la puerta tras él y se acercó a abrazarla.

—No necesitas inventarte excusas, lo sabes, ¿verdad?

«Ah, ¿no?». Malena parpadeó cuando él le sonrió a través del espejo. «¿Estamos pensando en lo mismo?».

—Sé el esfuerzo que estás haciendo por no contestarle ni a mi madre ni a Lucy, y las dos se merecerían que lo hubieras hecho. Creo que incluso al tío Pedro le está dando vergüenza ajena de las ridiculeces que está diciendo su nueva esposa, y eso que ya está medio borracho.

—¿Tú crees? —Ella suspiró sintiéndose aliviada. No es que le importara lo que Pedro pensaba de ella a estas alturas, pero que Adrián se estuviera percatando de todo la convertía en la mujer más afortunada del mundo.

—Sí, pero ¿sabes qué? Tengo el remedio perfecto para hacer que te desahogues y te relajes y que regreses a la mesa con una sonrisa feliz —le murmuró él con un tono cada vez más seductor mientras le mordisqueaba la oreja e iba bajando por su cuello hasta llegar al hombro descubierto.

A ella se le escapó un ronroneo cuando le raspó con los dientes en su punto sensible.

—En ese caso... no seré yo quien se queje —respondió más que dispuesta a dejarse seducir.

Adrián apretó la pelvis contra su trasero dejándola sentir lo encantado que estaba con la idea de *relajarla*, pero cuando ella abrió el mueble del espejo la detuvo con un quejido lastimoso.

—Mejor vamos a dejar el cepillo de dientes eléctrico de mi madre donde está y nos vamos a mi cuarto a probar esa fantasía que tengo con el bate de béisbol.

Malena puso un mohín.

—¿Y no crees que ayudará a que terminemos deprisa? No querrás tener que darles excusas a los demás sobre donde hemos estado —le advirtió con tal de no admitir que se sentiría mucho mejor sentándose frente a su madre si sabía que le había cogido su cepillo de dientes para correrse.

Lástima que no tuviera también el de Lucy a su alcance, lo habría usado sin dudarle un segundo.

—No tienes que preocuparte por eso, ya les di una excusa sobre el motivo

por el que tardaremos en regresar a la mesa —le explicó Adrián con una amplia sonrisa.

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendida—. ¿Y se puede saber cuál es?

—En realidad no dije nada concreto, solo dejé caer que últimamente tienes náuseas y el apetito alterado.

—¿Y? —preguntó Malena cuando él la miró como si ella tuviera que entender algún tipo de código oculto en sus palabras.

—Creo que lo han interpretado como que estás embarazada.

—¿Qué? ¿Y no los has corregido? —Ella lo miró alucinada.

—¿Para? Mi madre y Lucy han quedado tan impresionadas que han dejado de hablar, lo que ha hecho que la conversación en la mesa se haya vuelto mucho más interesante. Y para rematar, ahora tenemos una excusa para ausentarnos un rato. A nadie le llamará la atención que tardemos. ¿Qué más se puede pedir? —Adrián encogió los hombros, aunque el brillo en sus ojos revelaba que se lo estaba tomando a broma.

—Pero ¿sabes que es mentira!

—Tienes razón —dijo de repente muy serio—. Y no quieres dejarme como un mentiroso, ¿verdad? Creo que lo mejor sería que fuéramos a mi cuarto a ponerle remedio y que no puedan tacharme de embustero.

—¿Adrián! —Malena rio escandalizada—. ¡Tú no quieres ponerle remedio, lo que quieres es echarme un polvo!

Él la miró a través del espejo con una extraña intensidad.

—¿Y si te confesara que me haría ilusión que esos rumores se convirtieran en realidad?

Su corazón pareció dejar de latir por unos segundos. ¿Estaba insinuando que quería tener un hijo con ella? Nunca habían hablado de ese tema, y desde luego no era una decisión para tomar a la ligera a su edad, aunque no pudo evitar que una pequeña chispa de calor se esparciera a través de ella.

—Eso, con mis años, podría significar tener que practicar muchas, muchas veces —le advirtió ella.

—¿Y a qué estamos esperando? —le propuso aprisionándola con su cuerpo contra el lavabo y dejándola sentir entre sus nalgas lo preparado que estaba para probar suerte.

Largo rato después, Adrián la abrazaba en la cama, con el cepillo eléctrico de su madre tirado en el suelo y el bate de béisbol sobre la mesita de noche.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó él dándole un beso en la frente.
Ella lo miró con una sonrisa tierna.

—En que, a veces, uno no sabe lo que realmente busca hasta que lo encuentra.

—¿Y lo has encontrado?

Malena sonrió divertida ante su tono autosuficiente, que dejaba claro que él consideraba que sí.

—No. He encontrado mucho más de lo que me atreví a soñar —le respondió dándole un beso en el pecho.

—Si tuvieras que volver a escribir una frase como aquella, ¿cómo sería a día de hoy?

Ella se llevó su mano hasta los labios.

—Mujer madura liberada ~~busea~~ ha encontrado... el amor de su vida para compartir cafés, sueños, postres y la felicidad.

FIN.

SORTEOS Y PREMIOS

¿Te ha gustado Mujer madura liberada busca...?

¿Quieres conseguirlo GRATIS en papel?

El 15 abril de 2018, sortearemos un libro en papel entre todas las lectoras que han dejado una reseña de esta historia en Amazon.

Cuéntanos qué es lo que más te ha gustado del libro, sube tu reseña a Amazon y envía un email a noa@noaxireau.com con la copia de la reseña, tu nombre y dirección de correo electrónico.

¡No te pierdas la oportunidad de ganar tu libro en papel!

Entérate de otros sorteos y consigue relatos, capítulos gratuitos y escenas eróticas no publicadas en:

www.noaxireau.com

OTRAS OBRAS DE NOA

[El Cuento de la Bestia](#)

[Ritual](#)

[The Sorceress's Pet](#)

[The Jarl's Witch](#)

[Playboy x Contrato](#)

[Tres Reyes para Sarah](#)

[Secreto entre líneas](#)

Prximamente:

Juguete para dos

El Cuento del Lobo

Puedes encontrar información de cada libro pinchando en el link del título, o de todos ellos en www.noaxireau.com.

NOA XIREAU

Adicta a la literatura romántica, Noa Xireau comenzó a escribir por casualidad, más como una forma de dar salida a su exceso de imaginación que con la intención de publicar. Es una soñadora empedernida que tiene preferencia por la literatura paranormal y erótica, y su definición de nirvana es poder disfrutar sin prisas de un buen libro con un chocolate caliente a mano.

Galardonada por su originalidad y buen escribir en certámenes literarios, tanto a nivel nacional como internacional, Noa Xireau comenzó a publicar sus primeras novelas con la famosa editorial americana Ellora's Cave. En la actualidad publica con LooseId y Totally Bound.

Puedes encontrarla en:

www.noaxireau.com

noa@noaxireau.com

